

EDICIONES DE LA SOCIEDAD BOLIVARIANA DE VENEZUELA

B O L I V A R

Forjador de la Libertad

Por

JOSE DE LA CRUZ HERRERA

EDICION AUSPICIADA POR EL MINISTERIO
DE RELACIONES INTERIORES



CARACAS — IMPRENTA NACIONAL — 1957



Autoe Anónimo,
Cerca 1833.

EL LIBERTADOR

Cortesía de don
Alfredo Boulton.

DEDICATORIA

A la memoria del doctor Vicente Lecuna, el más eminente de los historiadores del Libertador.

A MANERA DE PROLOGO



A MANERA DE PROLOGO

Con mucho aplauso presentamos al público esta obra, que es la segunda parte de la trilogía con que el doctor José de la Cruz Herrera, eminente polígrafo, honor de las letras panameñas, ha querido destacar la figura histórica del Libertador y hacerla resplandecer en toda su excelsitud, desde la primera formación de su carácter para el tremendo desarrollo de su destino a base de aquella formidable constancia que le permitió superar las inmensas dificultades de la lucha mientras la fortuna se rendía definitivamente a sus plantas, hasta la hora postrimera en que, aureolado por los fulgores de la gloria y repujado por la suprema consagración del dolor, dio remate a su existencia terrenal para quedar perpetuamente vinculado a la admiración y reconocimiento del mundo.

La primera etapa de esa jornada literaria está ya rendida en el precioso volumen DON SIMON DE BOLIVAR o LA FORMACION DE UN LIBERTADOR que circula desde el año de 1947, habiendo merecido muy justas loas de la crítica, y cuya importancia puede colegirse de estas palabras de su prologuista: "El espíritu del joven Bolívar eclosiona en proféticas producciones y en admirables indicios de su incontenible fuerza interior; y como no hay poder superior al del espíritu, ni puede haber cuerpo más completo que el que se nutre de espiritualidad apareciendo por ello en todas sus manifestaciones como antorcha iluminadora de su propia acción, el Libertador surge en la plenitud de sus glorias, engrandecido por sus actos, madurado por ese poder espiritual que en su niñez, en su adolescencia y en su pubertad fue, día a día, vislumbrándose en sus acciones, en los destellos de su inteligencia, en el arder de sus entrañas, en la voluntad irresistible que en lenguas de fuego

interior lo llevaron a cumplir su destino que era el destino de América, y a levantarse con voluntad de antorcha, con vocación de luz en la suprema inquietud del alma que es la inquietud de Dios".

El volumen que ahora aparece, bajo el título BOLIVAR, FORJADOR DE LA LIBERTAD, nos presenta ya aquel joven predestinado en el pleno ejercicio de su mandato providencial, arrostrando las mil contingencias de la empresa emancipadora, propugnando cada vez con mayor brío los fueros del ideal preconcebido, frente al ímpetu brutal o la odiosa rivalidad que pretendieran torcerlo, y dejando bien puesta aquella pertinacia inflexible que fue el secreto de su grandeza y, como en la palabra de Dios, la dote capital de su excelsa personalidad: **Verbi tui caput constantia est.** Este libro del doctor José de la Cruz Herrera es una nutrida historia del Libertador desde las campañas de Miranda hasta el día triunfal de Carabobo. Y su mérito principal consiste en ofrecer en todo momento a Bolívar en su plena gallardía, bajo la auréola de todas sus virtudes, jamás presa del desaliento y siempre seguro del logro de sus miras, sobre todo en los trances más amargos de la contradicción. Es asombroso el caudal de datos recogidos por el autor en las obras clásicas de nuestra historia y la alteza de criterio con que sabe discernir el valor de los acontecimientos en torno a la figura de su augusto personaje en su misión de forjar gloriosamente la libertad para los pueblos de América. Ninguna fuente de noticias se le ha escapado y si bien él confiesa que ni ha tenido a la mano documentos originales ni aspira a sorprender al lector con grandes novedades, no por eso es menos luminoso el aspecto con que exhibe a nuestra contemplación la faz histórica del Libertador. Diríase tal vez que, a pesar de todo, le ha resultado la obra demasiado voluminosa; pero ello queda justificado ante el propósito especial de divulgación que el autor, abrigara de rendir así de algún modo al Libertador el tributo que le debe Panamá "donde no se ha hecho todavía mucho en este sentido" y estimular a la intelectualidad de sus compatriotas hacia la glorificación de quien tan maravillosamente supo prever los destinos del Istmo, poniendo allí el asiento de la anfictionía panamericana.

Llama mucho la atención el acierto con que nuestro autor hace resaltar el hecho de la opinión desfavorable, tanto de la gente principal como de gran parte de la masa criolla, que hostigó por largo

tiempo a la causa emancipadora, hasta el punto de que, ya frente al célebre Congreso de Angostura, Morillo pudiese vanagloriarse de ponerlo en descrédito con la firma de Don Feliciano Palacios Blanco, tío carnal de Bolívar, **realista incorregible**: siendo de veras innegable que solo muy tarde fue cuando se produjo el total cambio público y ello debido en gran parte a la crueldad y excesos de los campeones del Rey. Y si algún resto de duda pudiera todavía subsistir sobre el particular bastan a desvanecerlo los siguientes pasajes de una carta dirigida desde Angostura por el doctor Juan Germán Roscio al Libertador, o sea, a su "amado Presidente Bolívar", con fecha 20 de setiembre de 1820, y cuyo texto íntegro guárdase en las Memorias de O'Leary, tomo VIII, páginas 498-502. Va en letra bastardilla lo más elocuente de ese texto para nuestra tesis.

"La revolución de Carúpano contra los españoles, aunque no publicada en nuestro **Correo**, esperando confirmación de la noticia y sus pormenores, se halla en el fondo confirmada por los dos desertores reinosos de la plaza de Cumaná á Maturín, de que dará á U. parte el Vicepresidente de Venezuela. Si este acontecimiento y el del oficial Ribas, que poco antes se había pasado á Móntes con seis individuos más, tuvieron lugar sin el pase de Torrealba y la gente de su mando, es preciso esperar que sean mayores los progresos de la opinión en Cumaná á favor de la influencia que debe tener en todas partes el acontecimiento de Onoto, Tucupio, etc. A este paso, llegaremos menos tarde al término á que aspiramos, **porque la España nos ha hecho la guerra con hombres criollos, con dinero criollo, con provisiones criollas, con caballos criollos, con frailes y clérigos criollos y con casi todo criollo**: y mientras pueda continuarla del mismo modo y á nuestra costa, no hay que esperar de ella paz con reconocimiento de nuestra independencia. Aunque se interpongan en favor de ésta los Estados Unidos, la Inglaterra, la Rusia y la Francia, les manifestará las listas y estados de su fuerza armada en América, **compuesta casi toda de criollos: les exhibirá el censo de las provincias que le obedecen y que han jurado su Constitución: les mostrará el registro de contribuciones, empréstitos, donativos, suplementos, etc., desembolsados por la gente criolla: les presentará los partes oficiales de las comisiones despachadas después de la revolución de España para invitarnos á jurar su Constitución y á volver al**

"yugo; y quizá en todas partes habrá habido criollos bastante viles
"que se hayan encargado de ellas como en Colombia, empezando
"por el oficial parlamentario que llevó á U. las comunicaciones de
"Morillo y La Torre.

"Por medio de todos estos comprobantes y de otra multitud de
"americanos empleados en la Península, **hará ver á los mediadores**
"**que la mayoría de los criollos aborrece la emancipación, y no**
"**quiere sino depender del gobierno español 'per omnia saecula sae-**
"**culorum'**. ¿Y qué opondrán en tal caso los mediadores? ¿Irán á
"formar otras listas, padrones y registros para desmentir los de
"Madrid? Yo espero que dentro de poco tiempo, si continúa ga-
"nando terreno la opinión por nuestra causa, no se atreverá la
"España a repeler la mediación con tales comprobantes, ni ten-
"dremos necesidad de tales mediadores para que la España re-
"conozca la independencia y soberanía de Colombia. Ya se habría
"verificado este reconocimiento, sin necesidad de viajes á Was-
"hington, Londres, París, etc., **si la España no hubiese tenido la**
"**mayoría de los americanos con que hacernos la guerra.** Ni en
"busca de armamento y municiones habríamos tenido que salir á
"países extranjeros, pues todas estas mercancías hubieran venido
"á nuestros puertos, y se hubieran comprado y pagado con el di-
"nero que los criollos han contribuido al enemigo.

"**La mayoría de los americanos obedientes al enemigo, es el**
"**obstáculo para el reconocimiento de nuestra independencia;** sobre
"lo cual insisten mucho los escritores enemigos: y ellos mismos con-
"fiesan que sin el auxilio de esta mayoría habría sido la más deses-
"perada temeridad el habernos declarado la guerra. El objeto prin-
"cipal del manifiesto de Morillo contra la instalación del Congreso
"no era otro que el demostrar esta mayoría á todo el mundo; y no
"es otro que éste el que se propuso cuando escogió para emisarios
"á Duarte, Cires y Toro, para Secretarios de aquellos á Escurra,
"y para portador de sus comunicaciones á U. á Herrera. Para mí
"nada de esto es nuevo; lo conocí muy á los principios y por lo
"mismo me dediqué, aunque con poco fruto, á la táctica del desen-
"gaño de los criollos engañados por el enemigo. Me atrevo á decir
"que he sido solo en esta empresa, y que su importancia ha sido
"conocida mejor del enemigo que de nosotros. Muchos suscritores
"ha tenido la impresión ó reimpresión en Caracas de las cartas que

"se dicen escritas por un indio al Abate De Pradt; y el **Catecismo cristiano político** contra el **Real Catecismo** de Fernando VII, anunciado en nuestra **Gaceta** desde el año pasado, no ha tenido siquiera un suscriptor, ni uno que ofrezca siquiera una manilla de papel para su impresión, ni quien siquiera, por curiosidad, haya ocurrido á leer en la imprenta el manuscrito, en consecuencia de la invitación que se hizo al público, á fin de que nadie se suscribiese sin estar cierto de su mérito, ó de su contenido: ni bastó la cautela de ocultar el nombre del autor.

"Por fortuna, la revolución de España ha hecho menos urgente este **Catecismo**, porque ha desvirtuado el de Fernando impugnado en él: y para más fortuna de nuestra causa, esa misma revolución ha desarmado á los clérigos y frailes asalariados por la tiranía para predicar como criminal nuestra insurrección, porque no teniendo tantos fundamentos de justicia, de necesidad, y de utilidad como la nuestra, se ha calificado de santa y justa en toda la Península".

Por donde bien puede inferirse que nuestra lucha de Independencia fue propiamente, como ya lo reconocen los criterios mejor ponderados, una guerra civil: entre españoles y españoles; los españoles de América, alcanzada ya su mayoría, en reclamo de una autonomía que les diese puesto entre las naciones del mundo, contra los españoles de Europa, empeñados en mantener una soberanía sin duda legítima en principio pero de hecho caducante por el superior desarrollo de los pueblos que le estaban sujetos. No se trataba, en efecto, de un despertar de las tribus aborígenes en recobro de las tierras cuya posesión el conquistador les arrebatara, sino del nuevo plantío surgido por la obra del mismo conquistador y florecido con el tiempo en una gran familia de patrias que se sentían dignas de figurar por sí mismas en el catálogo de los países soberanos. Los aborígenes, ya casi extinguidos por otra parte, no entraron para nada en los fines de la contienda y los restos de que pudo disponerse lo mismo figuraron en las filas realistas que en las de los patriotas. Por consiguiente, es inexacto hablar de "redención" de América y aquello de los "tres siglos de esclavitud" que resonó durante la epopeya emancipadora y cuyo eco se ha prolongado en la lengua de los historiadores, no fue sino un grito de combate para enseñar a los luchadores y una fórmula

vacía de sentido debida a insuficiencia de reflexión: ya que esos tres siglos apenas habían bastado para multiplicar al amparo de la civilización cristiana los nuevos núcleos sociales en cuyas venas circularan predominantes la sangre y el espíritu del abolenjo hispánico. **Sangre de Hispania fecunda.** ¿Qué significaría, de otro modo, esa perpetuación de patronímicos españoles en toda la vastedad del mundo americano y el alarde que dondequiera se hace de la ascendencia ibérica, sin que ni por asomo se presuma de antepasados indianos? Y solo así se explica también la ufanía con la cual nos vanagloriamos de haber brindado al mundo en SIMON BOLIVAR, el Forjador de la Libertad de América, la cristalización del genio y el arquetipo sublime de la madre raza española.

† **Nicolás Eugenio Navarro**
Arzobispo Titular de Cárpathos.

BOLIVAR, FORJADOR DE LA LIBERTAD



ADVERTENCIA DEL AUTOR

El presente libro es el segundo de la serie histórica que me he propuesto, y continúa inmediatamente la materia del primero, DON SIMON DE BOLIVAR O LA FORMACION DE UN LIBERTADOR. Pretendo que el conjunto, para el que falta el tercer trabajo en preparación, BOLIVAR EN EL TABOR Y EN LA CRUZ, configure la vida entera del Libertador con las proyecciones de su pensamiento y de su obra en la historia del mundo.

No ambiciono dar a la luz una obra basada en la investigación personal de documentos originales, tarea imposible para quien anda lejos del alcance de los archivos primitivos; ni exhibir un libro original en el sentido de incluir en él grandes novedades, lo que llega a ser casi un imposible tratándose de vida cuya trayectoria está tan investigada y depurada. Pero sí me he preocupado por acoger y manejar con criterio propio los nuevos aportes que suele arrojar el diario estudio y manejo de los documentos existentes en la Casa Natal de Caracas y otras fuentes.

Mi tarea es de divulgación, y me la he impuesto como debido tributo que al padre de la patria debe Panamá, mi país, donde no se ha hecho todavía mucho en este sentido. Ojalá que mi humilde iniciativa sirva de estímulo para que sus historiadores y gentes de letras hagan resaltar con mejores dotes y capacidades cuánto debe la república panameña, la sexta de las hijas de Bolívar, al hombre singular que con visión tan exacta y justa comprendió y vaticinó el papel preponderante del Istmo en los destinos de la humanidad e hizo de su suelo el asiento de la asamblea

que ha servido de base firme para echar los cimientos de una política americana y universal que brega por desterrar del mundo el imperio de la fuerza para dirimir los conflictos provenientes de egoístas aspiraciones nacionales y de las diversas y falsas interpretaciones de la justicia.

No me atrevo a apellidar original la manera como he querido hacer la presentación de la materia, aunque he hecho de ello una intención. Siempre he creído y sostenido que en literatura, en arte en general, la originalidad reside en la forma. Buscarla en la idea lleva al peligro de invenciones estrafalarias como las que malogran muchos ingenios. Este afán mío tocante a la presentación de la materia inspiró las siguientes palabras a un crítico que daba cuenta en "La Nación" de Buenos Aires, de la aparición de DON SIMON DE BOLIVAR O LA FORMACION DE UN LIBERTADOR: "Un tono de sencillez en el relato es uno de los alicientes firmes de este libro, que se lee con la amenidad de las mejores "biografías noveladas", sin que el autor haya pedido nada prestado a la imaginación".

Sigo aspirando a merecer estos conceptos.

JOSE DE LA CRUZ HERRERA.

CAPITULO I

PRELIMINAR

RESUMÉN:

Las colonias españolas consideran injustos sus tributos y anhelan por su autonomía. — Empeño civilizador de España. — La tradición de autonomía, traída de España. — Los descontentos no aspiraban al rompimiento absoluto. — América tenía que gravitar en la historia. — Las intrigas británicas y holandesas. — Rebeliones en las diversas colonias. — No contemplaban al principio ayuda foránea. — La Reforma y los piratas. — Diversas finalidades de los rebeldes. — Revoluciones de Norteamérica y Francia. — Francisco de Miranda. — Pasa de Inglaterra a Francia. — Se dirige a los Estados Unidos. — Bajo la sospecha y la persecución sigue sus trabajos por la independencia de América. — Obtiene recursos de Pitt. — Arma una expedición en los Estados Unidos. — Fracasa la expedición. — Nueva expedición a los tres meses. — Nuevo fracaso. — Actitud colonial ante Napoleón. — Las autoridades y magnates criollos sospechan del Precursor. — El rompimiento de las colonias, consecuencia de su lealtad. — Exigencia y creación de las juntas patrióticas. — Aparición de Simón Bolívar. — Su misión a Londres. — Persuade a Miranda a que venga a Venezuela. — Miranda nombrado Generalísimo de los Ejércitos de Venezuela y Dictador. — Concepto mirandino desfavorable a Bolívar. — Lo nombra Comandante de Puerto Cabello. — Traición de Fernández Vinoni. — Inercia de Miranda. — Capitula con Monteverde. — Disgusto y rencor que causa la capitulación. — Conspiración en La Guaira contra Miranda. — Bolívar intenta volver sobre Caracas para reconquistarla. — Arresto de Miranda por sus oficiales. — Traición de Miguel Peña y Manuel María de las Casas. — Bolívar vuelve a Caracas disfrazado. — Obtiene pasaporte para el exterior por los buenos oficios de don Francisco Iturbe.

Tres siglos de dominación española habían generalizado en las colonias del Continente americano el deseo de gobernarse por sí y gozar de todas las prerrogativas de los hombres libres y las

naciones autónomas. No muy tarde después del descubrimiento surgía el anhelo entre hombres que, sintiendo sobre sus hombros todo el peso de una labor ponderosa, consideraban injustos los tributos y pleitesía debidos a una entidad que, lejos del campo de la brega, no ponía en ella contingente alguno. Este sentimiento fue acentuándose en los descendientes de los zapadores y de los inmigrantes, ya prominentes por la riqueza que les legaban sus padres y por la distinción que les imprimía una superior educación: la titulada alcurnia, la supremacía intelectual, el cultivo de las dotes superiores del hombre fueron siempre recia valla a la tiranía.

Estas figuras salientes del escenario social son las que siempre dirigen, adoctrinan con la palabra, incitan con la acción, inflaman con la fe y movilizan, finalmente, a las masas remisas, desconfiadas o adversas.

Desde el principio, España había realizado una de las más estupendas obras de la historia. Su sangre se había mezclado con la sangre de los pueblos sometidos, formando así la alianza más estrecha que pueda imaginarse entre súbditos y clase dominadora; los había adoctrinado cuidadosamente en la ley de Cristo, su propia ley, poniendo con este lazo espiritual el signo de familia más atrayente y obligante; y a vueltas de poco la faz del imperio se había cambiado de tal modo que se hallaba maduro para reclamar para sí el derrotero de sus propios destinos.

Es así como deben enfocarse los anhelos y brotes de liberación del yugo transcontinental, y en este sentido se orienta desde hace algunos años la crítica imparcial y sana.

Hubo, no puede negarse, circunstancias que obraban como agudo acicate en el desarrollo de esos anhelos americanos. Al tiempo que la monarquía dictaba sus reglamentos paternos para el mejor gobierno de sus súbditos, funcionarios reales que eran siempre escogidos entre los peninsulares, con prescindencia de los criollos, entre los que se hallaban hombres de distinción y competencia, funcionarios reales prevalidos de la distancia al centro del imperio, de que esperaban la impunidad de sus delitos, daban rienda suelta a sus ambiciones, que los empujaban a la crueldad, al desenfreno y prevaricaciones de todo orden. Así acentuaban en los mismos descendientes de los dominadores el

anhelo de romper los vínculos tradicionales. Pero es preciso insistir en la justicia de que la obra de la madre patria no consistía en abrir campo en las nuevas tierras para trasplantar simple y llanamente a los hijos de ella para su provecho exclusivo: era empeño civilizador, sentimiento humanitario, concepción fraternal hacia sus súbditos; no era lo que se ha visto en otros lugares y otros conquistadores, y lo que aun hoy, después de tantas luces como arrojan sobre el mundo siglos de luchas reivindicadoras, se observa en los métodos y procedimientos de esos conquistadores y colonizadores cuya superioridad ha venido preconizándose contra la más clara evidencia.

Las mismas tradiciones de autonomía regional importadas de España por los que descubrieron y los que colonizaron a América, fueron semillas para el clima espiritual y la geografía social de los nuevos dominios; y como organismo vivo en medio adecuado no podían sustraerse a las leyes rectoras del crecimiento y desarrollo. La flor del árbol adulto y corpulento difundió su aroma por todos los ámbitos, y en una gran sección de los descendientes de aquellos varones inteligentes, ricos con la riqueza amasada por sus padres y por ellos mismos, cultos con la cultura obtenida en la generalidad de los casos en los centros peninsulares, siguió infiltrándose el perfume de la libertad y mostrándose cada vez más concentrado y revelándose de modos más objetivos y elocuentes; que es no sólo apasionado e históricamente falso sino evidentemente absurdo, atribuir el pensamiento de la independencia a explosión de pardos y negros contra sus dominadores y amos blancos, como lo hace Salvador de Madariaga en libro que ha recibido el justo repudio universal.

Pero ni aun así era común la actitud radical del peninsular Tirano Aguirre. No pensaban en general los caudillos preindependentistas en romper radicalmente los vínculos que nos unían a la Península; ni la prédica tenaz de Miranda sostenida con sin igual talento y admirable abnegación ante el auditorio unido de la América hispana fue por largo tiempo suficiente para alterar una actitud que buscaba autonomía, pero sin que la rama se desgarrase del tronco.

De todos modos, imposible era impedirse el cumplimiento de una ley providencial para lo que calladamente venían prepa-

rando tres largos siglos. Era tiempo de que América gravitase en la construcción de la historia. Y como no hay alumbramiento sin dolor, sin sangre y lágrimas, llegó el momento en que estalló la sangrienta catástrofe con cuyos dispersos elementos había de surgir la creación de nuevos estados destinados a influir con su peso en la balanza de la política, la economía, la civilización y la cultura universal.

Es de observarse la poca influencia que ejercieron en el horroroso estallido las intrigas británicas y holandesas. ¿Sería porque so capa de amor a la libertad se descubrían a ojos vistas sus verdaderos, sus egoístas móviles? Si el cierre de los puertos de ultramar al comercio de otras naciones no se hubiese practicado uniformemente hasta entonces por todos los imperios coloniales, las verdaderas intenciones de los alegatos contra este aspecto de la dominación hispana podrían haberse tenido por sinceras y bien intencionadas. Ambas naciones, deseosas de abrir más anchas, más extensas rutas a sus escuadras comerciales, hicieron cuanto su arbitrio les inspiraba para desacreditar a la metrópoli española. Querían ejercer un comercio franco e irrestricto allí donde tenían organizado un activo y provechoso contrabando, fatal y ruinoso para la economía peninsular. Los franceses, por su parte, habían conseguido del primer borbón, Felipe V, la excepción de un privilegio: el tráfico de esclavos. Semejante preferencia sublevó la emulación británica y holandesa. Bien comprendieron que ella era pábulo para el codiciado comercio intenso, aunque ilegal, de Francia con las colonias.

El resultado fue la abolición del privilegio por el Tratado de Utrecht; pero no era eso solo lo que buscaba Gran Bretaña, y no transcurrió mes y medio sin que se otorgara al ambicioso rival el ahora negado al otro. La ambición cumplida, la supremacía comercial y naval quedó asegurada y sentenciado a ruina el comercio español.

Cada día redoblaban los esfuerzos extranjeros para arruinar a España e indisponer con ella sus colonias so color de libertad.

La autonomía era meta adonde miraban muchos caudillos y directores de estos pueblos, dicho se está, desde tiempos tan

retirados como el siglo XVI en que ocurrieron las rebeliones de Aguirre en el Perú y Venezuela, Gonzalo Pizarro en el Perú, y del vástago de Hernán Cortés en Méjico. Más tarde, con otros caudillos reventaban insurgencias en todas las demás colonias de Tierra Firme.

Ninguno de los primeros anhelos de autonomía parcial o de separación absoluta tuvo en miras ayuda foránea. Sus impulsos no pasaban de sus propias fuerzas. Pero desde las postrimerías del siglo XVI la codicia británica inventó el negocio de la piratería. Era el tiempo en que recrudecía la lucha de la Reforma con la defección de Enrique VIII y persecuciones de Isabel I sobre sus súbditos católicos. En estas circunstancias sus políticos encontraban un nuevo aliciente para la empresa de humillar, desbaratar y anonadar al glorioso rival, en sus repetidos empeños de señorear el comercio americano. Las expediciones piráticas protegidas por la Corona se multiplican, los ataques a mano armada a las colonias arrebatan jirones continentales y bloques insulares a la hasta entonces reina de los mares; la debilidad de ésta sigue acentuándose, y creciendo su desprestigio ante propios y extraños; los descontentos criollos llegan a concebir ahora planes de revolución con ayuda de Inglaterra, como ocurrió con los de Méjico en 1742 y los de Lima en 1753. Comprendían que por sí solos no era posible dar cima a sus propósitos y como era muy natural, dirigieron la mirada hacia los que andaban en lucha abierta con la metrópoli o cualesquiera otros que pudieran ser tentados con las promesas de preeminencia del tráfico. Y así a las correrías piráticas para anexar los territorios ajenos sin más argumento que la fuerza triunfante, vino ahora a agregarse el especioso de la voluntad de los súbditos.

Los descontentos no tenían todos una misma finalidad en sus trabajos o anhelos subversivos. Las juntas patrióticas y las sublevaciones, unas eran radicalmente secesionistas; otras, guardando pleitesía al monarca buscaban el alivio de cargas y gabelas: el desconcierto era en esto notable. Tupac-Amaru, adornado de títulos rimbombásticos que lo pregonaban señor de las tierras y de los mares del continente del sur, al mismo tiempo emitía documentos en que aseguraba su lealtad al soberano de

las Españas; los comuneros de la Nueva Granada no buscaban sino disminución de alcabalas e impuestos; la rebelión de Francisco de León en Caracas tuvo por objeto primordial, si no único, protestar contra los manejos de la Compañía Guipuzcoana. No hay, empero, la menor duda de que en el ambiente colombino flotaba una nube de desaliento e insurrección.

Los empeños revolucionarios tomaron fuerza y carácter orgánico con la aparición en la escena del gran Francisco de Miranda, que merece párrafos especiales. Este caraqueño extraordinario se convirtió desde 1783 en el apóstol incansable de la cruzada. Para ello pretendió movilizar contra el imperio español de las Indias desde los súbditos de la Corona hasta los hombres más influyentes a la sazón en la política universal, hasta las más vigorosas potencias: Rusia, Inglaterra, Francia, Estados Unidos.

La levadura política del universo iba entre tanto fermentando y transformando sus aspectos sociales y políticos. La colonia norteamericana se rebelaba contra su metrópoli y triunfaba de ella con la ayuda de Francia y España; el pueblo francés, en estallido por siempre memorable, daba en tierra con sus cabezas coronadas, y sus políticos clamaban por la independencia de América, de igual manera que habían contribuido a la de Nueva Inglaterra; España, atada por lazos de familia a los destronados borbones de Francia, conducida por políticos inhábiles o coartados por la debilidad del Rey o las intrigas de la Reina, presentaba un frente demasiado débil para que pudiera resistir las acometidas de la conveniencia de la política francesa, de las ambiciones imperialistas de Albión y de las esperanzas codiciosas de ambas. Los hilos de la trama de los tiempos eran por demás enmarañados.

Miranda pidió colaboración al primer ministro Pitt para la realización de sus sueños. Pitt en los primeros tiempos mantenía sus esperanzas con ofrecimientos engañosos.

Inútiles sus empeños con el primer ministro de la Corona, pasó a Francia con igual propósito: siempre el mismo negativo resultado. El servicio militar en esta última le hizo concebir grandes esperanzas: en vano: no le acarreó otra cosa que persecución y repetidas prisiones.

La alianza de Francia con España, ya en pleno período napoleónico, dio al traste con los conatos franceses de emancipación americana, pero aguzó el olfato oportunista del gran adversario de España para mirar con menos despego la carrera mirandina.

El Precursor, que con este justo nombre lo ha bautizado la historia, dirigió en esta ocasión sus miradas a los Estados Unidos. Nada le arredraba. Sospechado, perseguido, encarcelado en Francia; engañado en Inglaterra; pasando alternativamente de ésta a aquélla y de aquélla a ésta; entendiéndose sin tregua con los personajes más influyentes; buscó como paso preliminar para su viaje a Estados Unidos, volver a Francia con riesgo de su libertad. Se arregló con el senador Lanjuinais para obtener la venia del primer cónsul (1800). La obtuvo, llegó a Francia, entró en París sorteando los riesgos de su sino: no obstante el beneplácito del Corso omnipotente, tachado de emigrado el viajero, Fouché, al saber su presencia en el suelo francés, ordenó al prefecto de Herbonville que lo hiciera salir sin demora del país.

Sean cuales fueren los pretextos de este viaje, lo más probable y casi seguro es que se proponía conquistar al amo de Europa para la independencia de América, su sueño dorado. Pero la policía secreta dio negro informe sobre el patriota, y Fouché, que de él desconfiaba profundamente ordenó su prisión. Nada desanimaba a esa voluntad de acero, y lograda su libertad a fuerza de influencias, se alejó definitivamente del país que tan mal pagaba sus servicios de otros días en contra del absolutismo.

Este fue el paso inicial y firme de sus expediciones a Tierra Firme, porque, vuelto a Inglaterra, consiguió de Pitt, de nuevo en el poder tras breve eclipse, dineros suficientes para la empresa libertadora de Sud América.

No es la intención de este capítulo preliminar detallar las operaciones de Miranda ni ahondar en los sucesos de las rebeliones anteriores a él y en la hostilidad a la metrópoli peninsular. Es su objeto sólo enseñar las huellas por donde fue canalizándose la aversión de los que, en general, buscaban una autonomía más o menos completa, más réditos de su sudor, más honradez, más benigno trato de los agentes de la Corona, hasta

el momento en que, ya desencadenada la lucha, Simón Bolívar echó sobre sus hombros la ponderosa carga de responder por el éxito de la colosal contienda, y entre espantosos reveses y gloriosas victorias, forja sobre el yunque de su extraordinaria personalidad la libertad de la América Meridional.

Decimos, pues, que Miranda, provisto de medios por el gobierno inglés, se trasladó a Norteamérica en 1805. El Presidente Jefferson le manifestó en Washington que no se opondría a que los ciudadanos de su país se engancharan para la aventura, siempre y cuando lo hiciesen bajo su exclusiva responsabilidad. Con una débil escuadra formada bajo esta garantía y bajo el mayor sigilo, se hizo al fin a la vela lleno de confianza y confortado con la esperanza del éxito. Ayudado por el oro de Londres, o triunfaba y el provecho sería para la Corona británica, eran por lo menos los cálculos de ésta, o fracasaba y las consecuencias pesarían exclusivamente sobre su cabeza. Lo proveyó ciertamente de libras esterlinas, mas no le franqueó la cooperación oficial de sus colonias del Caribe, indispensable principalmente para el caso de un revés. Aliada una vez más con España, esa franquicia habría sido impolítica.

Pero la expedición fracasó enfrente de Ocumare, y fue desbaratada por las andanadas de una nave realista que seguía sus movimientos; su gente, la que no pereció en el combate naval, fue capturada, y diez de ellos colgados en Puerto Cabello, para que, descuartizados, sus miembros sirvieran de macabro escarmiento en las escarpías de La Guaira, Caracas, Puerto Cabello y Valencia. Miranda escapó de las manos de sus enemigos y con su buque insignia, el "Leandro", se refugió en Granada (28 de abril de 1806).

No obstante el fracaso, no obstante que, en vista de él, el gobierno inglés le notificó resoluciones nada alentadoras, no habían pasado tres meses cuando el Precursor dificultosamente rehecho, se hizo nuevamente al mar. Esta vez, engañado por espías, efectuó su desembarco en Coro; que le representaron como llave indicada para una rápida conquista del país, siendo la verdad que era uno de los baluartes más adictos a la monarquía. Ausencia de medios de subsistencia, resistencia pasiva de

los pueblos: el fracaso, si no sangriento como el anterior, sí tan definitivo. Por el momento se vio obligado a colgar la espada.

Tres años habían de pasar antes de que iniciativas independientes de estas correrías de Miranda, dieran firme comienzo a los anhelos de autonomía. La manera como se inició el tremendo cataclismo es harto reveladora toda de una actitud espiritual de las colonias. Si el odio contra la metrópoli, o digamos, la íntegra posición mirandina, hubiese presidido a los deseos de secesión, los trastornos de la Corona española y la humillación en que a la Península sumió la ambición napoleónica habrían sido la mejor coyuntura para lograr los anhelos acariciados. La historia revela cómo se recibieron en Venezuela, Argentina y Méjico, Lima, Quito y Nueva Granada, en suma, en todos los dominios del Rey Católico, los emisarios de Napoleón o las noticias de sus embajadas, cuando el ambicioso cuanto previsor emperador, envalentonado con sus éxitos resonantes y aconsejado de prudente raciocinio, pretendió que sus águilas volasen también sobre el amplio imperio colonial.

La derrota en las empresas guerreras no es mal que pueda circunscribirse a un sitio material o que afecte solamente a un caudillo desafortunado. Su influjo rueda amplio y rápido por no sospechadas regiones espirituales y materiales. Las desgraciadas acciones de Miranda en Ocumare y Coro, antes que encender los ánimos patriotas en ímpetus de reivindicación y venganza, como pudieran imaginarse los ilusos, marcaron un sensible desaliento en los ánimos, que desde luego se tradujo en la indiferencia de los paisanos ante las escenas de muerte con que las autoridades jalonaron los puertos y caminos. El sagaz capitán general, Guevara y Vasconcelos, supo aprovecharse de este estado espiritual para halagar a los aldeanos y gente humilde, que veían en los manejos simpáticos del gobernante hacia ellos, la obra paternal de la monarquía, y así los estimulaba para un total repudio de novedades políticas.

Hay un factor más que debe tenerse en cuenta, como que robusteció sin duda la postura colonial. Las autoridades y gran parte de la aristocracia criolla sospechaban que el Precursor, en sus tratos con los extranjeros, para conseguir su patrocinio, había llegado más allá de los límites aceptables tocante a las

concesiones y ventajas prometidas en cambio de su apoyo, y con este argumento alimentaban en las muchedumbres el repudio de Miranda y la aversión a las ideas de autonomía local.

Tal era la situación de los ánimos cuando Napoleón destacó sus ayudantes a este lado del océano para inducir a las autoridades y demás súbditos del rey, supeditado ahora por el hermano de aquél, José, a reconocerlo como Soberano y Señor.

Ni los magnates ni el público cedieron en un solo punto a las pretensiones francesas. Para concretarnos a Caracas, el comisionado Lamanón, tuvo que afrontar una verdadera asonada con que el pueblo dio su vigorosa y definitiva respuesta al usurpador. En peligro su vida y las de sus compañeros de misión, les fue necesaria la protección armada de las autoridades para poder escapar ilesos.

Es bien sabido que las altas autoridades coloniales no compartían con sus subordinados estos sentimientos generosos. El deslumbramiento del trono imperial, la gloria de los ejércitos franceses, el triunfo del nuevo e improvisado monarca sobre los más aguerridos y poderosos ejércitos de Europa, les hacían imaginar clavada la rueda de su fortuna. El oportunismo inherente a los políticos, tanto más cuanto más mediocres, levantó la cabeza, tímidamente, es verdad: Napoleón es irresistible, mi oposición no tendría más consecuencia que mi exclusión del poder para ponerlo en manos de otro menos idealista y más afortunado; observaré atentamente el giro de los acontecimientos; pero por otra parte un motín de estas turbas coloniales me derribaría con más presteza aún: contemporicemos, sigamos por el momento la corriente: tal su monólogo interior. A esto se agrega que el ilustre virrey de las provincias del Río de la Plata, Liniers, era francés de nacimiento, y en él la fuerza de la sangre prestaba todavía más su pensamiento acomodaticio.

A buen título, pues, puede asentarse, que la resistencia americana a la usurpación napoleónica fue obra del pueblo, movido por un impulso incontenible de lealtad a su legítimo soberano, humillado y prisionero del déspota de ultramar.

Mas esta misma lealtad vino a ser el primer peldaño de la escala que condujo al grito de independencia, primer escalón

concretado en la creación de las juntas patrióticas. ¿No estaba acéfalo, en buena lógica, el trono español? ¿Cuál era la cabeza del régimen político de las colonias? ¿La junta suprema de Sevilla? ¿La de Cádiz? No se alcanza a ver a qué título estas juntas alegan la representación del deseado Fernando. Si estas juntas se han instituido por sí y ante sí para suplir al monarca prisionero, con la misma autoridad nosotros podemos erigir la nuestra para gobernarnos mientras dure la acefalía de Madrid.

¡Manos a la obra! Los criollos de las diversas colonias exigían de sus gobernantes la creación de juntas patrióticas a ejemplo de las constituidas en España. Estos cataron en seguida el peligro para la monarquía, peligro en que acaso estaban muy lejos de pensar muchos de los mismos peticionarios, y que desde luego bien ausente estaba de la intención de las masas que los seguían. Así en Charcas el 25 de mayo de 1809, en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810, en Quito el 10 de agosto de 1810, en Bogotá el 20 de julio del mismo año. Nuestro propósito nos lleva a contraernos a lo que ocurrió en Caracas el 19 de abril de 1810. El capitán general D. Vicente de Emparan fue constreñido a aceptar la pretensión de los patriotas, quienes lo deportaron con lujo de caballerosidad y cortesías, y quedó constituida la Junta Conservadora de los derechos de Fernando VII.

Entre los que activamente agitaron la previa conspiración que culminó ese 19 de abril con tal resultado, se encontraba Simón Bolívar, de la alta sociedad de Caracas, no bien llegado aún a los veinte y siete años. No figura, sin embargo, entre los que ese día alcanzaron el señalado triunfo, debido a que por sus trabajos subversivos descubiertos por el capitán general, había sido confinado en una de sus haciendas. Pero entre todos los conjurados, ya gobierno, este joven influyente por su posición social, sobresalía por su exaltación patriótica, su facilidad de palabra y la generosidad con que ponía sus cuantiosos bienes a disposición de la causa independiente.

Debido a todas estas cualidades fue escogido para conducir a Londres la misión integrada además por don Luis López Méndez y don Andrés Bello, el gran humanista, con el fin de recabar del gobierno inglés apoyo y estímulo para la empresa independiente. Dicho se está que ligada a la sazón por una

alianza la gran potencia insular con España, la comisión no logró el éxito buscado. Pero Bolívar consiguió convencer a Miranda, radicado entonces en la metrópoli londinense, a que se embarcase para Venezuela, donde hallaría amplio campo para realizar el ideal de su vida: por donde se ve que desde el principio buscaba la separación total y absoluta de la monarquía, solidario con los francos principios mirandinos.

Y así fue que mientras el Congreso Nacional de Venezuela seguía encastillado en su ideal de defender los derechos del amado Fernando, Miranda, Bolívar y otros próceres, desde la Sociedad patriótica, sostenían sin descanso que la verdadera meta de la nación debía ser la autonomía completa y absoluta. Finalmente triunfó este principio, y el 5 de julio de 1811 se decretó de conformidad por el Congreso.

Dos veces había fracasado el Precursor en sus intentos, mas siempre quedaba ileso y libre para reanudar sus luchas. Esta vez su ocaso iba a ser definitivo. Su carácter altivo, su trato poco comunicativo y cordial, su falta de tacto para con los criollos, su total olvido de la idiosincracia nacional, todo esto agregado a su fama de impío, que el partido español tuvo cuidado de explotar entre los hombres sencillos del pueblo, minaba cada día su crédito y prestigio; pero ante los reveses sufridos por los ejércitos de la república, conducidos por el improvisado general marqués del Toro, fue indispensable echar mano de él e investirlo con las funciones de generalísimo, a las que más tarde se agregaron las de dictador, para que con su experiencia y su pericia en las cosas de la guerra y el gobierno la salvase del peligro inminente de caer ante las tropas realistas, cada día más numerosas y más audaces.

Miranda, mal querido de sus tropas, se había granjeado también la aversión de Bolívar por su dureza de trato y pobre concepto que de él manifestó públicamente; mas tuvo al fin que reconocer sus méritos relevantes ante la evidencia de su bravura y eficiencia militar en la toma de Valencia, y lo encargó, no obstante, de una comisión sedentaria, la que menos convenía a su genio inquieto y batallador: lo nombró comandante político y militar y subdelegado de las rentas nacionales de Puerto Cabello y su partido. Tenía así bajo su superioridad el castillo

con el parque y prisioneros allí encerrados, pero le quedaba la convicción de que el generalísimo lo separaba del campo del honor. Ese cuantioso parque constituía una firme esperanza para la causa de la república.

Pero el castillo sucumbió ante la traición del teniente Francisco Fernández Vinoni, natural de Canarias, comprado por los audaces prisioneros capitaneados por Jacinto Istueta. Miranda, con un ejército victorioso, aguerrido y bien equipado de 5.000 hombres bien armados y entusiasmados, se hallaba a la sazón en La Victoria, a unos 144 kilómetros de distancia, con una inexplicable inercia. La traición de Puerto Cabello abrió amplio camino al jefe realista, que hubiera bastado a cerrárselo acabando de pulverizarlo, un movimiento rápido del jefe patriota. Este, sin embargo, había adoptado una fatal defensiva.

En la situación desesperada de Bolívar, enviaba angustiosos mensajes, ninguno de ellos atendido ni contestado. El comandante de las fuerzas peninsulares, Monteverde, había recibido dos tremendas derrotas de las fuerzas de Miranda a quienes había atacado en su obstinado encierro de La Victoria; a pesar de esta actitud meramente defensiva, el realista había sido duramente castigado, reducido su ejército a la deplorable cifra de 500 hombres mal armados y equipados, y ya desesperaba, ya había ordenado la evacuación hacia Valencia, desde San Mateo, donde languidecía tristemente, aunque impune. La inercia, la indiferencia del jefe republicano a la angustia de su oficial en Puerto Cabello, salvó la causa real y perdió la primera república de Venezuela.

Percatado Monteverde de los acaecimientos del castillo, se movió sobre el lugar, se proveyó de los importantes elementos que la fortaleza guardaba, aumentó su tropa con los presos liberados, derrotó totalmente las escasas fuerzas que pudo oponerle el coronel patriota, Simón Bolívar, y corrió a atacar al generalísimo en su cuartel general de La Victoria. Miranda podía haberle infligido una nueva derrota, porque, así y todo, sus contingentes seguían muy superiores; pero su probada carencia de perseverancia militar lo perdió y perdió a la república. Ante ese suceso, común en los anales de las revoluciones, ante las noticias de los levantamientos de los esclavos en Barlovento pla-

neados y azuzados por realistas bajo la promesa de libertad, con el consiguiente cortejo de fechorías y sangrientos crímenes, se levantó su natural humanitario. En vez de revestirse del coraje necesario para embestir con todas sus fuerzas al adversario, optó por rendirse, por firmar con el español una capitulación, que todos improbaron y temieron, porque nadie creyó que el realista le daría cumplimiento.

Fue la señal del desconcierto general, de las deserciones hacia el campo realista, de un tremendo cataclismo social que el Precursor logró, si no evitar, dominar en parte, porque, según las palabras de Mancini, "en aquellas horas dio pruebas de una energía, de una serenidad, y sobre todo, de una actividad de que ya no se le creía capaz". Mas, el tratado de La Victoria fue la extinción de la República, la entrega completa del país a los realistas. El prestigio de Miranda, como era natural, llegó al más bajo nivel que pueda imaginarse, y el odio se avivó hasta el punto de que a la entrada de Caracas fue víctima de un conato de asesinato por parte de su escolta.

Los jefes y oficiales patriotas: Juan Paz del Castillo, Rafael Castillo, Tomás Montilla, Miguel Carabaño, Juan José Valdés, José Mires, Antonio Nicolás Briceño, Manuel Cortés Campomanes, José Cortés Madariaga, José Landaeta, Rafael Chatillón, no contenían en sus pechos la indignación que les causó el paso del generalísimo, que atribuyeron como otros tantos pensaron a traición infame. Lejos del grande hombre semejante crimen. La única interpretación posible de su determinación son sus sentimientos humanitarios y el error de que fiado en promesas inglesas y estimulado por el triunfo de los liberales de la península, podría y se proponía lograr con los buenos oficios de aquellos y los principios humanitarios e igualitarios de éstos, dar fin a la sangrienta lucha fratricida y establecer la autonomía de la patria.

Desde el principio la marcha del vencedor se señaló por los actos de devastación y por la más cruel destrucción de vidas a su paso, no quedando más recurso a los patriotas así amenazados que la fuga. Acaso para poder lograrlo Miranda ordenó cerrar el puerto de La Guaira: de ese modo aseguraba naves en que

hacerse a la vela él mismo y los que desde luego se comprendían señalados por la crueldad y la perfidia.

Los fugitivos militares y civiles fueron llegando a La Guaira que se convirtió en un colmenar humano de pechos que respiraban odio y calumnias contra el que había causado con su inexplicable conducta la calamidad presente. Ese rencor subía a las más altas temperaturas con cualquier motivo, no siendo el menor encontrarse en el lugar como cogidos en una trampa, pues el cierre del puerto por providencia del mandatario patriota los mantenía inmovilizados y como reses de matadero, listas para el sacrificio que se acercaba por segundos. Entre estos hombres rencorosos estaba la figura prestigiosa de Simón Bolívar. Como los demás, al tener noticia de la capitulación procuró ponerse a salvo de la hecatombe que venía y formar un cuerpo con que caer de improviso sobre el desprevenido Monteverde. De esta determinación hay un testimonio irrefragable en la carta que escribió a la señora Josefa María Tinoco, madre de los hijos de su difunto hermano Juan Vicente: "el honor y mi patria", le dice, "me llaman a su socorro". Luego respira contra el español, luego contra Miranda. Su exaltación contra el generalísimo, bien se comprende, tenía un motivo más que se agregaba a los anteriores: la inercia, responsable de la "vergüenza" de su derrota.

En medio de este hervidero de cólera y malas pasiones se presenta el infortunado general (30 de julio) día siguiente al en que Monteverde llegaba a las puertas de Caracas. El jefe militar de la plaza por él nombrado, Manuel María de las Casas, lo recibe y aloja en la casa de gobierno.

¿Por qué huye, por qué no espera en la capital que el vencedor tome posesión de ella para que su presencia sea garantía del cumplimiento de la capitulación, respeto de las vidas y haciendas de los patriotas? ¿Con que bien sabía que no había de contarse con el respeto de Monteverde? ¡Traidor, traidor mil veces! Estas o semejantes exclamaciones eran la comidilla común de los corrillos y conciliábulos.

¡Para todo el mundo está cerrado el puerto menos para el general Miranda, que partirá en el "Sapphire"! Este anuncio de las Casas fue tanto como agregar más combustible a la hoguera.

Bolívar por su parte no perdía tiempo. Bien calculado era su plan. Con los 430 hombres de la guarnición de la plaza y los numerosos civiles y militares de la emigración, contaba organizar una columna que, sorprendiendo al déspota en la amada Caracas, daría cuenta del pérfido vencedor y sus fáciles conquistas. Ya prestó su asentimiento el coronel de las Casas; ya mostró su acuerdo el gobernador civil, doctor Miguel Peña. Pero la aquiescencia de los dos personajes era sólo el puente de una infame intriga para consumir la traición más abominable.

Ocurre que en tratos secretos del amo de Caracas con Peña y de las Casas, "godo" este que "firmó todas las adhesiones a su rey", según la declaración de un descendiente suyo, el precio del indulto de ambos era la entrega de Miranda, a quien necesitaba en sus manos a todo trance como moneda valiosísima con que comprar ante la Corona el perdón por el pendiente delito que cometió al desobedecer a Ceballos e insubordinarse contra su autoridad.

Peña y de las Casas, pues, deliberan en secreto conciliábulo. ¡No será posible nada si no prendemos al generalísimo, jefe supremo todavía de la guarnición! ¡Luego hemos de juzgarlo en las primeras horas de la mañana! Es la directiva que surge del infame conciliábulo. Claro está que aunque por el momento Miranda es aún jefe supremo, su oposición a la expedición sobre Caracas no hubiera sido obstáculo en el ambiente de rebelión reinante. Lo demás lo describe vívidamente el historiador Rafael Abello Salcedo, en vista de documentos recientemente descubiertos: "Peña, antes que se haga deliberación alguna, recluta y encabeza un grupo de "oficiales desesperados" y marcha con ellos a arrestar al general Miranda en la casa de gobierno. Ya había llegado allí una fuerte escolta enviada por el coronel de las Casas; y el edificio había sido ocupado y cerradas todas las salidas. . . Vestido Miranda se había echado sobre un sofá, el que constituye todo el adorno del salón, y trata de descabezar un sueño. Los complotados, con el gobernador Peña a la cabeza, llegan a la pieza donde don Francisco de Miranda aguarda sosegado la llegada del día, de ese fatídico día 31 de julio, que había de ser el último de su libertad y el primero de su cruel cautividad".

“...La escena fue rápida y confusa... Los oficiales republicanos que acompañan al gobernador Peña ignoran los designios de éste, quizás los ignorarán siempre, y si Peña les había persuadido de que se juzgaría en juicio breve a Miranda esa misma mañana, era precisamente para evitar que aquellos oficiales desesperados y coléricos llevaran a cabo por sí mismos el juzgamiento del generalísimo y su consiguiente fusilamiento, el que tan empeñosamente había proclamado Bolívar, cuyo carácter decidido no daba lugar a vacilaciones sobre su realización. Pero Peña y de las Casas debían entregar vivo a Miranda para poder recibir de Monteverde el indulto ofrecido a nombre del rey”.

Al percatarse de todo ello Bolívar, en un momento de desesperación quiso en vano castigar al que con tan sucia traición los había vendido. El año de 1821 había de referirse amargamente a la perfidia de Manuel María de las Casas en carta al presidente del congreso de Colombia: “Cuando el año de doce la traición del comandante de La Guaira, coronel Manuel María de las Casas, puso en posesión del general Monteverde aquella plaza con todos los jefes y oficiales que pretendían evacuarla... mis compañeros de armas no se atrevieron a acompañarme a castigar a aquel traidor o vender caras nuestras vidas”. El suceso desbarató el plan de la expedición. Simultáneamente Peña corrió a la capital a dar cuenta a Monteverde del triunfo de la traición. En seguida llegó Zerveris, nombrado comandante de la plaza en reemplazo de las Casas, con órdenes perentorias. Multitud de emigrados fueron prendidos. Muchos otros lograron burlar el cierre del puerto y huir a Curazao y Cartagena. El canónigo Cortés Madariaga fue sacado de la nave en que se aprestaba a huir.

Bolívar y su antiguo edecán Francisco Ribas aprovecharon la confusión reinante, y disfrazados, burlaron a los perseguidores y llegaron a Caracas, donde el primero buscó asilo en casa del marqués de Casa-León, amigo suyo. De allí, acompañado del noble vasco don Francisco Iturbe, sale días después para solicitar pasaporte del tirano. Decisivos fueron los oficios de Iturbe. Desde antes había quebrantado la terquedad de Monteverde; pero ya en presencia de éste, el joven patriota estuvo a punto de perder la libertad y hasta la vida. En efecto, al ex-

tender el secretario la mano con el pasaporte, Monteverde expresó magistralmente que se concedía el documento en vista del servicio hecho al rey por el patriota, lo que ocasionó la conocida protesta: "Yo no arresté a Miranda para servir al rey, sino para castigar a un traidor a la patria". La intervención de Iturbe desarmó la rabia del tirano y el pasaporte fue entregado al patriota que se trasladó a La Guaira, donde se embarcó el 27 de agosto, rumbo a la isla de Curazao, como detallamos en nuestro libro *Don Simón de Bolívar o la Formación de un Libertador*: "Sucumbió ya Miranda, puede decirse, porque después de este triste desenlace de la primera república de Venezuela, su vida no fue sino la lánguida silueta de una sombra encerrada entre las estrechas paredes de las cárceles españolas. Quedaba, sin embargo, su fecundo ejemplo de constancia, trabajo, perseverancia y fe en los destinos de una América autónoma y libre. Le faltó el ejemplo del éxito porque la fortuna le fue esquiva; otros habían de conquistarla y enseñarla: *Fortunam ex aliis...* Quedaban sus discípulos en todo el Nuevo Mundo; y quedaban en Venezuela los mejor adoctrinados de todos: esos mismos que extremando lamentablemente el celo aprendido del maestro, fueron los crueles agentes de su triste ocaso. Quedaba el más violento, el más apasionado e impulsivo de todos, el coronel Simón Bolívar, a quien un desenvolvimiento psicológico gradual fue conduciendo por distintos caminos hasta encontrarse espiritual y materialmente con el Precursor. Pero la fatalidad, siempre ensañada contra éste, cual contra un héroe trágico, determinó su eliminación.

"Quedó así Simón Bolívar cargando el grave peso de la responsabilidad que acababa de echar sobre sus hombros. Nunca como ahora vio tan claro en el fondo de su espíritu. Era desde este momento el primer actor de una tragedia cuya acción había comenzado apenas. Sintió entonces vigoroso el espaldarazo del ángel que lo consagraba Libertador".

CAPITULO II

1812

BOLIVAR DE LA GUAIRA A CURAZAO

RESUMEN:

La tempestad amenaza zozobrar el *Jesús, María y José*. — ¡No temas! — Los piratas del Mar Caribe. — Recuerdo de la misión de Bolívar a Londres en 1810. — Inglaterra y la independencia de América. — La admiración de Bolívar hacia Inglaterra. — La fábula del ofrecimiento de su espada a Inglaterra. — Confidencia a Iturbe. — Persecución inglesa. — José Félix Ribas, su genio y persecuciones. — El Octagon y el Pleisierhuis. — Extasis a la orilla del mar. — Las escaseces de Bolívar. — La profecía sobre Iturbe. — El descubrimiento de Brion. — Preparación para el Manifiesto de Cartagena.

Como si para el corazón del coronel Simón Bolívar no fuese bastante amargura el cuadro de la próspera Venezuela convertida en ruinas por el terremoto, el recuerdo de la obra traidora de Puerto Cabello y el testimonio presente de la nueva sujeción de su patria a la dura cadena de los vencedores españoles, la nave en que se alejaba de las queridas costas se vio de pronto víctima del capricho proceloso del Caribe. “¡No temas, llevas a César y su destino!”, fue la exclamación del emperador romano cuando la tempestad del Adriático quiso envolver en su furia a la navecilla que había de conducirlo en busca de sus legiones. No se trata ahora de un conquistador egoísta y afortunado. ¡Frágil goleta *Jesús, María y José*, llevas en tu seno nada menos que a Bolívar y los destinos de América, que son los destinos de la humanidad! ¡No temas! Pero la goleta en que se embarcó el 27 de agosto de 1812 adelantaba lenta y pe-

nosamente. Sus dos grandes y blancas alas de gaviota juguetona se complacían en abatirse hasta casi perecer entre el golpe de las olas encrespadas y levantarse súbitamente para ostentar su fácil triunfo sobre la acometida bravia de las fuerzas naturales aunadas en un solo haz de amenazas. Era acaso una lección provechosa con que querían recordar al desterrado de la patria que nada consigue el hombre en el camino de las empresas grandes y perdurables sin un corazón templado como hoja toledana. Y así cuando su flaca naturaleza humana le hacía ver la vida "con hastío y hasta con horror", la voz de su destino ahogaba, estrangulaba esa miseria espiritual y le hacía exclamar con voz robusta y heroica: "Pero como el hombre de bien y de valor debe ser indiferente a los choques de la mala suerte, yo me hallo armado de constancia y veo con desdén los tiros que me vienen de la fortuna".

Siete días empleó la navecilla en salvar los 240 o 250 kilómetros que separan de La Guaira el puerto de Santa Ana, Curazao: 1,4 kilómetros por hora. Este hecho vale por toda una ponderación de las peripecias del mar de las Antillas, *Mare Nostrum*, el Mediterráneo americano, el lago salado como el Mediterráneo europeo, y destinado como éste a ser víctima de las ambiciones desapoderadas de los reyes de Europa que desde el principio anhelaban por enriquecerse y crecer a costa de los españoles, zapadores de la civilización en el continente nuevo. Y el pirata inglés, el bucanero holandés, el corsario francés; pirata, bucanero y corsario, tres sinónimos de ladrón y salteador de caminos de mar y de tierra, pusieron a porfía a los regios pies de sus amos coronados los frutos ensangrentados de sus rapiñas, que éstos con delectación disfrutaban y siguen disfrutando.

En su profesión de salteadores del mar no es extraño que a los unos tocase ser víctimas de los compañeros de su mismo oficio y he aquí en Curazao un ejemplo de lo que decimos: Posesión española desde su descubrimiento por Ojeda en 1499, la isla les fue robada por los holandeses en 1634; fue arrebatada en 1806 por el inglés de las garras del holandés, y en manos de los ingleses había de permanecer todavía dos años después de la época en que comienza nuestra narración (1812).

Los americanos estamos habituados a elogiar y agradecer los esfuerzos ingleses por nuestra emancipación, y admiramos sin reservas sus instituciones políticas, campo fértil donde la libertad vive y prolifica en su propio terreno. En este camino solemos llegar tan lejos, que no es raro ver cómo les atribuimos hasta la invención de algunas, efectivamente capitales, que datan de España, y, desarrolladas al través de la edad media, fueron traídas a las Indias y han llegado a nosotros, y nos enseñaron insensiblemente el camino que en la época que narremos comenzaba a andar con pie firme la América. La verdad es que Inglaterra, dentro del perímetro ocupado por su raza es modelo de justicia y dechado de instituciones libres; y es forzoso reconocer que el aliento y estímulo prestados a Miranda fue vigoroso auxilio al caudillo que constituía el lazo de unión de todos los americanos españoles en los preliminares del rompimiento trágico con la metrópoli. Pero las perspectivas de gajes comerciales, el ambicionado aumento de su imperio colonial, sus alianzas o rompimientos con la política zigzagueante y desgraciada de España, el interés calculador y egoísta, en una palabra, que conducía su política ambigua, son elementos que hoy debemos tomar en cuenta para justipreciar como es debido su generosidad y amor a la causa americana.

Cabe decir otro tanto de los estímulos de los Estados Unidos de América del Norte. Precisamente para este año 1812, el representante diplomático de España, don Luis de Onís, en notas dirigidas desde Filadelfia el 14 de febrero y el 1º de abril al virrey de Nueva España, denuncia las declaradas intenciones y los ardides del secretario de estado Monroe: sostener la rebelión hispanoamericana para anexar su territorio al suyo, habiendo puesto por obra ya "la reunión a la provincia o estado de Nueva Orleans de la parte de la Florida que media entre el Misisipi y el río Perla". Esto no obstante, los delegados de Venezuela ante ese gobierno, José Rafael Revenga y Telésforo Orea, fueron tratados con "esquivez y poca simpatía".

Bolívar con López Méndez y Bello, en misión diplomática de la Junta Conservadora de los derechos de Fernando VII en 1810, había sido huésped de la capital del imperio británico, y probado su hospitalidad oficial y social. No bien avenida con las

indicaciones de la Junta que lo enviaba solicitar algo así como intervención ante la Corona de los borbones para mejorar la administración de la colonia, continuando siempre bajo su imperio y dominio, Bolívar, alma franca, espíritu transparente y sincero, no pudo contenerse ante el ministro de relaciones exteriores, marqués de Wellesley; y desde el primer momento hubiera dado al traste con la misión al abogar por la autonomía irrestricta de Venezuela, si no fuera que la cortesía benévola del ministro, por una parte, y el cálculo de las ventajas nacionales en perspectiva por otra, hicieron enderezar hábilmente una situación embarazosa por la alianza angloespañola del momento, agravada por las protestas del embajador de España, almirante Apodaca.

Así y todo el futuro Libertador pudo disfrutar ampliamente de las prerrogativas de su cargo diplomático, estudiar de vista y presencia las instituciones a que probablemente sus provechosas lecturas lo habían aficionado y acrecentar su admiración por ellas.

Este sentimiento había de perdurar en él por el resto de su vida, y quizás por eso la fábula de que ahora, en el camino del destierro a que el fracaso lo empujaba huyendo de la esclavitud de su país, se dejó invadir del despecho el corazón y concibió el propósito de cruzar los mares para ofrecer el servicio de su espada a la poderosa reina de los mares, a la que veneraba no tanto por su poderío, sino por la solidez de sus instituciones, su devoción por la justicia y su culto por la libertad. ¡Especie increíble! ¿Acaso no había en su patria amada, en su nativa América, campo propicio para excitar y establecer con firme asiento tan preciadas cualidades? Aun las privaciones, crueles privaciones a que se vio sometido en la isla, aquella semi-indigencia a que le obligó el ser despojado de su opulento equipaje, le hicieron sentir toda la agonía de los americanos y afirmarle en el irrevocable propósito de consagrarse totalmente a ellos.

El espaldarazo del ángel en el puerto de La Guaira lo había consagrado caballero de la libertad de seis naciones americanas y le había mostrado su verdadero camino, camino de un calvario accidentado y cruel.

La adversidad es niebla que siquiera en los primeros momentos puede ocultar a los mortales la senda que Dios trazó a sus pasos, la justa dirección de sus movimientos; pero en hombres forjados con el metal del coronel Bolívar la adversidad es pasajera nube de verano, que una vez disipada no asoma más en su horizonte. Muy pronto, quizás en los primeros días de su incómodo recorrido del Caribe: "mala navegación, peor a bordo", ese mar encrespado, amenazador ahora, acariciador a veces, y sublime siempre, ya rugiente con la cólera de Neptuno, ora apaciguado con la infinita sonrisa que invoca Prometeo, perpetuo inspirador de cosas grandes por su similitud con el infinito, disipó las sombras que envolvían su mente, y pudo ver con la luz meridiana del *Mare Nostrum* las empresas de Hércules que debía vencer para la autonomía de América y su propia gloria, y las afrontó con valor, decisión y fe. Su camino era el calvario que estaba en Venezuela, estaba en Nueva Granada, estaba en el Ecuador, estaba en el Perú; y en el Potosí, la gloria del Tabor. Y aceptando sin reservas su misión, hizo a don Francisco Iturbe (1) su profesión de fe: "Como el

(1) NOTA: En nuestro libro "Don Simón de Bolívar o la Formación de un Libertador", damos noticia de este vasco benemérito, leal súbdito del rey castellano, y aunque parezca contradictorio, prócer de la independencia americana, que tal debiera proclamársele, cuyo recuerdo en el bronce clásico falta aún en las plazas de las ciudades del Continente. Cuando el coronel Bolívar escapó de la celada de Casas y Peña en La Guaira, como secuela de la capitulación de Miranda, fue a buscar refugio contra la nueva calamidad que amenazaba, en casa del marqués de Casa León. Don Francisco Iturbe, rico peninsular, amigo a un mismo tiempo del tirano Monteverde y del joven Bolívar, se propuso salvar a éste de esas graves eventualidades y ofreció a aquél su garantía a fin de que le concediese pasaporte para el exterior. Se lo prometió el jefe español, y llevado el criollo a su presencia por su amigo, "Aquí está", le dijo, "el comandante de Puerto Cabello, don Simón de Bolívar, por quien he ofrecido mi garantía; si a él toca alguna pena, yo la sufro; mi vida está por la suya".

No sería extraño que una corazonada profética hiciera vacilar a Monteverde en su promesa del salvoconducto para el distinguido criollo. Nos parece verle presente, acudiendo, ahogando los presentimientos, de que ese rico caraqueño, influyente, apasionado y audaz, vendría a anular su obra sangrienta de crueldad y perfidia, cuando apartando súbitamente los ojos del intermediario Iturbe los vuelve a su secretario y le dice:

hombre de bien y de valor debe ser indiferente a los choques de la mala suerte, yo me hallo armado de valor y veo con desdén los tiros que me vienen de la fortuna. Sobre mi corazón no manda nadie más que mi conciencia”.

Comenzaba ya de lleno su papel, las adversidades con que se iniciaba en la epopeya americana disipaban el translúcido cendal que lo celaba desde su juramento del Monte Sacro. Dos meses más y se le verá iniciarse de lleno, en el Magdalena, en su tarea de caudillo dominador y sobresaliente.

Hemos visto que en la isla de Curazao estaba a la sazón trocada la dominación holandesa por la inglesa. El inglés andaba en las postrimerías del año 1806 acechando por los alrededores del puerto. El gobernador holandés Changuion no obstante los sobrados motivos que tenía para saber que los barcos británicos merodeaban golosos por sus aguas, alegre y confiado se alejó de su puesto el último día de ese año, para celebrar en el campo la entrada del año nuevo. Por su parte los miembros de la guarnición, presentando un ejemplo con 134 años de anticipación a los custodios de Pearl Harbour, se entregaron en

“se concede pasaporte al señor en reconocimiento del servicio que hizo al rey con la prisión de Miranda”. Con la luz fulgurante de sus ojos, más fulgurante aún con el acicate de esa frase provocativa que implicaba el cargo de traidor a la causa; resuelto a todo en guarda de su honor, aun a jugarse la cabeza o la libertad, “no prendí a Miranda”, ruge colérico, “por servir al rey, sino para castigar a un traidor a la patria”. La escena es de un dramatismo casi trágico que aun hoy después de casi siglo y medio aterra y conmueve. El secretario del capitán general siente de improviso que la sangre afluye con violencia al corazón, y tiembla al unísono su brazo que había levantado con el documento para entregarlo a Bolívar. El chacal, rabioso y sediento le detiene la mano, y en este momento el nobilísimo Iturbe interviene con tranquilo continente y persuasivas palabras de sosiego y paz: “Vamos, no haga usted caso de este calavera. Dele el pasaporte y que se vaya”.

La escena desvirtúa del modo más concluyente la infamante leyenda que vemos estampada por historiadores de pacotilla, de la parte austral de América, y repetida por el pueblo que estudia y se apacienta en sus libros, según la cual el futuro Libertador se presentó a recabar el pasaporte como premio de haber “entregado”, dicen, a Miranda.

Bolívar tuvo la satisfacción de mostrar al prócer el recuerdo agradecido del suceso que preservó su vida para la libertad de su patria,

la víspera de año nuevo a los bailes, francachelas y diversiones propias de la fecha, mientras el vigilante antagonista se aprestaba para caer sobre ellos dormidos o inconscientes por el licor el día primero de 1807. Ellos mismos se armaron la trampa en que fueron cazados tranquilamente, sin verter sangre. En esto se diferencia de la tremenda catástrofe norteamericana del 8 de diciembre de 1941 en Pearl Harbour.

Quizás habría tenido otro recibo en la isla el coronel Bolívar, de estar sujeta al dominio holandés. Los actuales señores necesitaban fortalecer su alianza antinapoleónica con España, y considerando absolutamente perdida la causa independiente de Venezuela, veían calva la oportunidad de cebarse en los bienes y tranquilidad del rico desterrado cuyo equipaje, valuado en más de 12.000 pesos fuertes, era poderoso incentivo a la codicia. Y tan pronto como llega al puerto de Santa Ana el día 2 de septiembre se le notifica el embargo de esos bienes "por dos causas muy raras", escribe al nobilísimo Francisco Iturbe, "la primera, porque mis efectos y trastos estaban en la misma casa en que estaban los de Miranda, y la segunda, porque el *Celoso*

que es la América. Después de Carabobo, el año de 1821, el Congreso general de Colombia iba a confiscar los bienes de Iturbe, que jamás claudicó de sus sentimientos patrios. La eficaz intervención del Libertador para impedirlo no se hizo esperar, con la siguiente carta: "Permítame V. E. que ocupe por primera vez la bondad del gobierno de Colombia en una pretensión que me es personal. Cuando el año doce la traición del comandante de La Guaira, coronel Manuel María de las Casas, puso en posesión del general Monteverde aquella plaza con todos los jefes y oficiales que pretendían evacuarla, no pude evitar la infausta suerte de ser presentado a un tirano, porque mis compañeros de armas no se atrevieron a acompañarme a castigar a aquel traidor, o vender caramente nuestras vidas. Yo fui presentado a Monteverde por un hombre tan generoso como era yo desgraciado. ¿A un hombre tan magnánimo puedo yo olvidarlo? ¿Y sin ingratitude podrá Colombia castigarlo?...

"Si los bienes de don Francisco Iturbe se han de confiscar, yo ofrezco los míos como él ofreció su vida por la mía; y si el Congreso soberano quiere hacerle gracia, son mis bienes los que la reciben, soy yo el agraciado"...

Cerramos la nota con las palabras pronunciadas por el diputado Ramón Ignacio Méndez al leerse la carta: "Las almas grandes son siempre agradecidas".

contrajo deudas en Puerto Cabello, que ahora he de pagar yo, porque yo era comandante de la plaza cuando las contrajo”.

No sólo él, mas también los compañeros de infortunio que con él habían fletado el *Jesús, María y José*: José Félix Ribas, y su sobrino Francisco Vicente Tejera, Manuel Díaz Casado, Judas Tadeo Piñango, el francés capitán Rafael Chatillón, pisaron las tierras de Curazao el 2 de septiembre.

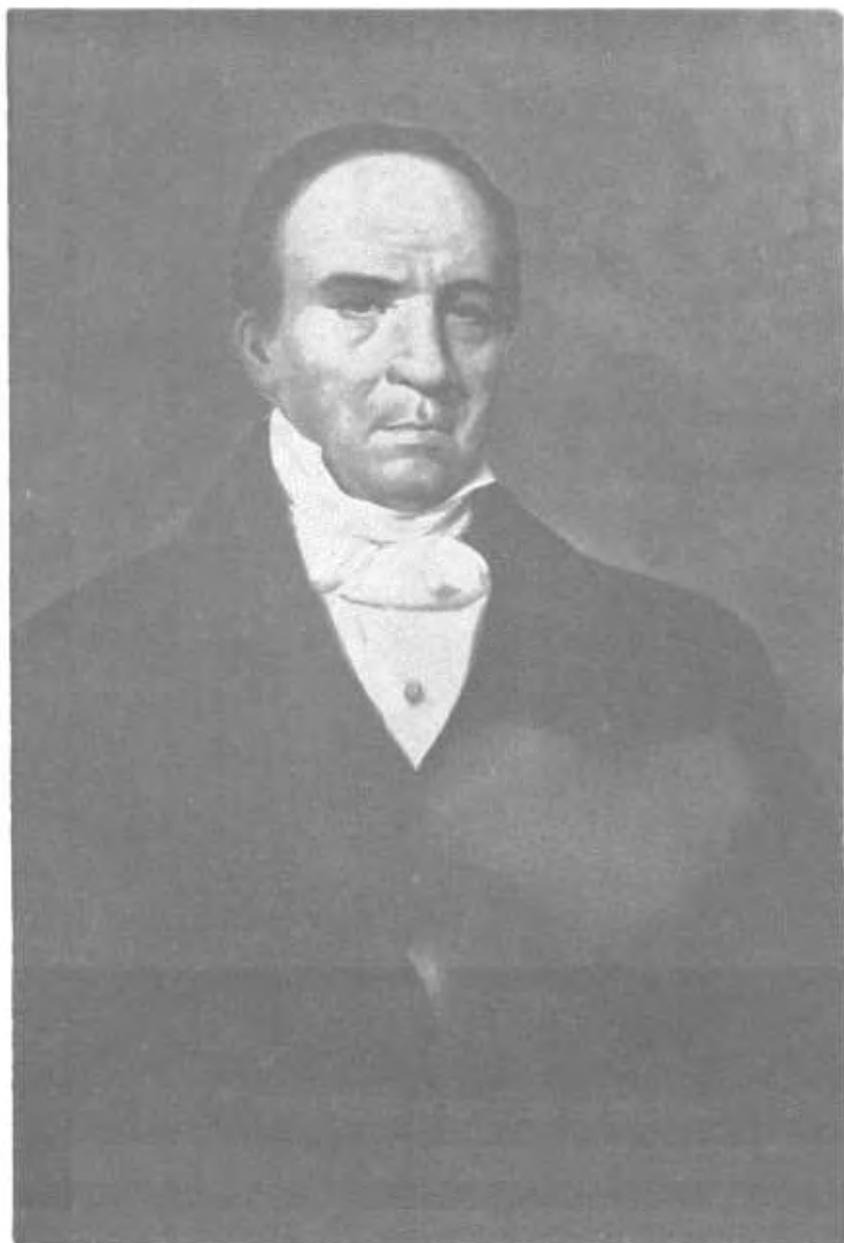
Si la salvación de Bolívar fue obra de su buena suerte del momento apadrinado por su incomparable amigo, el vasco don Francisco Iturbe, que valido de su amistad con Monteverde arrancó el pasaporte de sus manos vacilantes y casi arrepentidas a causa de la altivez del coronel, Ribas, la debió a la propia exclusiva voluntad del tirano canario, con él emparentado, que de este modo lo sustraía a los implacables procedimientos que había implantado y que quizás lo hubiera llevado al término de su vida antes de la breve carrera militar de este hombre de temple de acero y pasiones de huracán, tan fanático de la libertad que nunca, hasta el momento en que prendido por el enemigo, dejó el gorro frigio de tocar su cabeza cruelmente cercenada.

Este José Félix Ribas era casado con Josefa Palacios, tía carnal y segunda madre de Bolívar, una de las “doncellas”, las dos hermanas, que tanto mimaron al huérfano Simoncito. Ribas había sido ya antes, en tiempo de la blanda Junta Suprema, víctima de su genio violento y exaltado; porque empeñada ella en conciliar y aplacar los ánimos nombrando para los diversos empleos promiscuamente a europeos y americanos, él veía en ello un peligro para el porvenir de la causa; y considerándolo la Junta como un peligroso disociador, tuvo a bien desterrarlo sin más fórmula de juicio que una dictatorial y perentoria notificación. Y a Curazao fue a dar con sus hermanos Juan Nepomuceno y Francisco José.

Ahora volvía desterrado a la misma isla, y encontraba de nuevo al mismo secretario del gobernador, el señor Robertson, con quien había intimado en su primer extrañamiento. Esta vez llevaba de Monteverde carta de recomendación para el gobernador, circunstancias ambas no poco favorables en sus aflic-

tivos momentos. Ribas y Bolívar, tío y sobrino, empezaron así en la adversidad el común camino de aventuras, contrariedades, heroísmo y gloria en que con frecuencia habían de chocar lamentablemente y ser protagonistas de escenas desgraciadas para el prestigio de la empresa a que ambos estaban dedicados con la más noble de las intenciones.

Pronto cundió en la sencilla y abigarrada población de los colonos holandeses, no bien avenidas con el régimen británico y su humillante preocupación racial, la noticia de los nuevos huéspedes, arrojados a sus playas por el turbión de la guerra y la inconstancia de la fortuna. Y fue por dos meses largos un argumento a la pública curiosidad. Familiar vino a ser su figura por las estrechas calles de la población. John de Pool recogió la tradición de labios de don David Ricardo, a quien llegó por medio de su padre, originada de su abuelo, testigo presencial y benefactor de Bolívar y sus hermanas. Su descripción concuerda con la de la señora de Myerston, recogida por Picón Lares. Se paseaba vestido de pantalón blanco, casaca negra o azul oscuro, gran corbata negra o azul. Otras veces el saco era más corto, con botones de metal, pero siempre con sombrero de paja de amplias alas y cinta negra. Invariablemente llevaba en la mano un bastoncito corto o una fusta. Lo mismo que sus compañeros de destierro, el coronel recibía en esas ocasiones el callado homenaje de simpatía popular con que el pueblo generoso sabe honrar al que como nuestro personaje sufre por una causa justa y se ve insidiosamente perseguido por autoridades que en sus ilegales procedimientos no obedecen sino a los dictados de su codicioso egoísmo. Casi a diario se trasladaba desde la sección del lugar denominado Otrabanda, en cuyo sitio más prominente, el cerro del Motete, estaba la casa que habitaba, hasta el barrio llamado Pen, y se le veía pararse largo rato en la parte exterior sobre el mar, de la casa en que habitaron más tarde sus hermanas, que aún se conserva. Esta casa recibía por su forma el nombre de Octagon. A ella hacía visitas frecuentes. Allí, sobre la prolongación de la roca que forma la base del edificio, recostado acaso sobre su pared, dilatada la mirada hacia el horizonte, sobre las aguas plácidas o tumultuosas, trasunto de la vida que ya en la cortedad de su juventud le había tocado paladear; y divisando entre la bruma



DON FRANCISCO ITURBE

coronel y mostrándole, siempre con mayor lucidez, su verdadero destino.

Entre los amigos que según él mismo lo obsequiaban "con urbanidad y franqueza" se hallaban el abogado D. J. Ricardo, acaso el mismo que John de Pool menciona con el nombre de Mordecai Ricardo, caballero judío, uno de cuyos descendientes directos, David, transmitió la tradición oral que atrás se consigna, y otros detalles de su vida en los cortos meses que allí residió. Este mismo benemérito D. J. o Mordecai Ricardo ejerció "la liberalidad de sus sentimientos y la nobleza de su carácter" en las dos hermanas de Bolívar, después de la infausta emigración de 1814.

No sabemos si fue en esta ocasión cuando Bolívar trabó conocimiento con otro prócer americano, súbdito holandés, don Luis Erion, otro judío, rico armador de la isla, que ya había prestado servicios a los patriotas. Es de creerse que así fue, aunque el primer contacto escrito de los dos hombres no aparece sino en la carta que le dirigió el héroe colombiano desde Jamaica el 16 de julio de 1815. En lo sucesivo Erion había de representar papel de primera magnitud en la guerra y dedicar sus recursos, su energía, su vida toda, a cooperar con él en el cumplimiento del juramento del Monte Sacro.

Fructuosa fue la estada del desterrado en la isla, por los amigos que aun con el desprestigio de la persecución, y acaso por eso mismo, le regalaban; y no lo fue menos por el documento que allí meditó y con la mayor probabilidad escribió, base de su rápido prestigio luego: nos referimos al conocido con el nombre de Manifiesto de Cartagena.

Quizá su ambiente que llamáramos doméstico si su casa fuera compartida por parientes y familiares, era a propósito para inspirar ese documento trascendental que editado y conocido pocos meses después en Cartagena, no dejó la menor duda de su genio de estadista y capacidades de caudillo.

En el barrio de Otrabanda, en el sitio más alto de él, el cerro del Motete, había una casa de piedras grises, hoy desaparecida, compuesta de piso bajo y piso alto, casa incómoda, con dos ventanas a cada lado en cada uno de los pisos, que dejaban

pasar incómodamente escasos rayos de la abundante y esplendorosa luz que derrocha el trópico, sin comodidades que hagan amena la vida a sus moradores. De Pool la describe y comenta que esa casa, especie de cárcel, parecía más un depósito o una vigía o puesto de señales, que quinta de placer Pleisierhuis, nombre poético y mentido que se le daba. El hombre, dice Parménides, como toda cosa, es un compuesto de luz y noche oscura. El Coronel, en este propicio ambiente de sombra, proyectaba con mayor brillantez la luz de su mente que le permitía dejar impresas en el papel las ideas de su admirable documento. Noche y oscuridad en su redor, luz y claridad en su mente, vigor en su voluntad, firme esperanza en su alma.

CAPITULO III

1812

MONTEVERDE VENCEDOR

RESUMEN:

No obligan los pactos con los insurgentes. — Humanitarismo y credulidad de Miranda. — Perfidia de Monteverde. — Traición de Peña y Casas. — Los ocho monstruos. — Torpeza del régimen de Monteverde. — El artículo de Blanco White. — Los “voluntarios de sogá”. — Listas de proscripción. — La profecía de Miranda. — Alzamiento de los negros. — La Audiencia reprueba los procedimientos de Monteverde. — Las Cortes se hacen de la vista gorda. — Los procedimientos de Monteverde y sus secuaces son el comienzo de la guerra a muerte. — Zerveris. — Zuazola. — Asesinatos y crueldades a granel. — Madurez y lucidez espiritual de Bolívar. — Su actividad mental en la isla. — Bolívar desembarca en Cartagena.

A tiempo se había alejado el coronel Simón Bolívar de sus amadas playas venezolanas. “No son obligatorios los pactos con los insurgentes”: tal fue el principio de derecho y la norma de moral establecidos por Monteverde para regir el país, conquistado a causa de los sentimientos humanitarios, la buena fe y credulidad del generalísimo Miranda, cuyo corazón vivía la pesadilla de las hecatombes sangrientas de la Revolución Francesa. Le perseguían sin descanso como visiones dantescas que tejían horrible danza fúnebre en su imaginación. Imposible, se decía quizás, imposible permitir que los 800.000 venezolanos perezcan ahogados en ríos de su propia sangre, y es preferible un pacto con Monteverde en que se olvide la rebelión de aquéllos contra

la autoridad de Fernando, y que vivan hasta que la suerte depare una ocasión más propicia, o que la intervención pacífica de Inglaterra les proporcione una decorosa autonomía. Y su ejército, con todas las ventajas que le daban sus victorias, su posición, sus elementos guerreros y su espíritu marcial, y los habitantes criollos del suelo, sospechados de patriotas, fueron puestos a merced del canario por la capitulación de San Mateo, celebrada el 24 y ratificada el 25 de julio (1812). Las vidas y haciendas y la libertad de los rebeldes quedaban garantizadas por ese documento, y Miranda, confiado en la santidad de los tratados y en la palabra española, partía para el exterior, cuando en la noche del 30 de julio, en La Guaira, los jefes de la plaza y sus oficiales, y entre ellos Bolívar, mal aconsejados por la incomprensión, el rencor y la desesperación, cortaron su carrera sublime encerrándolo en el castillo de San Carlos. Y dichos funcionarios superiores del puerto, el Dr. Miguel Peña y el comandante Manuel María de las Casas, completaron la obra funesta. El uno corrió a Caracas a poner en conocimiento del general realista los hechos ocurridos; el otro entregó el castillo por orden del vencedor, impidió que se embarcaran los fugitivos y cañoneó las naves que pretendieron hacerse a la vela. Era el comienzo de la hecatombe que enloquecía por sus horrores al Precursor.

A tiempo, repetimos, había logrado embarcarse para Curaçao el futuro Libertador. Sólo 14 días antes había escrito Monteverde: "Presento a V.A. esos ocho monstruos, origen y raíz primitiva de todos los males de América. Que se confundan delante de la Majestad y que reciban el castigo que merecen sus crímenes.—Caracas y 14 de agosto de 1812—*Domingo de Monteverde*". Tal rezaba la nota con que el usurpador o improvisado capitán general remitía a España a los siguientes "monstruos": el canónigo Dr. José Cortés de Madariaga, el coronel Juan Pablo Ayala, el Dr. Juan Germán Roscío, el coronel Juan Paz del Castillo, don Francisco Iznardi, el coronel Manuel Ruiz, el coronel José Mires y don Juan Barona, españoles los cuatro últimos, aunque simpatizantes con la causa americana, a la que prestaron el concurso de su entusiasmo y sus servicios. ¡Si en uno de sus permanentes arrebatos contra la obra emancipadora le fuera dado poner manos sobre el "monstruo" del coronel Bolívar, el de los ímpetus de volcán y voz de tempestad...! ¡Cuánto la-

mentaría entonces, y más aún dentro de pocos meses, la debilidad de haberle concedido el pasaporte que para él le arrancó, casi pudiera decirse, don Francisco Iturbe! Ese pesar consta en documento a la Regencia donde manifiesta que concedió pasaporte a unos cuantos a quienes debió fusilar tan pronto como llegó a Caracas, por la debilidad en que todavía se consideraba.

Estos patriotas beneméritos fueron alojados en los presidios de Ceuta; y no está demás recordar la conducta del gobierno inglés tocante a ellos. Compadecido de su suerte, el británico señor Tomás Richard logró sustraerlos hábilmente de la prisión y ponerlos en Gibraltar bajo la protección del pabellón inglés. Como era natural, protestó el gobernador de Ceuta y reclamó del de Gibraltar la restitución de los patriotas. Este los entregó no obstante los ardientes alegatos de Richard, quien para impedirlo fue hasta la capital del imperio; y es de justicia consignar que el gobierno central se portó a la altura de la ley y de los sentimientos de humanidad, destituyendo al gobernador de Gibraltar por haber violado el honor del imperio con la entrega de hombres que sin cometer ninguna suerte de delito común habían buscado el suelo británico y la sombra de su bandera.

A los españoles Barona y Mires y a los americanos Roscio, Madariaga y Ayala, hemos de encontrarlos después prestando de nuevo su concurso patriótico en la lucha, escapados finalmente de la sombría prisión.

Agrega el "Correo del Orinoco" que Monteverde reservadamente escribió a la Regencia que se improbase el tratado de San Mateo. ¿Qué se proponía Monteverde con esta sugestión? Esperaba quizás contestar a las censuras que ya se oían de parte de la Audiencia de Caracas, y que seguirían llegando a sus oídos de todos los sectores, por su conducta falaz y cínica ruptura del pacto. La conciencia, que muy raras veces se adormece, le reprochaba acaso el atraer para su ruina por sus proclamas del dos, tres y cinco de agosto a los despavoridos venezolanos que aterrados ante las consecuencias de su lealtad a la patria habían buscado unos el sagrado refugio de sus hogares; otros, sitios distintos considerados inaccesibles a la saña que, guiados del fino olfato popular, presumían inminente.

¡Qué mejor justificación y carta blanca que un decreto de la Regencia española en el sentido de cortar las ataduras del pacto de San Mateo! Y al contrario ¡qué mejor política podría haberse aconsejado que establecer un gobierno paternal, un régimen de olvido, a que le obligaban además sagradas promesas! Puede asegurarse que la gananciosa habría sido la madre patria. Los pueblos, en una inmensa proporción, miraban de reojo la independencia, influídos por una larga tradición y educación realista y por una vida de tranquilidad y mansedumbre, que los acontecimientos de dos años a la redonda estaban muy lejos de emular. Añoraban la paz en que se habían levantado.

El hambre, disolvente de la voluntad, las miserias de todo orden que empezaron a apoderarse o a amenazar la visión del futuro de los hombres no mucho después de iniciada la revolución, eran otros elementos que en fin de cuentas venían a inclinar los ánimos hacia el partido realista, más fuerte por la posesión del poder y los demás elementos de dominación y, por tanto, más prestigioso para el corazón de las masas, amigas de argumentos objetivos y utilitarios antes que de los que se sustentan en especulaciones filosóficas. "El gobierno español", escribió en "El Español" Blanco White con su característica libertad, ante la torpe política de la Regencia de Cádiz, "es responsable a Dios y a los hombres de los horrores que están desolando las Américas. Caracas había empezado con moderación, y el partido dominante no estaba por la absoluta independencia. Se les acometió con guerra, y la necesidad de defenderse los ha puesto en manos que por desgracia no serán moderadas. Si en vez de mandar al comisionado Cortabarría para que los insultase con sus poderes absolutos dados por la miserable Regencia con tono que los hubiera dictado Felipe II; si no hubiese mandado a este hombre que llamándose conciliador, ni se digna hablar a los representantes de los que va a conciliar; si hubiera procedido de buena fe y en vez de pedir a la Inglaterra que hiciese la guerra con ellos contra los verdaderos intereses de la madre patria, hubiese pedido a su gobierno que interpusiese su autoridad y fuese mediador en la contienda, los caraqueños no habrían tenido que valerse de enemigos declarados del gobierno español..."

Con más razón aún podían aplicarse estas justas reflexiones a la situación creada por Monteverde en 1812, pocos meses después de estampadas en "El Español", por cuanto entonces la república se había extinguido después de ver desaparecidos en el torbellino de la guerra, ahogados en lagos de sangre, a sus seres venerados y queridos. El mismo miedo de perder las reliquias que aún quedaban en pie era la mejor causal de apaciguamiento y sumisión.

Para que la nueva educación cívica preconizada por los mantuanos calara en la conciencia popular se necesitaban todavía siete años largos de prédica por la boca y el ejemplo de ese crisóstomo y ese paladín mitológico que se llamaba Simón Bolívar. Que si tal era el caso ¿cómo pudieron acaecer hazañas como las ya cumplidas, y cómo habrían de asombrar al mundo en la Campaña Admirable? ¡Ah! En las guerras de facciones que han azotado a nuestros pueblos, secuela desgraciada de aquellas empresas de centauros, solía verse reunidos en las plazas, atados con cordeles, a los infelices destinados a integrar los batallones, y desfilar hacia la carnicería de su destino por entre las ciudades y a lo largo de los caminos, ejércitos numerosos que el ingenio colombiano señalaba con esta marca jocosa: "voluntarios de sogá".

Los ejércitos patriotas solían verse obligados hasta muy entrada la lucha y casi al final de la contienda libertadora, a proveer otro ejército que los custodiara y vigilara, no fuese que su desco de conservarse alejados de ella inspirase a los hombres más deserciones aún que las que diariamente se experimentaban.

Pero Monteverde, ya sea por su propia y consciente inclinación, ya, como dicen Zea, Baralt y Díaz, Restrepo y otros, mal aconsejado en su debilidad de espíritu por eclesiásticos como Torrillas, Rojas Queipo, Echezuría, Manuel Vicente Maya, Gamboa y otros corazones llenos de mal entendido y fanático patriotismo, inició desde el día siguiente de su entrada en Caracas un régimen terrorífico que, sin quererlo, fue cooperando con las miras mantuanas, transformando el espíritu popular de lealtad a la Corona, por el miedo, el rencor y las represalias que inspiraban, y preparando eficazmente el horrible ambiente y prácticas de la guerra a muerte. El mismo Bolívar ha de hacer más tarde una

descripción sombría de la situación creada por Monteverde: "Los pueblos de las provincias... fueron subyugados por un aventurero que... entró en la provincia derramando la sangre americana, robando a sus habitantes y cometiendo las más horribles atrocidades... Destruída la ciudad capital, su población dispersa por los campos; muriendo la gente de hambre y de miseria; atemorizados con los asesinatos de Antoñanzas, Boves y otros satélites que Monteverde esparció en partidas por el interior de la provincia para quitar la vida sin piedad a sangre fría, sin formalidad ni proceso a cuantos tenían el concepto de patriotas... Tal era el infeliz estado de Caracas, cuando reventó en los valles de la costa al este la revolución de los negros, provocada, auxiliada y sostenida por los emisarios de Monteverde. Esta gente inhumana y atroz, cebándose en la sangre y los bienes de los patriotas, de que se les dio lista en Curiepe y Caucagua, marchando contra el vecindario de Caracas, cometieron en aquellos valles, y especialmente en el pueblo de Guatire, los más horrorosos asesinatos, robos, violencias y devastaciones. Los rendidos, los pacíficos labradores, los hombres más honrados, los inocentes, morían a pistoletazos y sablazos, o eran azotados bárbaramente después de publicado el armisticio. Por todas partes corría la sangre y los cadáveres eran ornato de las calles y plazas de Guatire, Calabozo, San Juan de los Morros y otros pueblos habitados por gente labradora y pacífica, que lejos de haber tomado las armas, huían al acercarse las tropas, a los montes, de donde los conducían atados para quitarles la vida sin más formalidad, audiencia o juicio que hacerles hincar de rodillas. Cualquier soldado u oficial estaba autorizado para dar impunemente muerte al que juzgaba patriota o tenía qué robar".

Después de desconocer a Miyares y proclamarse capitán general, para lo que mañosamente había introducido una cláusula en el convenio de San Mateo (1) no sólo procedió a la reconquis-

(1) En el tratado de San Mateo, Monteverde asentó este artículo: "El comisionado del ejército de Caracas pone por condición de este pacto que la ejecución y cumplimiento de cuanto se ha estipulado anteriormente, como la ocupación y posesión del territorio de la provincia de Caracas, debe pertenecer exclusivamente al señor don Domingo de Monteverde, con quien se

ta contra hombres que habían tomado parte ostensible en los acaecimientos de los patriotas y sus bienes, aunque se lo vedaban los términos de la capitulación, las disposiciones de las Cortes y los preceptos de la constitución española del año 12, mas acudió al expediente de inventar rebeliones y resucitó la práctica de las listas de proscripción de Mario, Sila y la Revolución Francesa. Estas, como aquéllas, eran formadas por las simples sospechas, el odio, la venganza o la codicia, y no respetaban jerarquía, sexo ni edad.

La primera y más prominente de las víctimas, el general Francisco de Miranda, en la queja que elevó no por él mismo, sino dolido hasta lo íntimo por el desprecio de la capitulación y la suerte de los venezolanos, dice a la Audiencia de Caracas, estas palabras, síntesis de la situación: "He visto con espanto repetirse en Venezuela las mismas escenas de que mis ojos fueron testigos en Francia: ví llegar a La Guaira recuas de hombres de los más ilustres y distinguidos, tratados como unos facinerosos; los ví sepultar junto conmigo en aquellas horribles mazmorras; ví la venerable ancianidad, la tierna pubertad, al rico, al pobre, al menestral, en fin, al propio sacerdocio, reducidos a grillos y a cadenas y condenados a respirar un aire mefítico que extinguiendo la luz artificial, inficionaba la sangre y preparaba a una muerte inevitable; yo ví, por último, sacrificados a esta crueldad ciudadanos distinguidos por su probidad y talento, y perecer casi repentinamente en aquellas mazmorras, no solo privados de los auxilios que la humanidad dicta para el alivio corporal, sino destituidos también de los socorros que en semejantes casos prescribe nuestra santa religión. ¡Hombres que estoy seguro hubieran perecido mil veces defendiéndose con las armas en la mano

ha iniciado este convenio, no accediendo los pueblos de Caracas a ninguna variación en esta parte".

Dos días después, el 27 de julio, comunicó al Ayuntamiento de Valencia que es conforme con el tratado y con "las presentes críticas circunstancias, que se suspenda el reconocimiento de don Fernando Miyares en los empleos de gobernador y capitán general de las provincias de Venezuela".

Quedaba así consumada su usurpación; desconocida la autoridad legítima.

reos sin causas y causas sin reos, reos cuya procedencia se ignoraba, otros que no se sabía quién los había mandado prender, otros que no había quien les pudiese formar el sumario, y otros que el que los prendió no podía dar razón del motivo de su prisión, reos del interior de Coro en Puerto Cabello, en La Guaira y en Puerto Rico; reos de Maracaibo, Trujillo y Mérida en Coro, Puerto Cabello y Puerto Rico; reos que en las listas y causas constaban conducidos a Coro, Valencia, Puerto Cabello o La Guaira, y no se hallaban en ninguno de estos puntos ni se sabía dónde paraban ni quién los puso en libertad, sin conocimiento ni noticia de este superior tribunal. . . .”

Ante informes tan dignos de fe por lo incontestablemente imparciales, era el caso de que las Cortes procediesen con la más inflexible energía contra el advenedizo desconocedor de la autoridad de sus superiores y despreciador de los más sagrados principios cuya observancia fue siempre timbre y orgullo del nombre español.

El destierro de los “ocho monstruos”, por ejemplo, sin documento alguno justificativo de “la reincidencia” o de hechos subversivos posteriores a la capitulación, con que los señaló Monteverde naturalmente, sin puntualizar ninguno, dio pie a la Regencia para concluir que la providencia era una escandalosa venganza y violación del convenio, y en 1815 todavía no se había podido encontrar motivo que justificase ese acto de arbitraria prisión de los “monstruos” venerables, precisamente al siguiente día de la subyugación material de Caracas y en que estaba ya en vigencia el pacto. Y ni éstos ni Miranda que estaba en el mismo caso, recibieron del Ministerio universal de Indias la libertad, lo menos que indicaban las circunstancias. Al contrario, aunque el Consejo de Estado, y esto lo reconoció más tarde el Consejo de Indias, pidió a Monteverde el documento justificativo de la culpabilidad de “los ocho monstruos” en hechos posteriores a la capitulación, dicho documento nunca apareció; y el oidor Vidal remitió ocho procesos sobre hechos anteriores, “sin tocar hecho alguno posterior a ella”. ¿Qué clase de justicia es la que aguarda más de tres años el envío de documentos pedidos, justificativos de la culpabilidad de supuestos reos encerrados en una cárcel?

No aprobaron abiertamente los procedimientos de Monteverde, es verdad; pero juzgando sin duda acrecentarse con ellos el prestigio de gobierno y fuerza de la nación, en vez de imponer enérgicamente al tirano subalterno el cumplimiento de los preceptos de las leyes y del honor español, dejaron entrever en la manera como acogieron las quejas y acusaciones de la Audiencia, que no tenían por ese celo y ese honor toda la devoción que se les debía.

La conducta de Monteverde y sus crueles órdenes, francas o subrepticias, sentaron en Venezuela escuela y precedentes. Era el prólogo de aquel capítulo horroroso que la historia conoce con el nombre de guerra a muerte. No faltaban funcionarios españoles que reprobaran los excesos. Ya se ha visto la justa y noble actitud de la Audiencia. El gobernador Ureña, de Cumaná, acusa ante el gobierno de ultramar a los españoles, y entre ellos a Zerveris, famoso por sus crueldades, que se empeñaban en "la felonía violación de los pactos" y en "la profanación de nuestra constitución". Con fingidas o legítimas órdenes reservadas, y sin hacer caso del jefe de la provincia procedió Zerveris a media noche a efectuar una prisión general de todos los ciudadanos de Cumaná, que estuvo a punto de ocasionar una total catástrofe en la población; y luego escribía a Monteverde: "No hay más que no dejar con vida a ninguno de estos infames criollos. Yo le aseguro a V.S. que ninguno de los que caigan en mis manos se escapará". E iremos viendo que no eran baladronadas ni vanas amenazas las de éste y los demás desalmados.

Y ¡qué decir de Zuazola! No hay mejor crónica de sus increíbles abominaciones y sed de sangre que la del memorialista español Urquinaona, quien la redacta teniendo a la vista un expediente incoado en Cumaná. Esta fiera, declara un soldado, dio orden a los servidores del rey, de cortar las orejas de los insurgentes, ofreciéndoles un peso por cada oreja que le presentasen. Se agrega que las cajas de orejas que recibía las repartía entre los pueblos de su dominación para que se usasen como escarapelas o adornos de los sombreros; y dice Mancini, "hacía mutilar a los muertos. . . Zuazola se distinguía además por invenciones inimaginables. Cuando se adueñaba de un pueblo hacía desfilar ante él a todos los habitantes: entonces les cortaban

las narices, las orejas, las mejillas; los cosían acoplados, por los hombros; o también después de desollarles las plantas de los pies, les hacían andar sobre chinarrros puntiagudos o cascos de botellas rotas”.

En el susodicho expediente consta por declaraciones de soldados que tomaron parte en las mutilaciones, asesinatos de heridos y gente inofensiva e indefensa a quienes el pavor hacía ocultarse en lo recóndito de los montes, toda la perversidad moral de Zuazola, que no era, por otra parte, sino consecuencia y desarrollo del régimen de sangre inaugurado por Monteverde y el comienzo de una era de salvajez que contaminó a todo el país, en que vinieron a rivalizar con los defensores de la Corona, como lógica derivación, los que se habían alzado contra ella para engendrar la autonomía de América. Estas páginas irán mostrando a medida que la ocasión sea propicia las más salientes manchas producidas por este vendaval de sangre, por esa oprobiosa desviación de los sentimientos de humanidad y nobleza.

Baste por ahora conocer a Zerveris y Zuazola, que sobresalen en el gobierno de Monteverde como los fieles intérpretes de su espíritu sanguinario e ímpetus de exterminio de los patriotas, y al mismo tiempo, y contra sus intenciones, iban abonando con sangre el terreno en que debían germinar y florecer los estandartes de la patria.

La divergencia de Bolívar, a veces pasiva, a veces activa en francas discusiones con Miranda; su desconformidad con los métodos empleados por los magistrados y legisladores en la extinguida República; el tremendo revés y derrota de Puerto Cabello que precipitó el malhadado convenio de San Mateo; el conocimiento, primero presencial y luego por testimonios auriculares, de las tristes ocurrencias de la subyugada patria, y las obligadas penurias en su destierro de Curazao, terminaron el proceso de su madurez y lucidez mental. Estos dos meses de su destierro en la isla transformaron o terminaron totalmente la transformación del joven caraqueño, que si distinguido e influyente siempre en los medios relevantes de la sociedad, era considerado también hasta aquí como un tanto superficial y casquivano. Lo atestigua el famoso documento que forjó o meditó, según todas las

apariencias, en su residencia isleña de Pleisierhuis, que la historia bautizó y guarda reverente con el nombre de Manifiesto de Cartagena. Si por una parte puede calificarse de extraordinario por su precocidad, es también sorprendente por el peso que tuvieron sus principios desde entonces, tal que sus ideas posteriores jamás discreparon de éstas; y conocerlo es tener la clave de la figura moral y política del hombre que transformó la mitad de la América hispana. De entonces en adelante, cada paso que da y cada pensamiento que concibe ha de llevar hondamente estampadas las indelebles marcas del genio que, además de crear en su mente obras que sorprenden por estar más allá del dominio del presente, arbitra los medios conducentes a su realización y pone en todo ello una voluntad que triunfa de cuanto obstáculo presenta la naturaleza y de toda adversidad humana.

Así, fue Curazao un almácigo del alma de Bolívar, que había de dar cosechas sazonadas en breves días. ¿Qué hacía ya en la isla? Ni cuadraba a su temperamento la inactiva y estéril permanencia, ni podía mirar indiferente los sucesos desgraciados que a pocos kilómetros de distancia se desarrollaban en su patria, ni era insensible a las escisiones peligrosas para la redención política que se habían enseñoreado del suelo granadino, limítrofe y estrechamente vinculado con su tierra natal. Erale preciso poner de nuevo pies en el continente. Una mirada de su ojo de águila le hizo contemplar la libertad de toda la América Meridional, salida de Cartagena de Indias y esparcida de allí a Venezuela; de Venezuela a Nueva Granada; de Nueva Granada a Quito; de Quito al Perú; del Perú a la provincia argentina del Alto Perú; de aquí a la consolidación de la ya obtenida por las demás provincias argentinas y por la capitanía general de Chile. ¿Qué importan reveses, contrariedades, contratiempos y fatigas? La bandera tricolor pasará en triunfo hasta ondear orgullosa en la cima del Potosí.

Desembarcar en costas venezolanas era un imposible material. Sin más ejército que uno que otro compañero de destierro; con la nación toda sometida a la Regencia y vigiladas cuidadosamente sus riberas y accesos marítimos; sin medios materiales, confiscados por las autoridades de Curazao los recursos que sacó del país, con que podía iniciar la formación de una escuadra y

cuando capitularon generosamente, antes que someterse a semejantes ultrajes y tratamientos!”.

También el Regente Heredia, escritor realista, denuncia la era iniciada de fusilamientos y asesinatos sin discriminación “en nombre de la nación más generosa y del rey más justo del universo”. “Los lamentos y el temor”, dice el mismo sanguinario Antoñanzas, “se reputaban maquinaciones ocultas”.

Restablecida la Audiencia de Caracas, no tardó en reprobar puntualizadamente los infames procedimientos. Esto basta para salvar el honor del nombre español: aunque no podía ser suficiente para detener ni menos para extirpar de raíz el inicial fermento, la cooperación que la usurpada autoridad prestaba de ese modo indirecto a lo que hemos llamado la nueva educación cívica, y la perversión de los sentimientos hasta ese estado social en que la vida humana era juguete del odio y la venganza, y derramar sangre ejercicio tan natural y manso como abatir un ave a tiro de fusil o derribar un arbusto a golpe de machete.

En el memorial que la Audiencia elevó a la Regencia contra las arbitrariedades y tiranía de Monteverde se leen estas palabras: “Aquí se exige que se bese la mano que castiga; que no se sienta el peso que oprime, y que se adoren con respeto servil los grillos que se quieren poner hasta al mismo pensamiento”.

Costa y Gali, fiscal de la Audiencia, comparó ventajosamente el trato que se recibe en el país de los cafres con la afrentosa y cruel dominación de Monteverde.

Monteverde andaba reñido con todos: con Miyares y Ceballos cuya autoridad desconoció desde un principio, proclamándose teórica y prácticamente jefe supremo de Venezuela; con la Audiencia, cuyas órdenes y observaciones le causaban alto desprecio y quedaban siempre en el vacío. La Regencia era también impotente para obligarlo a obrar con sujeción a los dictados del honor, la humanidad y la justicia. Las Cortes y la constitución habían señalado normas y directivas precisas para las garantías de personas y bienes. Los magistrados de España estaban bien informados por la Audiencia, que les pintaba al vivo “el cuadro del desorden en que se hallaba la administración de justicia, con

el reclutamiento de hombres; y aunque estos elementos no le hubiesen escaseado, sin prestigio militar, antes bien, envuelto en el desprestigio de la derrota, que, no obstante, fue siempre para su voluntad el más poderoso de los acicates, tenía que buscar otro ángulo por donde introducirse en Venezuela, después de conquistar confianza en él, que le acarrease apoyo eficaz en hombres y recursos necesarios para hacer la guerra. Abierta estaba a sus pasos la altiva, independiente Cartagena, desafiando sola los focos de reacción realista que significaban Santa Marta y Panamá, defendiéndose gallardamente de las partidas que pululaban a lo largo del río Magdalena. Estaba destinada a ser uno de los grandes jalones de su gloria. Y no había entrado el mes de noviembre de 1812 cuando Bolívar, acompañado de José Félix Ribas, Pedro Briceño Méndez. y unos pocos compañeros, desembarcaba en Cartagena.

CAPITULO IV

1812

EL VOLCAN EN EL ORIENTE DE VENEZUELA

RESUMEN:

Santiago Mariño y el pacto de los 45 Orientales. — Arismendi y su cruzada. — Pascual Martínez, antecedentes, infamias y muerte. — La Audiencia imprueba sus crueldades. — Doña Luisa Cáceres de Arismendi. — Las raíces de la guerra a muerte. — Siluetas de Arismendi, por Juan Vicente González. — El oficial inglés autor de *War of Extermination* y Mancini.—La locura de sangre.— Análisis de su génesis. — Campo Elías. — Antonio Nicolás Briceño.

No es posible dudar que Bolívar durante los pocos meses de su estancia en Curazao estaba detalladamente al tanto de la conducta de Monteverde y sus esbirros. Ha sido siempre grande la comunidad de los pueblos tan cercanos geográficamente y por ello tan unidos en los menesteres del comercio y en la solicitud de la colonia antillana por los acontecimientos políticos y sociales de ese territorio de tierra firme. La curiosidad de los colonos y aún su conmiseración por esos desterrados de su patria, vigilados y perseguidos por las autoridades coloniales, era un motivo más para interesarse por los acaecimientos que les mantenían en la tierra isleña y dar amplia difusión a noticias y comentarios.

Al lado de las noticias de las crueldades de los Monteverdes, Antoñanzas, Zuazolas, Pascual Martínez, Zerveris, Reyes Vargas, Yáñez, Ceballos, llegaron nuevas de los emigrados en Trinidad, que sin más recursos que su patriotismo y férrea vo-

luntad conspiraban y preparaban la obra hercúlea de reconquistar por oriente palmo a palmo el territorio que parecía perdido irremisiblemente.

El patriota Santiago Mariño, hombre de alta posición como tantos otros, es acreedor por sus trabajos y méritos a una mención especial que haremos en el capítulo XI. Baste ahora apuntar que la tiranía que desde Caracas y occidente prolongaba sus venenosos tentáculos al oriente, lo forzó a salir del territorio antes de caer bajo las garras asesinas, y trasladarse a la vecina isla de Trinidad, como lo hicieron otros, donde con 44 más de éstos a quienes comandó por voluntad de todos, firmó el acta de los 45 orientales por el que se comprometían a expedicionar sobre Venezuela y "restituírle la dignidad de nación que el tirano Monteverde y el terremoto le habían arrebatado".

Entre los demás caudillos orientales, obra del despotismo de Monteverde y ferocidad de sus tenientes, hay otro que merece también conocerse aquí porque constituye ejemplo fehaciente de la educación patriótica que obraba paulatinamente el régimen de terror en hombres que, con otro género de gobierno, o habrían cooperado a sosegar y aplacar los ánimos, o con su sometimiento al gobierno habrían sido parte importante en su consolidación, ante el cansancio general y anhelo de quietud y paz. Pero armó sus brazos de cólera, "furor arma ministrat", y su sed de venganza alimentó los raudales de sangre, y el temor mismo por sus vidas les inspiró el desprecio de ellas en escenas horribles de destrucción, en actos increíbles de salvajez.

Era Juan Bautista Arismendi, como Santiago Mariño, un rico hacendado que se vio forzado por las adversas circunstancias a resoluciones desesperadas y heroicas. Ambos, orientales. Si el último nombrado sobresalía en la región costera de Cumaná y Güiría, aquél era caudillo de la isla de Margarita, donde ejercía decidido predominio sobre ese pueblo de pescadores, gente buena, hospitalaria, mansa, de vida esencialmente doméstica. El demonio que encendió la cólera y transmutó el carácter apacible de Arismendi y los margariteños en furias implacables, se llamó Pascual Martínez. Primero patriota y al servicio de la causa independiente en Margarita, un motivo de despecho, la improbación del gobierno independiente de ciertas medidas su-

yas, lo impulsó a cambiar de sentimientos, y ahora afecto a los realistas, se hizo colocar a la cabeza de la apacible región, después de haber ejercitado sus venganzas en Coro y Caracas, aseesinando, haciendo azotar públicamente, encarcelando sin piedad y exponiendo presos en la plaza pública a personas de toda clase, edad y condición, desde las más notables y respetadas hasta las más humildes y sin influencia. Uno de los motivos con que pretendía justificar tal conducta era "sospecha de espionaje o conspiración en favor de los patriotas". Nombrado, pues, gobernador de Margarita donde antes había servido por los patriotas, no pudo encontrar Monteverde mejor agente que este a quien tributa el elogio, citado por Juan V. González, de quien tomamos estos detalles, de que "uno de sus primeros cuidados fue el de capturar y remitir a los calabozos de La Guaira y Puerto Cabello a los peligrosos, mientras la Audiencia desaprobaba estos procedimientos tan necesarios para restablecer el orden". Y como la Audiencia, siempre con espíritu más justiciero que los hombres del bando del vencedor, improbaba los desmanes del sátrapa Martínez, éste alegaba en su descargo que su anhelo no había sido otro que "aniquilar a cuantos conspirasen contra la Corona"; para lo cual desde el momento en que se encargó del mando de la isla "tomó precauciones para prender en una misma noche a todos los revoltosos, siendo el peor don Manuel Maneiro, como lo acreditan los documentos que remite; y sin embargo, la Audiencia los ha puesto en libertad, según las cartas que han escrito a sus familias".

Y así fue como ese nido apacible de palomas fue convertido en cubil de fieras perturbadas y acosadas, decididas a defenderse a todo trance. Era la defensa de su puñado de tierra, de su hogar tradicional, la reconquista de su dulce libertad, de su derecho a la tranquilidad y a la vida. Y los hijos de Margarita empezaron a caer en la cuenta de que la cadena montañosa que la atraviesa de sur a norte uniendo en sus extremos a Juan-griego y Pampatar con el estrecho desfiladero que hacía las veces de camino, tenía un precioso valor estratégico, Termópilas de los nuevos espartanos; y que la gran cantidad de malezas tropicales que cubría el suelo era adecuado escondite para eludir al enemigo, y los espinosos nopales aliado admirable para su defensa.

Entonces, decimos, surgió Juan Bautista Arismendi. Esperando el momento adecuado huyó a los montes. Pero habían quedado en el hogar abandonados su mujer y sus dos hijos, niños que no habían cumplido diez años aún. Amenazados de muerte si no revelan el paradero de su padre, éste se presenta al tirano, es vejado, preso y desterrado a La Guaira con una gran cantidad de imaginarios reos a quienes la Audiencia, hallándolos inocentes, decreta pasaportes para volver a sus lares.

No hay para qué decir que los absueltos por la Real Audiencia, y Arismendi entre ellos, no bien llegaron a sus hogares fueron una vez más privados de su libertad por el implacable Martínez, hasta que levantados en masa los naturales dan cuenta del infame gobernador, que pagó sus crímenes implorando cobardemente misericordia, bajo sus puñales, acaso también bajo el de Arismendi, preso en la misma fortaleza de Pampatar que aquél escogió creyéndola seguro refugio contra los que la rueda de la fortuna había constituido ahora en sus perseguidores. Desde ese día quedó Arismendi ungido con el mando supremo de sus paisanos después de la horrible matanza de españoles en que culminó la jornada.

A estos sucesos de 1812 siguieron como secuela lógica las escenas sanguinarias de ese mismo año y los siguientes, en que la figura de Arismendi, ya a la cabeza de los nuevos espartanos, ora capitaneando gentes de otras provincias, se alza sangrienta y tremebunda, implacable y vengadora como una furia infernal.

Y aunque nos adelantamos a la época de esta narración, es conducente, como comprobación de esta locura trágica, semiheroica y semisalvaje, que inficionaba a todos borrando hasta los más elementales sentimientos domésticos, hacer una breve digresión hacia la esposa del mismo Arismendi. Refiere el autor del libro *Recollection of a Service of three years during the War of Extermination by an Officer of the Colombian Navy*, que habiendo invadido la isla el pacificador Pablo Morillo, una partida apresó a la esposa del ya general Arismendi, la joven y bella doña Luisa Cáceres. Este, a su turno, cayó tremebundo sobre el enemigo y le hizo gran cantidad de prisioneros, entre

ellos un coronel de quien de tiempo atrás deseaba apoderarse. Propone el realista al margariteño canjearlo por doña Luisa, y el esposo le contesta con una nota, por medio del emisario de aquél: "El general Arismendi no hace la guerra a las mujeres sino a los españoles, que son los enemigos de su patria y la vergüenza de la humanidad. El general Morillo puede proceder como le plazca contra la esposa del general Arismendi; aunque le es muy querida, se siente obligado a proceder así, porque sobre él pesa la responsabilidad de salvar la libertad de su patria. Así, jamás devolverá al monstruo por cuya culpa ha corrido la sangre de los habitantes de esta isla".

Y agrega el autor que, escrita y entregada la carta al mensajero, el coronel fue ejecutado en presencia suya por los hijos de Arismendi, para que diese cuenta a Morillo como testigo ocular.

Y la educada, afable y por muchos títulos distinguida mujer, que a la sazón se encontraba en estado interesante, solía repetir: "Si Juan Bautista hubiese perdonado al coronel, jamás hubiera yo vuelto a su lado".

Caso curioso, la esposa de Arismendi no fue sacrificada. Morillo se limitó a remitirla presa a Cádiz, y de su fortaleza logró evadirse disfrazada de pescador sin provocar las sospechas de los tripulantes españoles del barco en que navegaba, ayudada de su modo de hablar, que en nada discrepaba del de un peninsular; y apresada la embarcación casual y felizmente por un crucero patriota, volvió a su patria y fue recibida en ella con toda la pompa y honores que se otorgan a los grandes triunfadores, "a la vista de los españoles que, desde sus avanzadas, podían observar tan extraña ceremonia".

Contra la teoría de que los sentimientos y prácticas de muchos patriotas a lo Mariño, Arismendi, Bermúdez, Ribas y otros fueron adquiridos, engendrados por las prácticas de sus contrarios desde el año crucial de 1812, oponen algunos historiadores, entre ellos escritores patriotas y distinguidos, con su insistencia en analizarlos a la luz de sus rasgos anatómicos, a lo Lombroso, la de que eran ingénitas sus inclinaciones y pasio-

nes. Juan Vicente González, con la vehemencia característica de su magnífico estilo, dice de Arismendi:

“Contemplémosle en la capital a fines de 1813: ¿No véis esa cosa verdeamarilla, de ojos parduscos, cercado el ceñudo rostro de duras líneas que se chocan, su habla una jerigonza bárbara y sanguinaria? Observémosle bien: es pequeño de cuerpo; la parte posterior del cerebro está desarrollada ampliamente como la del tigre; su acento imita el acento español, como remedan algunos animales carnívoros los gritos de sus víctimas. ¿De qué laguna ha salido ese batracio?... Ninguna piedad en su alma de bronce; la hermosura y el dolor lo hallaron siempre el mismo: como la guillotina del 93, jamás se sació de víctimas su corazón cruel. Madruga para amanecer en los lugares de las ejecuciones... Si falta su ración a uno de los diez y nueve banquillos de la plaza pública o a los de la Trinidad o a los de San Pablo, que tiemble el español o isleño que crea cubrirse porque un perro le conduzca, ciego, implorando por él; o por ser un protegido del colérico Ribas. Ni basta a su rabia que mueran los que odia; le es preciso asistir a sus últimos momentos, verlos sentarse pálidos en la fatal silla, oír las descargas, escuchar el último quejido; y ni esto le bastaba, ya que seguía después, por largo rato, a través de las calles silenciosas, los fríos cadáveres desangrándose, llenando el camino con sus despojos, saltando y saliéndose del duro cuero en que se les arrastraba al sepulcro. ¡Ser excepcional y desgraciado que no probó nunca la dulzura de una lágrima de compasión, que no supo nunca sentir y perdonar!”.

Ha de tenerse en cuenta que González hace esta pintura infernal de Arismendi tomada en los tiempos sombríos de la guerra a muerte, es decir, en pleno y desatado festín demoníaco, cuando estos hombres actuaban entre la locura y el carnaval de sangre, cuando la transformación era explicable por los sufrimientos y vejámenes antes experimentados, y ante la amenaza de caer una vez más entre las cadenas de que por el momento se encontraban libres. Además dicho autor, en su afán de sacar adelante la tesis de que la guerra a muerte decretada por el Libertador y sádicamente ejecutada por muchos de sus tenientes fue un acto inútil a más de inhumano y vergonzoso, se hace sos-

pechoso de recargar el tinte sombrío de sus cuadros, por otro aspecto magníficos.

La Real Audiencia, en cambio, mes y medio después de iniciado el régimen de Monteverde, esto es, cuando todavía los procedimientos de éste no habían conducido al cenit de la desesperación, ni había llegado a su madurez la transformación de los sentimientos y pasiones, informa categóricamente que Arismendi es "hombre moderado y de costumbres pacíficas". No es necesario hacer hincapié en el valor documental de esta frase, escrita por el representante de la justicia de los realistas.

Si nos detenemos más de lo que debiéramos quizás, en uno de los protagonistas de la guerra a muerte, es porque su caso es tan característico que nos parece por sí solo arrojar bastante luz sobre el problema de los horrores que llenan la tierra gran-colombiana desde los albores de su lucha, tanto más cuanto no son pocos los que ponen toda la responsabilidad de ellas y el famoso decreto que las autorizó, en ímpetus de sanguinaria animalidad de Bolívar y los demás caudillos americanos.

El oficial británico al servicio de Colombia, autor del *Recollection* citado, cuyo testimonio tiene que aceptarse como más imparcial a todas luces que aquellos que pueden ser guiados por una tesis política o móviles distintos de la augusta serenidad de la Historia, traza esta silueta de Arismendi:

"El general Arismendi es el jefe y el ídolo de los isleños, y en verdad que el celo que ha demostrado y los sacrificios que ha realizado en defensa de la isla, lo hacen acreedor a la gratitud y cariño de aquellos habitantes. Es Arismendi mitad criollo y mitad indio; sus facciones son de lo primero y sus cabellos de lo último. Su cuerpo es ancho, musculoso, atlético, aunque muy lejos de ser grueso. Parece imposible que pueda resistir tantas y tan prolongadas luchas. Debe de tener unos cincuenta y cuatro años (escribía probablemente en 1826) aunque aparenta más. Constantes sufrimientos, una vida de trabajos rudos y varias terribles heridas que ha recibido han sido la causa de su feroz continente. Las arrugas que surcan su rostro contribuyen a darle mayor adustez, y aunque su sonrisa es franca, no por ello consigue restar ferocidad a su expresión.

Su risa no es completa ni plácida; al reír, su rostro toma un extraño parecido a la mueca peculiar de la hiena. Su contrariedad la expresa por medio de una especie de gruñido gutural que recuerda el rugir del tigre. En aquel momento sus ojos brillan enconados, vengadores, y es de temer que si el objeto de su ira se encuentra al alcance de su mano no podría escapar de la muerte. De su apariencia un observador superficial podría deducir que el general es un hombre temible y que las escenas de horror y sangre le agradan más que le disgustan. Sin embargo, mi opinión es totalmente contraria. Creo que las sanguinarias medidas que ha tenido que adoptar contra los enemigos de Colombia han sido más bien motivadas por el sufrimiento que le ha causado mirar el terrible dolor que padecen sus hermanos y compatriotas. Si el general hubiese actuado en tiempos normales su conducta no habría merecido reproche; antes bien, su vida hubiera sido modelo de la sociedad en que le tocara vivir. Durante muchos años el general tuvo como constante ocupación la pesca, y llegó a conseguir gran caudal en esta empresa. Vivía dedicado a este tranquilo menester, en paz y retiro, con su familia en Juangriego, cuando estalló la revolución. Su espíritu combativo despertó entonces y sus cualidades de jefe comenzaron a manifestarse bien pronto, para terror y duelo de los españoles. Sin hacer alarde de sus servicios ni deseos de engrandecimiento personal, ha prestado sin duda alguna ingentes servicios a la República de Colombia como quizá sólo puedan haberlo hecho algunos pocos de los restantes jefes patriotas. Su modestia no ha permitido que se estimen en lo que valen sus servicios y su gran patriotismo. . . Es un hombre hospitalario, y su casa permanece abierta para todos sin que medie previa invitación. . . Si un extraño llega a sus puertas será siempre bien recibido con encantadora llaneza. . . Todos los que acuden a él en demanda de algo justo, quedan encantados de sus buenas prendas y excelentes cualidades que se esconden bajo la ruda corteza exterior. En la amistad es firme y sincero. . . Tiene un elevado concepto del honor, lo que muchas veces ha sido causa de que resulte perjudicado en su trato con otros jefes menos escrupulosos. . . Es el mejor de los amigos y el más implacable y formidable de los enemigos. Su enemistad con los enemigos de su patria no tiene límites. Creo que

sólo un español puede arrepentirse de haberse encontrado con Arismendi... En cuanto a los hijos de Arismendi, creo que las escenas de sangre y horror que desde niños han tenido que presenciar han borrado en ellos todo sentimiento humanitario. Tienen muchos de los defectos de su padre el general, pero pocas de sus virtudes”.

Como se ve, esta pintura, con rasgos de más imparcialidad que la trazada por el autor venezolano, no muestra al “criminal nato”, sino al hombre apacible y bueno por naturaleza, cuya recta línea de conducta quebraron los sucesos que enturbiaron la placidez de su existencia y amargarón las fuentes vitales de su patria y sus conciudadanos.

Otro extranjero, Mancini, dice de él: “alto, delgado y de ademanes corteses, Arismendi presentaba, al contrario, bastante regularidad en las líneas de su rostro. Un ligero estrabismo no alteraba la expresión enérgica y sosegada de su fisonomía. La verdad es que Arismendi sufría, como la mayor parte de sus contemporáneos, el irresistible impulso de una época poseída de la locura de la violencia”.

Lós testimonios extranjeros que acaban de transcribirse, en donde no puede sospecharse deseo de ocultar nada de la culpabilidad del personaje en los actos sanguinarios que ejecutaba, dejan ver, al contrario de la pintura sombría de Juan V. González, que en ellos había la influencia maléfica de las horribles pasiones engendradas por una época y unos funcionarios reales que la crearon cuando establecieron el régimen malhadado de la cárcel, la carnicería y el desprecio de los derechos en que debían confiar los habitantes de Venezuela y los que, vencidos en su lucha por implantar la autonomía política, confiaban para su tranquilidad en promesas solemnes escritas además en documentos que tenían el carácter de juramentos sagrados. Es también la explicación de actos semejantes de los demás o casi todos los demás caudillos que se lanzaron en los abominables charcos de sangre humana.

Entre estos hombres pudo haberlos de naturaleza tal que ella sola los empujara al crimen. No tenemos, por ejemplo, datos para explicarnos igualmente la ferocidad de Campo Elías,

español de nacimiento, quien al decir de un historiador, "después de haber hecho ejecutar sucesivamente a sus padres y a uno de sus tíos, bienhechor suyo, exclamó en arrebató furioso: *después de matar a todos los españoles, me degollaría a mí mismo, y así no quedaría ninguno*".

Entre los patriotas crueles hemos de tropezar con la figura de Antonio Nicolás Briceño, "El Diablo", díscolo, pendenciero y alborotador, que a primera vista podría calificarse de criminal nato y que, no obstante, en presencia del tribunal que lo juzgó y sentenció a muerte, explica los motivos que lo indujeron al pacto sangriento de Cartagena y los asesinatos de que hablaremos después, en la siguiente forma: "A pesar de los sentimientos que he tenido siempre a favor de los buenos españoles, defendiéndolos en el Congreso cada vez que fue necesario, alabando las virtudes de los que lo merecían, y haciendo se les declarase en la constitución iguales derechos a los hijos del país, después de haber tenido gran parte en la salvación de los cómplices en la revolución de Valencia; viendo que en compensación, después de la capitulación de Monteverde y de la ruina y desolación en que estaba Caracas a causa del temblor del 26 de marzo, se habían violado los pactos arrojando en terribles prisiones a sus principales habitantes donde habían perecido algunos por el tratamiento que se les daba; y sabiendo además por las gacetas inglesas que llegaban a Cartagena la ejecución de mil americanos, ordenada por el señor Venegas en la ciudad de Méjico, sin otro delito que el haber nacido allí, empleé la práctica que conforme al derecho de gentes se hacía en Cartagena a los europeos que se cogían de Santa Marta. Mi plan fue un ardid militar, creyendo que con una proposición de esta naturaleza publicada en términos que llegase a noticia de los españoles, abandonasen el país sin grande efusión de sangre. Tal fue el motivo que tuve para estampar dichas proposiciones, menos con ánimo de cumplirlas que con el de concluir la guerra a poca costa, como lo pueden decir los oficiales que me acompañaban y la orden comunicada claramente en Teteo para no matar sino los que se resistiesen en la acción de guerra".

El recalitrante criollo realista, José Domingo Díaz, asienta que Briceño era tenido por hombre moderado, lo que en contra-



GENERAL EN JEFE JUAN BAUTISTA ARISMENDI

dicción y todo con el general rumor que parece haber sido causa de su apodo de "El Diablo", corrobora lo que el malaventurado patriota declara de sí mismo, según lo que acaba de verse.

Los procedimientos iniciales de "pacificación" fueron gradualmente aumentando su rigor y ferocidad hasta llegar a la cumbre con el Pacificador Pablo Morillo. Poblaciones enteras se pasaban a cuchillo sistemáticamente sin perdonar edad, sexo, estado ni condición social; y con satánica complacencia se daban los partes consiguientes: "toda persona capaz de leer y escribir ha sido condenada a muerte", dice Morillo en un parte: "en esa forma cortaremos junto con la vida de esos individuos *educados*, de raíz el espíritu de la revolución".

Resumiendo, la guerra a muerte fue el sistema instaurado por los caudillos de la monarquía y los "pacificadores" reales, y sus consecuencias fueron desarrollándose rápidamente y envenenando a los caudillos primero, y a las masas después. Del temor que inspiraban los procedimientos de los peninsulares; contra los nativos, a la natural defensa de sus personas, de sus bienes, de sus familiares; de la dificultad de mantener incólume sus derechos y prerrogativas naturales, por la desigualdad de medios materiales, al odio intangible, volcán en apariencia apagado, tanto más temible al estallar cuanto más pesados los obstáculos que impedían su manifestación; de la licencia a que los empujaba la penuria de sus obligados refugios montañoses contra la persecución y la muerte, decimos, de la necesidad de robar y saquear para buscar el sustento, al desprecio por el derecho ajeno, al desprecio también por la vida de los semejantes, los que a tales extremidades los habían conducido; y de todo esto el horroroso cuadro escrito con pinceles rojos de sangre, sombreado con espesas nubes de llanto, sobre un fondo de desolación y ruina.

Como en todos los movimientos sociales, el guante arrojado fue recogido por hombres representativos que fueron dando organización a la masa, si organización es el estado de desorganización moral que convierte todo en un caos y pervierte los sentimientos humanos.

Tal fue la época que comenzó para Venezuela con el triunfo de don Domingo Monteverde, y que no principió a mitigarse

sino cuando, obtenido en 1819 el triunfo de Boyacá, los patriotas comenzaron a sentirse dueños de sí mismos y la soberbia realista menguó súbitamente y como por encanto. Empezó la época de normalidad humana y no tardó mucho en proponerse por el Libertador al "Pacificador" Morillo el famoso tratado de regularización de la guerra que la hizo más de acuerdo con el derecho de gentes.

Mas no se crea que esa contaminación de odio e ímpetus de venganza ante las dantescas tropelías y hecatombes con que los realistas enseñaron crueldad a los patriotas, fueron suficientes a generar en los paisanos el sentimiento de la independencia. Muy lejos estuvo de la generalidad ese anhelo. No era extraño encontrar conducidos por los caudillos, como hemos dicho antes, dos curiosas filas de soldados una de las cuales estaba destinada a asegurar la otra contra la deserción.

lidad sobresaliente de la gente tropical, fue parte muy principal a mantener levantados los ánimos de estos emigrados ilustres.

Bolívar acudió a su amigo Iturbe, en Caracas, para rogarle que viese por sus intereses abandonados y le remitiese subsidios. No hay constancia de que los obtuviera. Tampoco hay noticia tocante a sus hermanas Juana y María Antonia, si no es que la última, no obstante el cariño entrañable y solícito que la unía a su hermano, a la sazón era, y siguió siéndolo por muchos años, leal a la causa realista. No hay documento de que ella lo socorriese, lo que sin duda hicieran a haberles sido hacederos, dada la holgura financiera en que vivían.

Parece que con la fianza de don Juan Nepomuceno Ribas, tío suyo también por su matrimonio con María de Jesús Palacios, consiguió un préstamo de mil pesos, y privándose de lo último que le quedaba, fletó un barco; y así en el extremo abandonado de sí mismo, llegó con Pedro Briceño Méndez, José Félix Ribas, Rafael Chatillón y otros a las playas de Cartagena de Indias, donde ya antes se encontraban otros defensores de la República caída: Antonio Nicolás Briceño, apellidado "El Diablo", casado con una de "las Nueve Musas", la bellísima Dolores Jerez Aristeguieta, parienta del peregrino; Pedro Labatut, antiguo soldado francés, luègo capitán del ejército patriota, que había escapado de Venezuela en el fatídico 31 de julio, bajo el riesgo de los obuses de Casas que cañoneaban la minúscula "Matilde", en que resueltamente había determinado escapar al temporal que contemplaba azotando sus pies, por más que iba arrojando el no menos inmisericorde temporal marino; y Manuel Carabaño, y Vicente Tejera, de la famosa Sociedad Patriótica, cultor de las letras, apasionados y violentos, que soplaban la hoguera de odio como las brujas de Macbeth y afilaban los cuchillos de la venganza: Bolívar sintetiza este estado de ánimo en el Manifiesto a los americanos, fechado el 2 de noviembre: "Cerremos para siempre la puerta de la conciliación y la armonía. Vengüemos condignamente los asesinatos, robos y violencias que los vándalos de España están cometiendo en la desastrada e ilustre Caracas. ¿Podrá existir un americano que inerezca ese glorioso nombre, que no prorrumpe en un grito de muerte contra todo español, al contemplar el sacrificio de tan-

tas víctimas inmoladas en toda la extensión de Venezuela?”. Y halló también entre otros patriotas fugitivos a Manuel Cortés Campomanes, español de nacimiento, que al servicio de Cartagena triunfó el 12 de noviembre en Mancomoján y Ovejas contra Rebastillo; a sus valerosos compañeros de Puerto Cabello Miguel y Fernando Carabaño: Miguel, que en vigoroso asalto tomó el fuerte de Cispatá el 26 del mismo mes, sin dar cuartel a los vencidos “en desagravio”, dijo, “de las víctimas de Venezuela”; a Tomás y Mariano Montilla, de la alta sociedad de Caracas; y al ilustre trujillano Cristóbal de Mendoza, a quien luego había de encontrar nuevamente en Mérida.

Pobre arribaba el coronel Bolívar a los pies de las terribles murallas “donde el cañón inglés no halló camino”, como dice Rafael Núñez en un verso inmortal; portaba consigo el recuerdo de la final agonía de la patria, en cuyos funerales fue tan prominente su participación. No es para arredrarme, pensaría el joven oficial; no es para esconderme avergonzado y vencido por un revés en que tuvieron infernal consorcio la traición, el fanatismo, la inexperiencia, la blandura excesiva del gobierno, el criterio político extraviado por constituciones exóticas a nuestro medio, el idealismo y optimismo exagerados que la república naciente quiso poner como base sólida en que fundamentar todo su edificio. Si hoy mi persona carece por esa causa y por falta de antecedentes más gloriosos, del prestigio que es menester a los conductores de hombres, he de mostrar prontamente cuánto es posible obrar a quien no guía otra estrella que la del patriotismo y negación de sí mismo.

Pobre y sin bagaje desembarcó; pero... decimos mal, porque le acompañaba un tremendo bagaje psíquico. Llegó lleno de las violentas pasiones con que los infaustos acontecimientos de que era testigo y víctima habían exaltado y exagerado su natural temperamento irascible y nervioso. Era un Prometeo que por todos sus sentidos respiraba odio al vencedor: “miran a sus hermanos como viles esclavos”, pensaba y había de consignar luego al papel, y como víctimas a sus vencidos. ¿Qué esperanzas nos restan de salud? La guerra, la guerra sola puede salvarnos por la senda del honor. No haya otro objeto que el exterminio de los tiranos. Estos caníbales que vienen huyendo de

sus conquistadores pretenden ponernos las mismas cadenas que ellos arrastran en su país con el temor de unos tráfugas, la rabia de unos perros y la avaricia desenfrenada de su abominable nación. Miserables que sólo son superiores a nosotros en maldad. Que ya no se oiga otra voz que la de la indignación. Cerremos para siempre la puerta a la conciliación y a la armonía. Vengüemos condignamente los asesinatos y robos y violencias que los vándalos de España están cometiendo en la desventurada e ilustre Caracas.

No eran estos pensamientos los de un hombre desesperado que con ellos buscaba un consuelo vano e ilusorio.

Uno de sus primeros pasos en tierra firme fue dirigir con Vicente Tejera una exposición al Congreso reunido en Tunja para poner en práctica una invasión a Venezuela: "Escapados prodigiosamente de las garras de aquellas fieras, los pocos que aquí nos hallamos hemos venido a implorar la protección de Nueva Granada en favor de sus compatriotas, los desdichados hijos de Venezuela.

"Para fundar sobre algún mérito nuestra solicitud, hemos querido tomar antes parte en la civil contienda que sostiene este estado contra la provincia de Santa Marta y habiendo ya tenido el honor de ver admitida la oferta de nuestros servicios en el ejército, esperamos presentarnos a ese Soberano Congreso luego que hayamos cumplido nuestro empeño. Caracas, cuna de la independencia colombiana, debe merecer su redención, como otra Jerusalén, a nuevas cruzadas de fieles republicanos, y estos republicanos no pueden ser otros que los que tocando tan inmediatamente los tormentos que sufren las víctimas de Venezuela se penetrarán del sublime entusiasmo de ser los libertadores de sus hermanos cautivos".

Y portaba quizás también bajo el brazo o en la pequeña reconditez de su bolsillo el que valía más que bultos ostentosos, heraldos de distinción y fortuna: unas cuantas cuartillas de papel que habían de proclamar en breve que la revolución tenía un hombre calificado para hacerla triunfar, y destinado a consolidar sus efectos en la América Española. Nada falta en el documento: era un espejo de sabiduría en la observación atenta

de los fenómenos sociales, moderación en la aplicación a los diferentes ambientes, de los principios consagrados por la experiencia; enérgica decisión en las resoluciones tomadas; valor para denunciar las deficiencias de hombres y gobiernos, vapular los vicios de los pueblos y proponer los remedios que a su juicio eran los más conducentes a la libertad de Nueva Granada, cuyos estandartes estaba resuelto a seguir para conducir en seguida los del país de su nacimiento y cuna de sus padres: libertar a aquella y restituir a esta la autonomía que le había arrebatado el bárbaro tirano bajo cuyo innoble azote se desesperaba y gemía.

Este sometimiento lo atribuye el joven coronel a varias causas. Cuando se discutía en Caracas el año anterior la constitución política de la naciente entidad internacional, Miranda y él, entre otros distinguidos ciudadanos, la adversaron resueltamente por considerar que el sistema federal consagrado en ella era pernicioso a la unidad, a la cohesión del cuerpo social, al equilibrio de los poderes públicos, a la sencillez y claridad de la estructura política; de donde era de esperarse, según las palabras de Miranda, que esa carta no ajustaba además a la población, sus usos y costumbres en lugar de reunir a los pueblos en un solo haz los separaba y dividía en perjuicio de la seguridad común y de la independencia por que trabajaban y luchaban. Vanas fueron sus juiciosas observaciones. De los 41 diputados firmantes del Acta de la Independencia sólo 5 aceptaron estos principios, y la carta constitutiva de la nación se sancionó tal como se había presentado; y el Poder Ejecutivo en esas circunstancias que requerían unidad, vigor, fuerza y decisión quedó como una débil entidad. Así la guerra, que es el imperio de la fuerza, se entregó en manos de un triunvirato como si los poderes de la patria hubiesen hecho el pacto de dividir en vez de construir y unir en firme cohesión.

Dijérase que este error fundamental de la debilidad de instituciones y procedimientos era un estado biológico de los guerreros libertadores en los albores de la independencia.

Atribuye Bolívar el triunfo de los rebeldes de Coro, de donde tomó fuerza la expedición y preponderancia de Monteverde, a la lenidad de la Junta Suprema, que no osó proceder

contra la provincia, basada en los principios de humanitarismo, adversos a "hacer por fuerza libres a los pueblos que desconocen el valor de sus derechos".

Cuando el pueblo caraqueño se sintió helado de pavor a la noticia de las hecatombes de Ruiz de Castilla en Quito, esos hombres generosos estallaron en una exaltación de horror y dolor, y considerando que el tremendo ejemplo no quedaría de modo alguno estancado en dicha ciudad, emprendieron una cruzada ardiente para persuadir a la Suprema Junta a que pusiese en práctica medidas más enérgicas y decisivas que las empleadas hasta entonces en una actitud de complacencia y benevolencia que distaba mucho de estar a la altura de las críticas circunstancias. Pedían entre otras cosas la expulsión de los peninsulares que convivían con ellos en permanente amenaza de sus vidas y de las nuevas instituciones patrias. La contestación de la Junta fue el decreto de destierro, no de los que se pedía sino de los directores del movimiento más previsores que ellos: los tres hermanos Ribas, Juan Nepomuceno, Francisco José y José Félix, a más de don José Gallegos. Y estos "peligrosos" se vieron compelidos a un ostracismo inmerecido, a comer por cinco meses el pan del destierro en la isla de Curazao, mientras impunemente vegetaban en Venezuela los realistas, sembrando la discordia y preparando el terreno para la reacción violenta y los horizontes enrojecidos.

El destierro político suele ser un crisol para los principios, en que sus víctimas se reafirman y hasta se exceden en las pasiones buenas o malas que de ese modo se ha tratado de castigar. Pasados cinco meses se les levantó el destierro y esos hombres regresaron, y uno de ellos, José Félix Ribas, con el alma endurecida por la adversidad de los propios, y ensombrecido el pensamiento por las oscuras preocupaciones del porvenir; era ya la desarrollada y tremenda célula de guerra que no había de conocer hasta el momento de su trágica ejecución otro héroe más impetuoso y decidido que era su sobrino político, Simón Bolívar.

¿De dónde semejante actitud extemporáneamente pacifista de los prohombres de la Patria Boba? Bolívar dio la respuesta en el documento que gestó en las Antillas e imprimió y dio a la

circulación en Tierra Firme, y se bautizó con el nombre de "El Manifiesto de Cartagena". Era la actitud de los que en vez de jefes, eran filósofos; en vez de legisladores, filántropos, y antes que tácticos, dialécticos. Y profesando de soldados no eran otra cosa que sofistas, bien intencionados visionarios, guiados por teorías sociales en boga, cuyo exagerado idealismo los conducía a considerar al hombre y a la sociedad como entidades fundamental y naturalmente perfectas, y andaban lejos de la percepción objetiva de seres y sucesos que sólo podía inspirarles los medios necesarios para consolidar y llevar al triunfo la magna empresa en que estaban empeñados. La base en que se sustentaban era falsa, y por consiguiente, todo el edificio estaba llamado a bambolear y derrumbarse con estrépito.

Frente a estos conceptos ¿en qué quedamos con la decantada adhesión de Bolívar a Rousseau y a las teorías de Simón Rodríguez? No puede haber contradicción más clara. El coronel no divaga como ellos por regiones de ensueño vanas, sin consistencia, como ensueños al fin; él se aferra a lo objetivo y real y sobre lo real y objetivo hace sus acertadas observaciones y propone los remedios de las enfermedades políticas y sociales, tanto, que son aplicables a cualquier país en igualdad de circunstancias.

Al referido error de fondo atribuye el joven filósofo el perdón que sucedía a cada conspiración, a la que necesariamente seguía otra, pues, expresa con amarga ironía: "¡los gobiernos liberales deben distinguirse por la clemencia!".

¡Y el afán de la inconsulta imitación! En esto influyó de modo preponderante la moda literaria. Abrevados los próceres en las fuentes que echaron a correr los antiguos para beneficio de la civilización, así como en historias de pueblos más modernos que gozaban de prestigio merecido, no caían en la cuenta de que las creaciones que ellos ostentaban tenían su limitación en los tiempos, lugares y características especiales de los hombres, sus costumbres y sus virtudes.

Esa imitación llevó a grandes yerros. Los antiguos no tenían ejércitos permanentes de veteranos; así, no necesitamos sino de las milicias que en cada ocasión reclutemos y con ellas venceremos a nuestros enemigos como vencieron Grecia, Roma,

Génova, Suiza, Holanda, Norteamérica, sin pensar en la adaptabilidad de las circunstancias ambientes, y en que las virtudes políticas y disciplina en que eran educados los ciudadanos pedían para nosotros otro régimen y otros procedimientos. "El resultado", dice Bolívar, "probó severamente el error de su cálculo, pues los milicianos que salieron al encuentro del enemigo, ignorando hasta el manejo del arma, y no estando habituados a la disciplina y la obediencia, fueron arrollados al comenzar la última campaña, a pesar de los heroicos y extraordinarios esfuerzos que hicieron sus jefes para llevarlos a la victoria, lo que causó un desaliento general en oficiales y soldados; porque es una verdad militar que sólo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los primeros infaustos sucesos de una campaña.

Y cuando tal expresaba se renovaba en su corazón el dolor de Puerto Cabello, perdido en sus manos no tan sólo por obra de la traición, sino también por ministerio de tropas bisonas, indisciplinadas y cobardes que no supieron resistir al enemigo.

Y he aquí que los errores no se detienen en este punto. Los hubo grandísimos en el ramo administrativo. El papel moneda "sin más garantía que la fuerza y las rentas imaginarias de la confederación". Reconoció su raíz en la inconsulta subdivisión de la provincia de Caracas. Esta medida, a más de multiplicar los empleos y gastos públicos, obligando así a arbitrar de cualquier modo recursos para sostenerlos, despertó indeleblemente el descontento en la generalidad, que consideraba el expediente como un despojo, pues trocaba sus bienes, objeto de valor intrínseco, por otros de precio incierto y muy ideal: de cuyo descontento, pavor diríamos con más propiedad, la guerra civil, que atrajo de Maracaibo y Coro, focos de sentimiento realista, a Monteverde y demás cabecillas realistas, con su secuela de calamidades.

Otro punto que no entonces solamente, sino en los tiempos posteriores, ha causado desastres internos o externos, y no sólo en la historia de Venezuela, sino en la de muchos estados americanos, es el de las constituciones que han consagrado para el gobierno nacional el sistema federal.

Este fue, asienta Bolívar, el principal causante de la derrota. Ese complicado sistema, no obstante ser el más perfecto,

era inaplicable, era el más opuesto a los intereses de los nacientes estados, cuyos súbditos estaban privados de las virtudes cívicas que era imposible haber aprendido bajo el régimen colonial absoluto. Ese sistema dividía en vez de unir. Ese débil sistema no era posible que rigiese y gobernase en medio de la guerra civil y la guerra exterior que devastaba el país. Ese sistema, es cierto, es el más capaz de proporcionar la felicidad, mas hay que tener en cuenta que es a condición de que se amolde e identifique con el carácter de los hombres, de los tiempos y de las demás circunstancias.

No se avenía el coronel con ningún resabio, con nada que no realizase la ecuación de lo ideal con lo real. Si desde este punto de vista tuvo que sufrir el rigor del ilustre Miranda, que detestaba de sus métodos criollos de enardecer sus huestes y conducirlos a la pelea, educado como estaba el Precursor en las usanzas guerreras del Viejo Continente, en otros respectos hubo también de comprender bien pronto cuán errados andaban los organizadores de la República parodiando instituciones inasimilables por un pueblo más hostil a la independencia que amigo de ella; y fuera de eso, falto de las luces intelectuales suficientes para comprender el alcance de las leyes y organización social inspiradas en filosofías que presuponían la perfección de los asociados.

Ardía la guerra, desigual para los americanos, con llamas infernales cuyas lenguas voraces estaban consumiendo todo el activo patrio en hombres, recursos y moralidad: el desorden social y la relajación de la moral y política eran estado permanente y consecuencia fatal del azote de la lucha armada; y no obstante, en medio de ese cuadro sin líneas normales, los representantes del pueblo de Venezuela trazan una perfecta constitución política en que se dan cita Rousseau, Montesquieu y los legisladores de la revolución francesa, sin excluir la federación norteamericana. Y desde entonces se agitaba en el cerebro de Bolívar esta idea capital: que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales.

Es cosa curiosa: el carácter impetuoso de Bolívar y su temperamento nervioso deberían hacerle un hombre impaciente y

ansioso de alcanzar de un solo salto los fines que se proponía y la perfección de las instituciones que forjaba como estadista y guerrero. No era así, y pronto después de iniciada la contienda armada, sin el acopio de experiencia que da la persistencia en la adversidad, hace conocer las más atinadas censuras a este apresuramiento por llegar súbitamente a la arcadía política.

No es práctico administrar alimentos demasiado sustanciosos al enfermo a quien casi ha abandonado la vida; y el pueblo hispanoamericano era a la sazón, políticamente hablando, un enfermo con muy pocas esperanzas de recobro. La federación y todas las concepciones maravillosas que se habían aprendido en los enciclopedistas y en la Unión Norteamericana eran manjar demasiado fuerte para esos miembros agotados, y necesariamente hubieron de sucumbir antes que por la fuerza de los enemigos interiores, por la explosión de sus propias fuerzas.

Origen fue el sistema federal, por el precioso tiempo perdido en discusiones de los fueros nacional y provincial, de la lentitud en atender oportunamente a la defensa de los sitios amenazados, como sucedió en San Carlos, adonde entró el enemigo antes que los refuerzos esperados por los patriotas: llegó el realista al corazón del Estado.

Clama el coronel por la centralización de nuestros gobiernos americanos para eludir mejor la acción de los intrigantes de las ciudades que convierten el ejercicio del sufragio, que debía ser obra de la voluntad soberana y libre, en el más vergonzoso engaño y esclavitud de la conciencia, y vapula el abuso sacrílego de su ministerio por parte de los sacerdotes que se valieron del terremoto del Jueves Santo para sacar partido de la ignorancia y fanatismo de las masas en pro de la causa real.

Después de este objetivo y minucioso análisis de las causas de la derrota y subyugación pasa el Manifiesto de Cartagena a proponer esos "ejemplos, errores e infortunios" como útiles para los pueblos de América; porque en su pensamiento no se agitan sólo los intereses de una sección del continente, sino al igual que Miranda, la visión conjunta de la América como patria común.

Por pequeño que se presente el enemigo a la vista material, no debe mirarse con desdén como lo hizo Caracas. "En el orden

de las vicisitudes humanas no es siempre la mayoría de la masa física la que decide, sino que es la superioridad de la fuerza moral la que inclina hacia sí la balanza política". Y la fuerza invisible apoyaba y robustecía contra la aparatosa fuerza física de Caracas, a los elementos que se aunaron tan fácilmente para su perdición: el descuido del gobierno en extirpar a sus enemigos, que estimuló a Coro y Maracaibo aparentemente incapaces de la jornada victoriosa que le hizo sucumbir; la cooperación de los españoles que amamantaba como astuta víbora en su seno; el partido clerical, adicto al despotismo; la ignorancia y por consiguiente superstición de las masas. No bastó para consumir la perdición sino la señal de un traidor, y la nación se vio invadida y ocupada por las fuerzas de la reacción bajo cuya coyunda se encontraba gimiendo. ¿Cuál era a la sazón la situación de Nueva Granada? La analogía con lo descrito por el coronel era perfecta: la división de las opiniones, la discusión encarnizada sobre cuestiones secundarias en la obra de la redención nacional que a todos debía preocupar por sobre lo demás, la guerra civil, el imperio de odios y rivalidades, el descuido de la defensa común.

En la descripción de la descomposición moral de Caracas iba implícita la de Nueva Granada. A causas iguales, iguales remedios. Nueva Granada y Venezuela tienen un destino común y vicios semejantes. Si estos tienen como focos permanentes la reacción de las provincias de Coro y Maracaibo, que con los movimientos que emprendieron y el oro y recursos de los realistas de todo el territorio decidieron la suerte del país, Nueva Granada tiene a Santa Marta que domina la ruta acuática que parte y atraviesa por mitad el virreinato; a Pasto, centinela inexpugnable por el sur; a Panamá y Veraguas por el oeste, de fácil dominio peninsular por su posición geográfica y por la índole y disposición de sus habitantes. Es preciso proceder a poner vallas oportunas al mal antes que se haga tarde, que nos encontremos sin salida, que no hallemos ya remedio a la incurable y triunfante enfermedad de la tiranía, antes de que nuestros ojos no hallen donde abrevarse sino en mares de sangre y nubes de lágrimas por toda la vasta extensión del horizonte.

Y el remedio que en términos generales había trazado era dar fin a la guerra civil, introducirse en el corazón de Venezuela,

rechazar a sus actuales dominadores, y en campaña retrógrada libertar a la Nueva Granada.

Era indispensable, decía, proceder con expedición y prontitud antes de que llegase al país la numerosa y poderosa emigración que forzosamente había de dirigirse a la América después de la esperada derrota de España, que en ninguna parte podría hallar acogida y florecer como en Venezuela, la que vería su dominio actual robustecido por esos hombres y sus recursos materiales y morales; y ellos, con los militares fugitivos de la península, en los campos de batalla "arrancarán las semillas y hasta las raíces del árbol de la libertad de Colombia".

No es sólo, continúa, *cerrar las puertas* al enemigo: es imperioso rechazar más allá de las fronteras en guerra ofensiva al adversario ya apoderado de nuestro patrimonio. Guerra ofensiva necesitamos hacer, no guerra defensiva. Es un principio del arte que la guerra defensiva es ruinoso para el que la sostiene, pues lo debilita sin esperanza de indemnizarlo; y que las hostilidades en el territorio enemigo siempre son provechosas por el bien que resulta del mal del contrario; así, no debemos por ningún motivo emplear la defensiva.

Es preciso, pues, aprovechar los instantes; invadir a Venezuela aproximándose a Maracaibo por Santa Marta y a Barrinas por Cúcuta.

Fechado en Cartagena el 15 de diciembre de 1812, el Manifiesto se leyó con avidez por todos los ciudadanos, y como era natural, todos comprendieron, y lo comprendió el gobierno, que en el joven que había producido pieza tan acertada había la promesa de un estadista, militar y caudillo de grandes alcances; porque este primer documento salido de su pluma constituye un consumado análisis político y sociológico, un programa sintético de acción y de gobierno que hasta entonces no se había presentado ante las miradas atónitas de los que batallaban contra la adversidad para dar en tierra con el régimen español.

Principios políticos, teoría de gobierno, práctica de la guerra, instituciones sociales, vicios de las masas populares, son los elementos que constituyen en el documento la red del agudo y penetrante análisis llevado a cabo con el patriotismo, poder

escrutador, dominio de la realidad, ausencia de engañosos espejismos y fantasías a lo Rousseau, honradez y valor civil, aplomo y equilibrio, que hacen al hombre transparente y comprensible, que imponen desde el primer momento admiración y respeto y lo transforman en imán poderoso de multitudes.

Muchos hombres egoístas que no tienen en su corazón más que ambición desmesurada de poder y adoran ante la llama de la concupiscencia innoble, engañan en sus conversaciones y discursos, con palabras de oro que sirven de añagaza y eficaz emboscada. El coronel Bolívar excluía desde luego ese calificativo, conocidos como eran ya su devoción a la causa, su noble desprendimiento y sacrificios personales. Su palabra cayó en Cartagena como un cordial en medio de los corazones sacudidos por tempestades civiles, como lazo de unión para los partidos y facciones disolventes para Nueva Granada, y como el grito de alerta lanzado con voz estentórea por un centinela vigilante de la independencia americana.

Personalmente el Manifiesto de Cartagena es un programa del que nunca se apartó en su futura carrera militar y política: tan profundo surco habían dejado en su conciencia sus meditaciones sobre la base de una sinceridad sin ficciones ni falsificaciones.

Con acierto asienta O'Leary que, habiéndose ganado Bolívar desde luego la confianza del sabio y virtuoso Camilo Torres, esta fue otra señal para que la generalidad comprendiese mejor que él estaba adornado de las superiores cualidades que eran menester para emprender la obra redentora. (1)

(1) Véase Apéndice N° 1.

CAPITULO V

1812

LA REVELACION DEL GENIO

RESUMEN:

El equipaje de Bolívar. — Atenciones de los curazoleños. — Préstamo de mil pesos. — Fleta un barco que lo conduce a Cartagena.— Compañeros que encuentra allí. — Odio y venganza respiran esos hombres. — Cartagena acepta los servicios de Bolívar. — Pide servicio al Congreso de Nueva Granada. — El Manifiesto de Cartagena. — Causas de la derrota de la Primera República de Venezuela. — La Constitución del año 11. — Oposición de Miranda. — Lenidad y humanitarismo. — El destierro de los Ribas. — Análisis de la situación granadina. — La filosofía humanitaria de Rousseau y Simón Rodríguez. — La moda literaria y los ejércitos permanentes. — Errores en el campo administrativo. — El sufragio convertido en el más vergonzoso engaño. — Remedios a la situación neogranadina y venezolana: invadir a Venezuela y una vez libertada, volver sobre el virreinato. — El naciente prestigio del Coronel.

El coronel Simón Bolívar llegó en Curazao al extremo de sus escasas. Cuando se embarcó desterrado era portador de un equipaje avaluado en doce mil pesos fuertes, no despreciable patrimonio. Al pisar tierra los empleados británicos dieron brevemente cuenta de los haberes del aristocrático fugitivo. Subsistió merced a la gentileza y servicios de amigos desinteresados, simpatía que no falta jamás a los perseguidos de la suerte, máxime cuando a su estado precario acompaña la distinción que era inseparable de hombres como Simón Bolívar, José Félix Ribas, Pedro Briceño Méndez. La hospitalidad generosa, cua-

CAPITULO VI

1812

DE CARTAGENA A TENERIFE

RESUMEN:

Publicación del Manifiesto de Cartagena. — Bolívar bajo las órdenes de Labatut. — Diferencia entre Labatut y Bolívar. — Bolívar desobedece a su jefe. — Aprobación de Rodríguez Torices.— Ataque y victoria de Tenerife. — Sus habitantes juran la constitución de Cartagena. — Cualidades de caudillo. — La desgracia y destierro de Labatut. — Soliloquios en el Magdalena. — Toma de Tenerife. — Los vehículos de transporte. — Los caminos. — Su lema: ¡Triunfar! — Las balsas. — Los champanes. — Las tarabitas. — El desamor de las turbas. — Puerto Cabello perdido por la traición. — Energía indispensable para formar tropas.— Tropas custodiadas por tropas. — Nueva Granada anarquizada.— Guerra civil. — Cundinamarca y el Congreso en lucha armada. — Cundinamarca, el Congreso y Cartagena. — Bolívar, elemento de armonía.

Tan pronto como llegó a Cartagena de Indias, en los primeros días de noviembre, el coronel Simón Bolívar pidió y tomó servicio en las filas republicanas, y al aparecer impreso su Manifiesto, a mediados de diciembre, ya se hallaba en plena faena militar.

Desde el principio le destinó el Presidente del Estado de Cartagena, el joven don Manuel Rodríguez Torices, a servir a las órdenes del coronel Pedro Labatut, francés, uno de los oficiales de Miranda, que como hemos visto atrás, pudo salvarse casi milagrosamente del cañoneo ordenado a de las Casas por Monteverde en la bahía de La Guaira.

Labatut tenía a su cargo desalojar a los realistas que ocupaban la provincia de Santa Marta, y ya había luchado con éxito en algunos encuentros sobre el río Magdalena: Sitio Nuevo, Palmar, Guaimaro. Pero había entre el coronel Bolívar y el coronel Pedro Labatut una diferencia enorme: cuanto era aquél desprendido de los bienes personales y amante de la gloria por la práctica del bien y realización de la libertad de los hombres, en la misma medida subordinaba el otro a su beneficio sus pensamientos, sentimientos y acciones. Y ya sea porque tenía presente y compartía la desconfianza y mal concepto de Miranda para con el oficial venezolano, ya porque, inteligente y sagaz comprendía que en el joven patricio había una irradiación superior que iba en desmedro de sus ambiciosas esperanzas, desde el primer momento se propuso inmovilizar su vuelo. Esta última es la opinión de Briceño Méndez y O' Leary. Y como jefe superior, le ordenó estacionarse en Barranca (Calamar) con una columna de 150 hombres, con precisas instrucciones de abstenerse de movimiento alguno. Era cortar las alas al águila para reducirla a arrastrar en el llano una vida ingloriosa.

Pero Bolívar no era hombre para someterse a la decisión del egoísmo ni para dejarse aplastar mansamente como hubiera sucedido con seguridad si por obedecer la maligna indicación hubiera esperado que los adictos a España, envalentonados y secundados por los desafectos al gobierno de Cartagena, en su conocido plan de dominar todo el río Magdalena, arteria central de Nueva Granada, para impedir comunicaciones interprovinciales y enseñorearse de todo el país, hubiesen tenido tiempo de concentrar sus fuerzas y caer como un alud sobre él. Y pensó sin vacilar: la patria antes que un oficial aventurero y envidioso. Hay que inutilizar al chapetón y al díscolo granadino hiriéndolos en su espina dorsal so pena de anegar el país en lágrimas como las que vierte Venezuela a consecuencia de su imprevisión y lentitud. Es parte esencial de mi plan libertador abrirme paso por entre los enemigos para librar a Venezuela de su suerte actual.

O' Leary parece insinuar que se manifestó en seguida francamente insubordinado contra el superior; Briceño Méndez expresa que puso sus reparos ante el Presidente del Estado de

Cartagena quien aprobó expresamente sus planes, sin avisárselo al jefe de operaciones. Labatut se negó rotundamente a permitir que abriese campaña para apoderarse de Tenerife en un plan de reabrir la comunicación de Cartagena con los vitales mercados del río y cooperar eficazmente en la posesión de la provincia de Santa Marta, operación que tenía a su cargo, y a la sazón llevaba a cabo el mismo Labatut.

El oficial venezolano no convino de ningún modo con la negativa, obra de la envidia más que de la incapacidad y resolvió desobedecer al francés, que aunque vencedor luego de Santa Marta y cargado de méritos, su dureza, codicia y tiranía causaron su desgracia total cuatro meses más tarde; y desterrado por el gobierno, fue a morir en el Brasil después de 18 años de correrías por Europa y América.

Es de comprenderse su despecho y humillación cuando tuvo noticia de que Bolívar no se había contentado con tomar a Tenerife, sino que había empujado su victoriosa expedición hasta Plato y Sambrano.

El hecho es que el intrépido coronel patriota despachó un parlamento al jefe realista fortificado en Tenerife para que depusiese las armas; pero convencido de la indignada respuesta que había de recibir, se embarcó detrás del emisario con su columna de gente colecticia que no llegaba a 200 hombres; de suerte que cuando el parlamento regresó con la negativa ya sus champanes estaban sobre la población, y la sorpresa del enemigo ante la resuelta audacia del patriota, fue el principal factor en la derrota y subsiguiente fuga hacia la población de Valledupar de los sobrevivientes que no cayeron prisioneros.

Con el brillante triunfo quedaba desvanecida otra sombría preocupación de la provincia de Cartagena, puesto que él limpiaba el río de las amenazas que se cernían sobre el activo comercio y la fuente inexhausta de abastecimientos que constituía la rica región.

La importancia del triunfo, juzgada por el coronel desde el primer momento con visión certera, consiste en que dueños como estaban los realistas del alto Magdalena, Tenerife era el punto clave de su estrategia para impedir que el bajo y alto

Magdalena tuviesen comunicación por agua, más rápida que cualquier otro modo de contacto en la época; y con el fin de defender eficazmente la posición y continuar sus conquistas río abajo, la habían fortificado convenientemente, convirtiéndola en abrigo de buena cantidad de barcos y provístola de abundante arsenal. Barcos, fuerte, arsenal y soldados fueron el provechoso botín del vencedor: decimos mal "del vencedor": fueron el galardón de la patria que constituía el ardiente tema de sus pensamientos.

El coronel era genial en sus métodos: la acción como complemento de la palabra y tras el ardor de su palabra la honda persuasión. Su elocuencia electrizó al punto a los habitantes de Tenerife que habían presenciado atónitos la llegada súbita y el triunfo completo, y los indujo a jurar la constitución de Cartagena y a prestar apoyo a los defensores del país.

Acaecían estas ocurrencias el 23 de diciembre.

La campaña tan brillantemente comenzada con menos de 200 reclutas señaló otras imborrables características que habían de acompañar hasta el fin al que estaba destinado a convertirse en uno de los más sobresalientes caudillos de la historia: la rapidez de los movimientos; su apego sistemático a la ofensiva; su fulgurante personalidad suficiente para hacer entrar en la pelea soldados bisoños, sin antecedentes ni entrenamiento en las filas, sin experiencia de la guerra; su ardor en la persecución del enemigo para aprovechar todas las ventajas de la acción; su elocuencia entusiasmadora y persuasiva, que poco a poco, lentamente, como la gota que horada la roca de granito, fue educando a los pueblos en el amor de su propia libertad; su resistencia personal a las incomodidades y fatigas de marchas sin descanso, de plagas acosadoras e invencibles como el mosquito, y de enfermedades como las fiebres tenaces que ahora le acosaron sin hacerle debilitar ni menos retroceder en su empeño; imperturbable, intrépido ante los grandes obstáculos con que la naturaleza, tal como en el memorable terremoto de principios del año, parecía predicar la empresa como temeraria y superior a las fuerzas de los hombres.

Sus caminos se reducían en ocasiones a senderos miserables por entre la maleza selvática, vigilante y agresiva con sus alia-

das fieras venenosas y mortíferas y con su maraña de bejucos y tupida red de troncos y ramales, coraza resistente y honda muralla más trabajosa de batirse y penetrarse que el antemural defendido por erizadas bayonetas y balas homicidas: o a las orillas estrechas de ríos y profundas quebradas cuyo monótono murmullo parece una asechanza de la muerte; cuando no son empinados pasos que abre la cordillera por entre peñas resbaladizas para conducir al caudillo y su gente medio desnuda, desde la hirviente temperatura del trópico en que ha nacido y vivido hasta la atmósfera enrarecida y helada de los Andes.

¿Cómo podían esos reclutas nacidos en las tierras bajas y clima infernal de los aledaños del Magdalena, marchar y sostener la vida en las alturas de las montañas y páramos donde el aire con su déficit de oxígeno a los 1.000, 2.000, 3.000 y más metros de altura produce aun a los que han habitado desde su infancia lugares menos bajos que aquéllos, tantos desórdenes en el corazón, la sangre, y los vasos sanguíneos, el cerebro: la enfermedad de los páramos, en una palabra, grave y mortal en infinidad de casos?

Sólo el influjo, ejemplo y magnética presencia del conductor podía prestarles aliento, fuerzas y voluntad de subsistir y continuar la empresa que Homero no soñó.

No olvidemos el novísimo medio de moverse que tenía a su disposición Bolívar como indispensable en su campaña del Magdalena. Ríos más caudalosos que éste los hay en su tierra natal, pero no hay noticia de que en su niñez ni a su vuelta de España con la dulce Teresa o después de su segundo viaje a Europa, visitara el Orinoco o el Apure o el Arauca, pongamos por caso. En las campañas anteriores de los años 1811 y el presente de 1812, sus deberes militares no le separaron de las cercanías de Caracas y Valencia. En esta época militar suya surgieron nuevas fuentes de fatiga y renovados estímulos a su voluntad que se robustecía y aceraba con los obstáculos.

Nos figuramos cómo su espíritu profundamente culto tendría también una fuente de solaz y descanso en la majestad de la enorme corriente de agua, en la belleza de su marco maravilloso y selvático y en los detalles humanos que salpicaban siempre la salvaje monotonía que pudieran engendrar las largas

escrutador, dominio de la realidad, ausencia de engañosos espejismos y fantasías a lo Rousseau, honradez y valor civil, aplomo y equilibrio, que hacen al hombre transparente y comprensible, que imponen desde el primer momento admiración y respeto y lo transforman en imán poderoso de multitudes.

Muchos hombres egoístas que no tienen en su corazón más que ambición desmesurada de poder y adoran ante la llama de la concupiscencia innoble, engañan en sus conversaciones y discursos, con palabras de oro que sirven de añagaza y eficaz emboscada. El coronel Bolívar excluía desde luego ese calificativo, conocidos como eran ya su devoción a la causa, su noble desprendimiento y sacrificios personales. Su palabra cayó en Cartagena como un cordial en medio de los corazones sacudidos por tempestades civiles, como lazo de unión para los partidos y facciones disolventes para Nueva Granada, y como el grito de alerta lanzado con voz estentórea por un centinela vigilante de la independencia americana.

Personalmente el Manifiesto de Cartagena es un programa del que nunca se apartó en su futura carrera militar y política: tan profundo surco habían dejado en su conciencia sus meditaciones sobre la base de una sinceridad sin ficciones ni falsificaciones.

Con acierto asienta O'Leary que, habiéndose ganado Bolívar desde luego la confianza del sabio y virtuoso Camilo Torres, esta fue otra señal para que la generalidad comprendiese mejor que él estaba adornado de las superiores cualidades que eran menester para emprender la obra redentora. (1)

(1) Véase Apéndice N° 1.

y cansadas horas de brega por superar el curso rápido y adverso del río.

En el cortinaje agreste de las riberas poblado de colores y trinos, muecas y chillidos, habrían imaginado los romanos o los helenos un mundo risueño tras el cual dioses y diosas regían con cetro de oro; prados poéticos, asiento de ninfas y sátiros jugueteros; bosques sagrados de alguna divinidad negados a la planta intrusa del extranjero. ¡Sacrifica a los dioses, hombre, antes de que puedas ser admitido a la presencia de la divinidad! A este pensamiento que le traería el recuerdo de su educación clásica surgiría quizás ante la mente del expedicionario, del filósofo y poeta de "Mi Delirio sobre el Chimborazo", la magnífica arquitectura de las creencias cristianas y su ética humana, flor de la realidad de la vida, y la libertad de albedrío sin la cual lógicamente carecen de valor las acciones de los hombres. He aquí, podía decirse, la imagen de Dios con su grandeza y majestad impenetrable en su esencia, imponente y adorable en sus atributos, benéfico en sus eternas enseñanzas a los que van de largo por vida pasajera. Rompa un adverso huracán, caiga con fracaso uno de esos centinelas de libertad que custodian estas orillas, y se verá que no perece: renacerá de sus raíces y se elevará triunfante hasta los cielos gloriosos, y sus brazos volverán a constituir blando nido de amores y sombra suave contra la tiranía de la canícula. ¡Adora a Dios, corazón, empápate en las sugerencias que te presenta; si caes a los soplos del simún del despotismo, no has de morir por eso, *non ommis moriar*; si vuelves a caer convertido en cenizas resurge del polvo como el fabuloso fénix; y si luego flaquearen de nuevo tus fuerzas, ten confianza en que tan pronto como tus miembros toquen la tierra fecunda se sentirán llenos de juventud y vigor, para continuar hasta vencer! Sí, mi lema oculto a la emulación, a la envidia y a la traición es: ¡triunfar!

¡Si hubiese tenido a su alcance los vehículos ideados por aquel genial fraile inglés que dotó al mundo de la pólvora e ideó la rápida locomoción por mar o río que desprecia vientos y corrientes, o la que emula y aventaja al águila en los aires! Disponíase sólo para remontar la durísima corriente, de los cayucos o barquitos labrados en un tronco de árbol, de los champanes o embarcaciones mayores, o de las balsas, artefactos for-

mados de palos cruzados rectangularmente hasta formar cama. Así dispuestos se atan con bejuco resistentes de los que prodiga la selva. Depositados y flotantes en el agua nada podría llevarse dentro que no sufriera la acción del líquido si no estuvieran las cuatro orillas del aparato provistas de maderos más altos superpuestas en ellas que sirven para ajustar otro piso de palos en que los efectos y los hombres pueden descansar libres de la acción de la húmeda corriente.

Cuando se trata de bajar el río la operación es sencilla y fácil, pues su corriente misma impulsa y conduce los artefactos, que no requieren otra cosa que adecuada dirección efectuada por los marineros con la ayuda de sus palancas o de sus canaletes. Pero cuando como en el preciso caso de la presente expedición del coronel Simón Bolívar era necesario remontar la correntada rápida y pesada del caudaloso río, entonces se requería labor sudorosa y músculo resistente. Erectos en su frágil embarcación los tripulantes, la navegación ha de buscar las orillas, donde es menos penosa la resistencia, y sumergen sus palancas hasta el fondo del río con todo el vigor de que son capaces. La resistencia humana vence mediante el enérgico empuje la de la naturaleza, y lento y todo el convoy se desliza aguas arriba en medio de la algazara, cantos y expresiones de estímulo y aliento de la negra y alegre marinería, mientras los pasajeros de los champanes, si se trata de un vehículo comercial, comentan sus tratos y cambalaches, o cantan sus coplas y lamentan sus ausencias o sus amores al son de la rasgada guitarra. Y en la noche callada de cuando en cuando la expedición ve pasar a su lado un solitario cayuco cuyo conductor de ébano deja oír la garganta armoniosa con coplas más bellas cuanto más rudimentarias y sentidas:

*Que eicura que ejtá la noche
La luna qué trijte ejtá
No hay en el cielo una nube:
Bogá, bogá*

*La negra del arma mía
Cuando yo bogo en la má
Y tanto suro por eya
¿Qué hará? ¿qué hará?*

Pero además de este tránsito longitudinal del Magdalena y demás ríos que había de pasar después Bolívar en sus quijotescas empresas, había también otro espantoso, terrífico. ¿Cómo atravesar de un lado a otro por sus orillas altísimas y escarpados pasos en que el río parece desafiar toda industria y burlar el intento victoriosamente? Quizás fue el ingenio de los aborígenes quien dio la respuesta: los puentes colgantes.

Arboles resistentes de ambas orillas sirven de puntales para una soga de cuero de buey sobre la que ha de deslizarse la tarabita. Consiste esta en una cámara hecha de mimbres destinada al transporte que se desea. Mediante anillos de cuero esta cámara, rústica por demás, se ajusta a la soga tendida de canto a canto. Otro par de sogas se atan de cada extremo de la tarabita para poder tirarla a una u otra orilla, por donde se vé que cada una de ellas ha de tener una extensión que cubra la distancia de ambas riberas. Cuando la frágil litera está llena de las personas, bestias o cosas que van a transportarse, siempre pocas, se tira de la cuerda que corresponda; mas como es imposible que el cable central fijo mantenga su posición horizontal, cede al peso de la tarabita que parece de improviso buscar el abismo para sumergirse en él con hombres y efectos, con la más espeluznante de las impresiones.

Bolívar profundamente sensible a las bellezas naturales, que se presentan en contrastes incapaces de ser gustados e interpretados por el hombre vulgar en las síntesis magníficas que ellas forman, sentía en ellas el adormecimiento de las fatigas del cuerpo a que lo habían iniciado las breves campañas de Venezuela, fatigas que iban en progresivo aumento ahora, como iban multiplicándose y variando los accidentes físicos y las graves circunstancias morales y sociales relacionadas con los hombres que comandaba y los sitios que ocupaba.

Sus hombres lo seguían, no todos ni la mayoría en prenda de amor a una causa que no habían tenido ocasión, que no habían tenido motivo de apreciar en su grandeza moral ni en sus beneficios permanentes. Desatada la lucha armada contra España, obra de una aristocracia social y de hombres de escogida preparación intelectual, las clases populares y humildes permanecieron indiferentes al movimiento cuyo triunfo no les in-

terresaba y mucho menos estimaban ser beneficioso para ellas. El coronel ya había tenido tiempo de apreciar esta amarga realidad en los desgraciados incidentes de sus pasadas campañas venezolanas. ¡Qué doloroso es ver, se decía, cuánto adula al hombre el antiguo roce de las cadenas, cuya sensación le hace olvidar los pasados sufrimientos de la esclavitud, hasta incitarlo a desear que ciñan de nuevo sus piernas! Y seguía recordando los infaustos alzamientos de sus paisanos contra la ya alcanzada autonomía, de que fue amargado testigo. ¿Cuál fue la causa de que sucumbiésemos, y unos, los más afortunados, saliésemos a comer el duro pan del ostracismo mientras los otros quedaron para pasto a la infección e incomodidad de las cárceles y sirviesen los demás en el banquillo o en la horca de víctimas propiciatorias de los pecados contra la patria? Su ninguna fe en la libertad en ignominioso maridaje con el amor de las antiguas cadenas, que movió a un oficial indigno del nombre de venezolano, hombre de conducta detestable, sin honor y sin talento, a entrar en tratos con los godos detenidos en el castillo de San Felipe en Puerto Cabello. ¡Qué horrible recuerdo! En mis manos se perdió la plaza que debió ser el último asilo de la libertad y la gloria de Venezuela; pero soy inculpable. Testigos me son mis oficiales coronel Mires, tenientes coroneles Carabaño y Aymereich, capitanes Bujanda y Ribas y otros dos oficiales más, únicos individuos que conmigo se embarcaron en el Zeloso en la playa de Borburata, únicos sobrevivientes de la temeraria resistencia de siete días: que los demás oficiales y tropas, o cayeron gloriosamente en el campo de batalla o ignominiosamente desertaron o se pasaron al enemigo con armas y municiones a buscar de nuevo el asilo de la esclavitud. ¡Sólo cuarenta soldados leales de Aragua que se hallaban dispersos se reunieron después y acudieron a donde los llamaba el más sagrado deber!

Y tenía razón en sus tristes soliloquios. Hasta a los miembros de su familia patricia, su queridísima hermana María Antonia tan identificada con él en todo lo demás, escapaba la comprensión de los beneficios y gloria de la independencia: para ellos era el "loco Simón". Y si para los de su propia sangre no era otra cosa que un obcecado, para las familias y poblaciones de la Provincia no debía haber sino una piadosa conmiseración

ante su negativa de seguir las banderas, ante su ocultación de hombres y provisiones que buscaba y exigía para la redentora labor, y ante la deserción en masa de las filas. Llamáranle tirano, confirmáranle implacable, pero tenía que proceder a la manera que le enseñaban las tempestades: limpiar el suelo, sacudir la tierra para que después se mostrase la naturaleza renovada, fertilizada, risueña: es la obra de la tempestad. Su tarea había de ser también limpiar y fertilizar para que el mal ejemplo de la deslealtad, la indisciplina, la insubordinación y la deserción no acabase con los miserables restos de la expedición. No presentan los pueblos la ayuda de provisiones que se necesitan, requisarlas y secuestrarlas; no acuden los hombres al llamado épico de las filas, reclutarlos y prepararlos para la milicia y la gloria; se observa que a pesar de cuidados y buen tratamiento llevan trazas de escaparse de las filas, custodiar un batallón de sospechosos con otro batallón de leales antes que llegar de una vez al extremo de las medidas, porque su corazón no había nacido para las escenas del patíbulo; escapan a pesar de todo, individual o colectivamente, perseguirlos hasta dar con ellos y ajusticiarlos para ejemplo y admonición de los que quedan. Y terminaba su tren de reflexiones: no faltan ciertamente en las filas hombres que no han sido forzados por nosotros a entrar en ellas. Algunos, los menos, son privilegiados a quienes su alma empuja al deber sagrado; pero otros, los más, obedecen a la coacción de la necesidad. En la penuria a que la guerra ha conducido a los pueblos no ven otra manera de subsistir que sumándose a los que se encuentran protegidos en su hambre y sed por las fuerzas nacionales, que poseen los medios materiales de allegar el alimento y la bebida y aún la habitación, en el bullicioso e incómodo acantonamiento de las fuerzas. Necesariamente estos hombres a quienes no inspira otro móvil que el imperativo de la carne, son materia informe pronta a desertar en cuanto vislumbren otro modo de acomodarse, ya fuera de nuestras columnas, ya en las filas de nuestros enemigos; y no son de extrañarse los desórdenes, saqueos, crímenes, que necesariamente van en descrédito de la causa de la libertad. Es preciso el último rigor contra los malvados, sean godos o sean patriotas, porque la República tanto gana con la destrucción de un buen realista como con la de un mal ciudadano. El crimen en todos los

partidos es igualmente odioso y condenable: hagamos triunfar la justicia y triunfará la libertad.

Así entre las bellezas de la exuberancia tropical con su escenario animal y vegetal amenizado también por lo pintoresco y ameno de los hombres a quienes quería librar de su esclavitud efectiva, los descendientes de los africanos, y de su semiesclavitud a los descendientes de los aborígenes, los indios de diversas regiones, iba el coronel, hombre dotado por su temperamento de fino sentido estético que perfeccionó el estudio; mente en que se daban además cita el sociólogo, el militar, el estadista, el hombre de mundo, y como síntesis de todas estas cualidades, el patriota ardiente, desinteresado e impertérrito que a todo y a todos anteponía un designio: formar de su patria y de toda la América Meridional un Continente autónomo y soberano donde no cupiese otro mandato que el de sus propios hijos.

No era la menor de sus amarguras el estado político de la Nueva Granada. Nueva Granada, enmarcada entre Venezuela y Quito, era de gran importancia estratégica para conquistar o mantener la independencia de estas dos Colonias. Sus bruscos accidentes geográficos proporcionan el goce de todas las zonas de la tierra. Su suelo ubérrimo en recursos era un mercado apetecible y mira codiciada del enemigo. Sus hombres distinguidos hacían de Santa Fe, Medellín, Popayán, Tunja, Cartagena, otros tantos centros donde el saber y la cultura brillaban con luces refulgentes. Utilizados estos valiosos elementos para formar de todo el virreinato la sólida unidad de esfuerzos por que anhelaba Bolívar, se habrían evitado sin sacrificios sobrehumanos los días de luto que sobrevinieron más tarde. La Nueva Granada habría extinguido los focos realistas que la sitiaban y amenazaban por sus cuatro costados de Panamá, Santa Marta, Pasto y Cúcuta; y firme en la posición así lograda habría constituido a un mismo tiempo baluarte y surtidor de las operaciones patriotas.

Esto último vino a comprobarlo más tarde el Libertador cuando llevando a cabo el atrevido movimiento desde los llanos de Venezuela y al través de las cumbres de los Andes, destruyó en Boyacá el ejército que señoreaba el virreinato; y apoderados

de la lejanía las costas de Coro, adivinaba por las perfidias que conocía del vencedor Monteverde, los sufrimientos, vejaciones, crueldades y crímenes a que estaban sujetos los infelices venezolanos amigos de su causa o sospechados de simpatizadores, que habían quedado en el país. Avigoraba así su profesión de fe y sus propósitos libertadores. Visión semejante obtenida desde la casa en que vivía.

El embargo arbitrario del rico equipaje de Bolívar por las autoridades británicas dejó al joven en "triste" situación. "No obstante", dice a Iturbe, "conservo algunos amigos que me obsequian con urbanidad y franqueza; pero yo creo también que en tratándose de prestarme dinero o de hacerme servicio de esta clase, temo, digo, que no obtendré nada de provecho y más bien perderé hasta su amistad; porque amigos como usted no los hay en el mundo, y cuando el cielo los da, luego los quita como me ha sucedido a mí"... "Como Iturbe no hay dos amigos".

Sus palabras pintan al vivo el cuadro de las necesidades en que lo dejó la arbitraria incautación de su equipaje por las autoridades de la isla, pánico ante una situación de hambre que vislumbraba. Sin embargo, acaso pronto cayó en la cuenta de que no había filosofado justicieramente con tanto pesimismo, pues nueve días después, el 19 de septiembre, muestra al mismo gran Iturbe el espíritu iluminado por fulgurante rayo de luz: "¿Qué importa tener o no tener cosas superfluas? Lo necesario nunca falta para alimentar la vida. Jamás se muere el hombre de necesidad en la tierra. Jamás falta un amigo compasivo que nos socorra, y el socorro de un amigo no puede ser nunca vergonzoso el recibirlo".

Y no está desligada de esa confianza la profecía final de la carta, que tal vez Iturbe no miró sino como un brote académico de simple gratitud: "Amigo Iturbe: Vmd. cuente con la amistad y reconocimiento de Bolívar. Cuente Vmd. que una época trae otra; y que los beneficios que se hacen hoy, se reciben mañana, porque Dios premia la virtud en este mundo mismo".

Así, el cruel golpe recibido en Puerto Cabello agravado por las peripecias de Caracas, del Caribe y Curazao, fueron haciendo avanzar con progresión creciente la madurez mental del

de éste los patriotas, movió sus huestes para la victoria primero a Venezuela y luego a Quito, para obligar en seguida al Perú a aceptar la independencia que les brindó en Junín y Ayacucho, librando de este modo a Chile y Buenos Aires del inminente peligro de la reconquista.

El 20 de julio de 1810 la conmoción providencial de América tuvo su repercusión en Santa Fe de Bogotá, capital del Nuevo Reino de Granada. Para defender los derechos de Fernando VII usurpados por Napoleón, se formó como en Buenos Aires, como en Venezuela, como en Chile, la Junta correspondiente. Luego surgió la división, se entronizó la anarquía. No satisfizo a las provincias el ser regidas por la Junta Central instalada en la capital del Virreinato, y cada una aspiró a tener la suya autónoma. La emulación de pueblos y hombres dilaceró el país. Cada cual quería ser soberano. La Junta de Santa Fe invitó a las diversas provincias para que eligiesen los diputados que las representasen en el Congreso general constituyente que intentaba formar. Esto le daba un carácter de preeminencia que no aceptaba el díscolo espíritu de las otras provincias. Mompox levantó el estandarte de la disconformidad y desunión. Pronto había de encontrarse en lucha con Cartagena. Cartagena, por su parte, excitó por medio de un Manifiesto a que cada provincia se rigiese por leyes autónomas, y se constituyese un gobierno federal, y a que en vez de Santa Fe fuese Medellín la sede del Congreso Constituyente. Por dondequiera pulularon las Juntas soberanas, las constituciones para provincias soberanas, y la general discordia era el espectáculo nacional, la hidra inmortal de innumerables cabezas que agotaba las energías necesarias para la salvación común.

Para fines de 1810, primer año de la independencia, se hallaban en la capital del antiguo Virreinato los representantes nombrados por siete de las provincias, para la instalación del Congreso. Pero el Congreso no llegó a reunirse por las rivalidades y contestaciones de ellos y la Junta.

Ardía todo el territorio de Nueva Granada en la llama de estas malas pasiones. Parece que nadie se acordaba del peligro general. Tan sólo se registró en el año de 1811, testigo de la

espantosa desorganización y anarquía, una acción de guerra victoriosa contra el enemigo en Palacé, departamento del Cauca.

En el Estado de Cundinamarca fue Jorge Tadeo Lozano el primer Presidente. A pesar de sus mejores disposiciones para efectuar una verdadera confederación de las provincias granadinas, tuvo que ceder el puesto al traductor de los "Derechos del Hombre", el Precursor granadino, don Antonio Nariño que no concebía posible el sistema federal, sino la República bajo el régimen central. Un motín popular se había formado a consecuencia inmediata de las *Noticias muy gordas* de un número extraordinario de *La Bagatela*, periódico en que Nariño combatía duramente el sistema federal como inhábil para triunfar en la guerra contra España; pero al mismo tiempo la hoja contribuía a ahondar la inquina y rivalidades contra Cundinamarca. Las *Noticias muy gordas* eran un verdadero espejo de la República, donde se reflejaba con luces limpias la situación nacional, caótica y desesperada por la guerra entre Cartagena y Santa Marta; el triunfo del realista Tacón en Pasto; la anunciada deserción de algunas provincias hacia Maracaibo, la próxima llegada del virrey don Benito Pérez etc. Movida la conciencia pública, el pueblo amotinado provocó la renuncia de Lozano y elevó a Nariño a la presidencia de Cundinamarca.

Este tampoco fue feliz en el empeño de lograr la unión pacífica de sus conciudadanos. Frente a él se levanta el irreducible federalista Camilo Torres, diputado por Pamplona, que redacta un acta de federación que firman los diputados presentes menos dos, con gobiernos casi independientes. Sólo delegan al Ejecutivo (el Congreso) ciertas cuestiones atinentes a los intereses comunes.

En un sincero movimiento para evitar luchas estériles se resolvió que se instalase el Congreso en Ibagué; Camilo Torres fue nombrado para presidirlo; mas el demonio de la discordia siguió sus pasos y hubo de clausurarse.

En plena guerra civil Cundinamarca y Tunja, el Congreso se instaló en la villa de Leiva y luego en Tunja. Camilo Torres, su presidente, y presidente de la unión de las provincias unidas de Nueva Granada, Antonio Nariño, Presidente de Cundinamar-

ca, y Manuel Rodríguez Torices, que lo era del Estado de Cartagena, vienen a ser así los tres elementos más influyentes del centro y norte de Nueva Granada cuyas relaciones oficiales con el coronel Bolívar habían de suministrar materia para páginas de gloria.

Con esos tres centros políticos era forzoso al coronel mantener relaciones y buen entendimiento. Vino de este modo a constituir un elemento imparcial, lazo de unión en medio de la divergencia de los sentimientos. No fue por lo pronto el menor de sus servicios.

CAPITULO VII

1812-1813

LIMPIEZA DEL MAGDALENA.— CAMPAÑA DE CUCUTA

RESUMEN:

Bolívar incontaminado ante las divergencias entre Nariño y el Congreso. — Continuación de la campaña relámpago del Magdalena. — Ocupación y liberación del Guamal, el Banco, Chiriguaná, Tamalameque, Puerto Real y Ocaña. — Alarma de Labatut por los triunfos de Bolívar. — Rodríguez Torices sostiene a Bolívar contra las pretensiones de Labatut. — Energía de Bolívar para sostener la disciplina. — Debilidad de todos los puntos de acceso al virreinato. — Visión certera de Bolívar. — Propósitos finales de la expedición contra los realistas de Cúcuta. — Manuel del Castillo pide auxilio a Bolívar. — Bolívar obtiene autorización para marchar en auxilio de Castillo. — Cariño que va engendrando en sus soldados. — Topografía de sus caminos. — Guerra de guerrillas. — La Aguada, Salazar de las Palmas, Arboledas, Yagual, San Cayetano. — Paso del Zulia. — Combate de San José de Cúcuta. — Los valles de Cúcuta libertados. — Doña Inés Mancebo de Mijares. — Conjurada la invasión a Nueva Granada. — Los sáficos de Don Antonio Nariño celebran por primera vez al joven guerrero.

Para poder apreciar el conjunto y tener una cabal explicación de la lógica de los sucesos en que había de actuar el coronel Bolívar, ha sido indispensable hacer el ligerísimo bosquejo que precede, pálido ante la pasmosa anarquía granadina que devoraba a la causa independiente y menguaba los espíritus y fuerzas de hombres y pueblos.

Hemos llegado así a diciembre de 1812. En medio de tal efervescencia de pasiones intestinas, Bolívar se movía inconta-

minado, lamentándolas desde lo más íntimo de su corazón de patriota. Al conocer los pasos de soldados fraticidas y escuchar casi las detonaciones criminales que asordaban los campos contrarios de Nariño y Pey, Torres y Baraya y anegaban el suelo en sangre preciosa necesaria para repeler al verdadero enemigo, imploraba íntima y calladamente: "Unión, unión o la anarquía os devorará".

Un paso en favor de alguno de los partidos militantes no habría hecho otra cosa que agregar combustible a la hoguera fraticida. Le era forzoso mantener el equilibrio entre todos si había de ser el hilo salvador de la única causa que a todos por igual era lícito acuerpar y defender.

Pareciera que los luminosos conceptos de su Manifiesto se hubiesen escrito en presencia de los acaecimientos en que se encontraba como gota de agua en océano borrascoso. Uno por uno veía la confirmación de los principios en que basó tanto en el Manifiesto como en su Exposición al Congreso, su análisis de las causas que arruinaron a Venezuela. No faltaría tampoco en los que imparcialmente contemplaban los sucesos y ¿por qué no entre los mismos empeñados en su vitanda ceguera? el cotejo de los de ambas naciones hermanas, y esto aumentaba y agigantaba progresivamente el prestigio que su persona y su fama sembraban dondequiera.

Su primera y victoriosa acción, en Tenerife, fue tan sólo un prólogo de sus futuras hazañas. Había que limpiar la navegación. Ya desde el 19 de octubre la valerosa Mompox, sobre la orilla izquierda del río, había firmado su independencia rechazando el ataque de Esteban Fernández de León; pero las posiciones ocupadas por los realistas que ahora les quitó Bolívar, que le incomunicaban con el resto de la provincia, restaban unidad a la conquista. Su llegada a esta próspera ciudad después de Tenerife tuvo los caracteres de una entrada triunfal. Su creciente fama atrajo a sus fuerzas importantes unidades de jóvenes granadinos muy distinguidos. Sus escasos 200 reclutas eran ahora 500 hombres con mejor preparación y mejor equipo, pues el gobierno de Cartagena había ocurrido a su incremento y mejora, y él no era ya jefe del destacamento de un oscuro

puerto fluvial, sino comandante de armas del distrito de Mom-pox.

Pero todavía estaban el Guamal y el Banco en poder del español. Ocupa el Guamal y se dirige al Banco. El jactancioso enemigo no lo espera. Cuando el coronel se halla a 15 kilómetros de distancia huyen las naves de aquél hacia el norte, rumbo a Chiriguaná con raudo paso para escapar a la destrucción con que lo amenazan los reclutas que se acercan. Bolívar los conduce por tierra veloces como el rayo, llega a Chiriguaná cuando el enemigo ancla en este puerto y se sorprende al darse cuenta de que aquél le había ganado de mano ¡Qué remedio! ¡Rendirse! Espléndida celebración del año nuevo de 1813 con esta victoria del primero de enero, que les dejó el saldo de cuatro buques y todo el parque del enemigo. Gira el coronel hacia el sur, cae sobre Tamalameque: la destrucción del realista que lo ocupa es casi total. Gana a Puerto Real, y Ocaña es ocupada y Upar y Símita liberados por la fuerza victoriosa.

La inverosímil campaña ha durado sólo quince días. Es la campaña relámpago. En cortos días había mostrado en luminoso compendio todo lo que podía dar de sí como guerrero y patriota: ímpetu y energía en el ataque; rapidez en los movimientos; talento para penetrar las intenciones del adversario; diligencia para aprovechar totalmente la victoria no limitándose a contentarse con encontrar expedito el camino sino extendiendo su acción persecutoria en toda la anchura y profundidad por donde fuese posible, la vigencia de unidades enemigas. Y algo más dejó ver: que tanto en el terreno del pensamiento con el Manifiesto de Cartagena, como en el campo material y geográfico era el genio de la unidad, como la había efectuado en todo el territorio granadino haciendo posible el interrumpido tráfico del interior con las regiones periféricas, libertando de enemigos la gran arteria del Magdalena. Dos años más y se le verá efectuar la unión política de todo el virreinato.

Expedita quedaba ya la navegación del bajo Magdalena con estas victorias fulgurantes, libre en parte la provincia de Santa Marta con estas hazañas sumadas a la Campaña de Labatut. ¡Pero era tan diferente la final intención de uno y otro jefe! Labatut, aventurero francés, servía a la república dominado

por egoísmo de gloria y un empeño de riqueza que le llevó a oprimir a los patriotas samarios hasta la desesperación, por medio de arrestos, incautación de sus propiedades y mercancías y violenta imposición del régimen del papel moneda que la provincia repudiaba, para cambiar por esta moneda falsa bienes de valor intrínseco con que alimentar su codicia. Es lógico que el vigilante español se aprovechase de la situación para azuzar el descontento contra el régimen republicano y dar en tierra con él en el curso de muy poco tiempo.

El coronel Bolívar llevaba en su alma ambiciones limpias, derrotero recto. Ya él había conocido a Labatut en el campamento del Precursor, y penetrado su espíritu. Ello bastó para que hiciese caso omiso de sus órdenes perentorias que le vedaban moverse de Barranca. El acto, aunque hubiese sido autorizado por el joven Presidente de Cartagena, era de todos modos insubordinación contra su jefe inmediato condenable desde el punto de vista de la disciplina.

Desde los primeros triunfos del venezolano el francés sintió la alarma de la competencia en la gloria y la cólera de su autoridad despreciada. No era para menos. Quizás no faltaba a Labatut algo de la prevención del antiguo jefe de ambos, Miranda, contra el futuro Libertador. Ordenó a su subalterno que volviese al punto a la posición que le había asignado. La respuesta, dice O'Leary, fue la relación de sus triunfos y alegar "la debilidad de la provincia que ocupaba, expuesta a los ataques del enemigo, que al concentrar sus fuerzas, forzosamente le habría destruído, mientras que moviéndose él con secreto y celeridad lo derrotaría, como lo había hecho poniendo a la provincia de Cartagena al abrigo de todo peligro".

No satisfecho Labatut, hace un viaje desde Santa Marta con el exclusivo objeto de pedir el sometimiento de Bolívar a un consejo de guerra, pero nada obtiene: el Presidente del Estado de Cartagena sostiene al joven héroe en quien adivina, como lo adivinó Camilo Torres, "un grande hombre", el hombre capaz de levantar y conducir a buen término las abatidas banderas de la República.

Pero también la autoridad de Bolívar estuvo en peligro, como si Dios hubiese dispuesto que desde temprano se acumu-

laran elementos adversos a su paso para que pudiesen revelar a los hombres destinados a seguirle hasta donde llegaba su energía en el mando, y a los prohombres cuyo concurso le era indispensable inspirarles confianza ilimitada en su capacidad como jefe y conductor.

Entre las tropas bisoñas que integraban su columna se registraron numerosas deserciones, como era natural en hombres que tan débil llevaban el sentimiento de la grandeza y bondad de una causa que no habían aprendido a amar todavía. El jefe no vaciló en aplicar a los que pudieron recapturarse, el castigo autorizado para el caso por la práctica y principios de la disciplina militar; y los fusilamientos repercutieron dolorosamente en el distrito de Mompox, de donde eran oriundos casi todos los ajusticiados. Poco faltó para un alzamiento y desconocimiento del conductor, que al saberlo se puso en marcha para Mompox: lo demás fue obra de su palabra persuasiva, su alma encendida en la llama sagrada, su comunicativo amor a la patria y su fe en su propio destino y en los destinos de América.

La campaña que terminó en Ocaña fue de tal trascendencia que al coronel Bolívar se volvieron atónitos los ojos de los granadinos, empeñados en disolver el país en miserables republiquetas independientes, celosas unas de otras, paupérrimas y agotadas. Lo más efectivo que hasta ahora se había hecho fue la limpieza del bajo Magdalena por las pocas tropas de Cartagena bajo su comando audaz e inteligente, de tal manera que el Estado de Cartagena gozaba ya de cierta seguridad y prosperidad de que carecían los demás Estados.

Pero la Nueva Granada estaba mortalmente amenazada por sus pasiones internas y por el enemigo vigilante e intrépido que buscaba su entrada por todos los puntos exteriores más vulnerables. Por el sur Montes proveía desde Quito efectivos y material de guerra para invadir bajo el mando de Sámano que se erguía con su saña congénita desde Popayán; por el noroeste, Panamá permanecía leal a la Corona y era importante y permanente amenaza de irrupción; frente a Cartagena se levantaban Santa Marta y Río Hacha, nidos de realistas desembozados o solapados; y por Maracaibo y la frontera del Táchira, región siempre adversaria, rica de comercio, fácil de tránsito, no había

que considerar futuros peligros, pues Monteverde había movilizado ya importantes contingentes que encabezados por el coronel Ramón Correa, no sólo habían entrado triunfantes en el territorio del Virreinato, sino que por montes y valles extendía poco a poco y con firmeza sus tentáculos.

¡Y mientras tanto los Estados independientes y rivales se debatían en ejercicios de legislación retórica y desvanecían los escasos recursos monetarios en pagar lujosas burocracias!

Sólo el coronel Bolívar con José Félix Ribas y demás desterrados de Venezuela midieron desde un principio la profundidad del abismo que amenazaba dar en tierra con los fines generosos y leales de los próceres. Bolívar tenía su programa fijo, preciso, delineado en la Memoria dirigida a los ciudadanos de Nueva Granada y en la Exposición presentada a su Congreso. Al tomar servicio por Cartagena en la campaña que sostenía contra la provincia de Santa Marta, "para fundar sobre algún mérito su solicitud de protección de la Nueva Granada en favor de sus compatriotas, los desdichados hijos de Venezuela", al llevar sus doscientos reclutas por el Magdalena aguas arriba, obraba vistiendo de paciencia su impaciencia. No le era lícito saltar por sobre las barreras de la subordinación al Estado que lo protegía; no le era posible tampoco atravesar de una vez las barreras de hombres, naturaleza y escasez de todo orden que se levantaban delante de él; pero con la fe profunda en la Providencia, que nunca le abandonó y a la que invocó siempre desde el principio hasta el final de su carrera, estaba persuadido de que la oportunidad no tardaría en presentarse.

Y así fue. Algo menos de cinco mil veteranos reales excelentemente vigilados, estaban diseminados desde Barinas hasta los valles cucuteños. Correa tomó asiento en el Rosario de Cúcuta con mil hombres. No hay para qué hablar del peligro inminente de destrucción que corrían las guarniciones patrióticas de Pamplona y Tunja, montantes a unos ochocientos hombres. La confederación de Cundinamarca, Tunja y Cartagena para oponerse a este alud devastador no podía hacer más.

Era comandante de la plaza de Pamplona, la más cercana del peligro, el coronel Manuel del Castillo, hijo de Cartagena al

servicio de la Unión. Ante las resonantes victorias del hijo de Caracas le ocurrió, feliz ocurrencia, invitarlo a que pasase desde Ocaña con su gente a ayudar la causa de la República. Mis elementos son insuficientes y sobre todo, inadecuados para la empresa, pensaría Bolívar, pero esta es mi oportunidad. Aumentaré mis tropas, acreceré mi equipo, y obtenida la licencia del gobierno de quien dependo, correré a libertar los valles de Cúcuta; y en Cúcuta ¡estoy en las puertas de Venezuela! ¡Y la libertad de Venezuela es obra de la Providencia y mi destino!

Fue entonces cuando de Ocaña hizo una excursión a Mompo después de contestar al coronel granadino que su requisitoria no podría ser atendida antes de obtener el consentimiento del gobierno de Cartagena. Hizo una inspección por todo el distrito de su jurisdicción, recogió todas las armas que pudo encontrar, y vuelto a Ocaña recibió la autorización solicitada.

La campaña del Magdalena había despertado de su letargo a los gobernantes de Cartagena. Comprendieron que la salvación no estaba en luchas locales sino que era preciso mirar, por encima de esas pequeñeces, los vitales y permanentes intereses. Quizás sin la lección práctica del gobierno de Cartagena, ante la escasez de hombres y elementos, habría negado la petición del coronel Bolívar y, por consiguiente, la de Castillo.

El efecto material de la campaña en cuanto a las ventajas que proporcionaba a la provincia la facilidad que se había abierto para el comercio y tráfico con el interior del Virreinato, tuvo también un resultado moral de mucho mayor alcance, porque era el comienzo de la unificación de esfuerzos por la lucha generosa que debía ser benéfica para todos sin distinción de partidos, sin aprovechamientos personales. El caudillo que de modo tan sobresaliente acababa de revelarse, era la primera esperanza de disipar el caos granadino y se perfilaba en el horizonte como iris de concordia, como lazo de unión nacional.

Hacia precisamente un mes, 9 de febrero de 1813, que la ciudad de Santa Fe de Bogotá fue teatro del sangriento y reñido combate librado entre las tropas del gobierno de Cundinamarca y las del Congreso de la Unión. Y en ese día Bolívar recibió

en Ocaña la autorización solicitada. ¡Ojalá desde ese día hubiesen cesado el malsano estado de ánimo y la criminal matanza entre hermanos!

Seguro como estaba el coronel de la respuesta favorable y preparado para su deseada expedición, no tardó dos horas en movilizar su división de 500 hombres con todos los elementos que llevaba en auxilio de Castillo.

La generación y permanencia de los afectos humanos no puede explicarse de manera segura y precisa como una fórmula matemática. Bolívar había dado ya muestras, con el incidente de los desertores de Ocaña, de una cualidad que había de ser siempre uno de los grandes resortes de su éxito, y es su severidad que no toleraba infracciones a la disciplina; y comandando gente de la más baja extracción del pueblo tropical del Magdalena, gente inclinada fuertemente y por temperamento al desorden y transgresión de las normas de respeto y ley, gente en su gran mayoría reclutada por fuerza o allegada a su empresa por necesidad de subsistencia, que no es irrompible y progresivo lazo espiritual, estos soldados van día a día cobrando afecto inmortal por su jefe, quien se vale de él para educarlo en el patriotismo y amor de una causa de que oyen hablar por la primera vez. Nada fuera esto si el cumplimiento de los deberes consiguientes a la vida en que se encontraban enrolados de improviso, constituyera acciones comunes y fáciles, siquiera no fuesen de aquellas que satisfacen los apetitos materiales, a que la escasa o nula educación conduce a los hijos del arroyo como meta casi única de la vida. Necesaria escasez de alimento y vestido, hambres, marchas forzadas y fatigosas por caminos difíciles bajo el peso del fusil y los enseres personales, súbitos cambios de temperatura hasta fríos jamás experimentados, embestida inevitable de insectos y alimañas, incomodidad, en fin, de todo género en el sueño y la vigilia, no eran a propósito para emprender con gusto una jornada que en otras circunstancias se hubiera presentado a sus mentes de resultado incierto.

Los historiadores citan las elocuentes palabras con que el memorialista O'Leary describe la topografía y el clima de las

regiones por donde había de pasar ahora Bolívar y sus soldados. (1)

Bisoño era también el coronel en semejantes escenarios que le era preciso atravesar: la Nueva Granada le fue amplio campo de victoriosa experimentación del hombre y de los accidentes de la naturaleza. Pero, hombre culto y educado al fin, no le era difícil ni penosa la adaptación a los medios materiales y morales que le rodeaban. El mosquito y el calor por las tierras bajas y palúdicas, las alimañas y espesuras de la selva, los riesgos de la vida en los precipicios que debían trepar o por donde les era

(1) "Dejando la división al mando del coronel José Félix Ribas volvió a Mompo, recorrió todos los puntos en ambas riberas del río sujetos a su jurisdicción y recogió las armas y municiones que habían quedado atrás. El presidente de Cartagena le concedió el permiso solicitado y el 9 de febrero emprendió marcha de Ocaña hacia Cúcuta, por la vía de Salazar de las Palmas con 400 hombres.

"Es necesario haber recorrido aquella vía fragosa y aterradora, cuya naturaleza es imposible imaginar, para apreciar como se merece la dificultad de la empresa. Saliendo de Ocaña sigue el camino por espacio de once leguas por una áspera llanura cortada de trecho en trecho por profundas quiebras, hasta el punto en que repentinamente arranca la subida. Este ramal de la gran cordillera es agrio en extremo; en tiempos muy remotos las aguas torrentosas de las montañas abrieron angostas grietas casi intransitables y a veces subterráneas, únicas sendas que hoy existen. Como el sol nunca penetra en estos callejones —así los llaman— el suelo se conserva siempre húmedo y resbaloso, lo que hace no sólo muy incómodo, sino peligroso el paso por ellos; al salir de sus cavernas el sendero lejos de mejorar sigue por el filo escarpado de las montañas, donde un paso en falso precipitaría al viajero a muerte segura en el horrible torrente que brama en el fondo. En estos parajes desiertos llueve constantemente y las frecuentes tempestades los hacen terriblemente sublimes.

"Con excepción de una que otra choza de indios esparcidos a grandes distancias, no se encuentra habitación humana en el trayecto que media entre el pueblo de La Cruz, a 7 leguas de Ocaña, y Salazar de las Palmas; y aún en tiempos de paz tiene el viajero que proveerse de víveres en La Cruz para muchos días. Los soldados de que se componía el pequeño cuerpo independiente eran todos naturales de los climas ardientes de Cartagena y Mompo, y no acostumbrados al frío y al aire penetrante de las montañas, padecían con más intensidad por las dificultades con que era preciso luchar; fueron tantos los trabajos que sólo el entusiasmo que Bolívar supo inspirarles pudo hacérseles soportar con paciencia". O'Leary, "Memorias", Narración tomo I, capítulo V.

forzoso descender, los fríos y páramos de las alturas donde la respiración se acorta y la circulación se trastorna, amenazaban y atacaban por igual a conductor y subalternos; pero es un consuelo para el que sufre ver compartir su adversidad por aquel a quien la fortuna ha puesto en posición más alta y no hace sentir su superioridad, sino antes bien baja de su altura para igualarse a él, comer de un mismo pan, beber en un mismo cáliz, y prodigarle sus cuidados.

Bolívar enfermo de fiebres tropicales como muchos de sus hombres, parecía no curarse de sí para derramar en ellos su caridad y ternura. Piénsese no más que el caballero linajudo y acostumbrado a toda clase de comodidades que suministra la fortuna, otorga el nacimiento y hace congénitas la educación, tenía que sufrir más que nadie las penalidades presentes, para que nos demos cuenta de la callada admiración y gratitud de sus compañeros de armas y sacrificios.

Tales eran los recursos morales con que el coronel Bolívar mantenía la disciplina, sostenía los ánimos y robustecía las fuerzas físicas. Tal fue la fuerza que condujo en 1819 a los llaneros de Venezuela por la formidable ascensión a los Andes que dio en tierra con el virreinato de Nueva Granada en el Puente de Boyacá. Tal esa actitud de sus soldados de todos los tiempos, la que inspiró a uno de ellos cortarse una vena, recoger en un vaso la sangre en que manaba la herida, beberla y exclamar: "¡De este mismo modo he de beber la sangre de los enemigos del Libertador"!

La expedición siguió su camino hacia Castillo que la esperaba con ansia bajo la amenaza de ser aplastado, literalmente, por las poderosas fuerzas de que disponían los realistas de Tíscar bajo el comando de Correa.

¿Cómo 500 hombres escasos, sin experiencia, mal vestidos, mal alimentados, maltratados por la penosísima marcha pudieron abrirse paso por entre tantas termópilas andinas ante soldados numerosos, aguerridos, provistos de todos los elementos que podía darles su ventajosa posición de vencedores, dueños de un vasto territorio a sus espaldas y conscientes de estar respaldados por fuerzas ilimitadas?

Aquí es preciso recordar uno de los errores del grande cuanto infortunado Miranda, una de las causas por las cuales miraba con cierto sentimiento de desdén y trataba de peligroso al joven don Simón Bolívar. Miranda, acostumbrado a mover sus ejércitos por caminos reales por donde el cañón rueda libremente y con cuyo concurso es fácil practicar la guerra clásica y la táctica de Montecuculli, Federico el Grande y Napoleón Bonaparte, detestaba de los métodos criollos del joven impertérrito; y en cierta ocasión, dice Mancini, lo encontró caracoleando en su caballo delante de un cuerpo al mismo tiempo que lo arengaba encendidamente, y esto le valió una buena reprimenda de su superior.

Se equivocaba el Precursor. Métodos anticlásicos era preciso poner en práctica en esta tierra americana tan apartada todavía de las condiciones a que había alcanzado a llegar el Viejo Continente. Y aun en la misma España los aguerridos soldados de Napoleón fracasaron totalmente porque nuestros mayores los combatieron por el método natural en esa tierra rugosa e indómita. No era factible otra cosa en la nuestra, no sometida todavía por completo al dominio del artificio humano: la guerra de guerrillas en una palabra. Allá el alzamiento contra la perfidia napoleónica obligó al pueblo a improvisar partidas guerreras que hostilizaban al enemigo, lo sorprendían valiéndose de su conocimiento de la topografía, de su ingenio para sacar ventajas de coyunturas insospechadas. Acá la debilidad de las fuerzas patriotas, su notoria pequeñez numérica, la falta de ejercicio y experiencia, obligaban a hacer lo mismo: aprovechar los constantes incidentes geográficos e imaginar trazas para engañar al enemigo. No es que Bolívar fuese ignorante del arte de la guerra, como han dicho algunos. Consta que era devoto estudioso de los grandes capitanes y, sobre todo, sus conocimientos en la materia están atestiguados por las grandes batallas campales que escribió con su espada o su consejo: Los Taguanes, Araure, Boyacá, Carabobo, Bomboná, Junín, . . . y la más decisiva de todas, Ayacucho, que ejecutada por el Gran Mariscal fue larga y sesudamente discutida y preparada por los dos grandes libertadores. ¿Y de qué otro género de guerra se valen aún hoy, como hemos visto en las dos grandes de este siglo, pueblos de enormes recursos y elementos de todo orden, Rusia, Finlandia,

por ejemplo? Piénsese nada más en los expedientes que les suministra la abundancia de nieve en sus campos para atraer, repeler, dispersarse, reunirse, atacar a mansalva, fatigar al enemigo.

El conductor de las fuerzas de Cartagena, no sólo por su capacidad de adaptación a todos los medios, sino también porque él mismo sintetizaba la naturaleza en que se movía echó mano del método natural americano para los audaces golpes de mano que necesitaba a fin de no ver desvanecerse su miserable columna, so pena de fracasar ruidosamente.

Penosamente avanzaba por llanuras amenas y desfiladeros amenazantes, vertientes montañosas y cumbres heladas, hasta que llegaron algo cerca de una eminencia, La Aguada, donde estaba apostado un destacamento enemigo, sitio que no se podía evitar en el camino que llevaban. Esos pocos enemigos los hubieran pulverizado sin remedio, o habría sido menester retroceder y abandonar la empresa. La única manera posible de vencerlos era la típicamente guerrillera que adoptó. Espías partieron de su campamento con informes y papeles falsos, cebo para obligar al enemigo a movimientos ruinosos. Ello es que, víctima del ardid, abandonó la inexpugnable cima de La Aguada y perseguido, diezmado y disperso, dio paso a Bolívar por Salazar, donde se le reunió el refuerzo que de Pamplona le despachó Castillo, Arboledas, Yagual y San Cayetano.

Era preciso atravesar el correntoso río Zulia: de una sola canoa disponía el caudillo: una sola canoa le bastó para abrir las aguas, nuevo Moisés, y pasar sus quinientos hombres, rumbo a la tierra prometida, como galardón de su patriotismo y de su fe.

El coronel Correa, que tenía en San José de Cúcuta su cuartel general, estaba oyendo misa devotamente a las nueve de la mañana del 28 de febrero, cuando recibió la noticia del arribo de las fuerzas republicanas y la derrota de sus avanzadas. Valiente y activo ordenó al punto su fuerza y se combatió por cuatro horas en que ambos jefes se disputaron con tenacidad y hábiles movimientos la victoria, que recompensó finalmente a la causa americana tras el ataque a bayoneta ordenado por el jefe patriota. De importancia fue la pérdida del realista entre muertos,

heridos y prisioneros y elementos de guerra; pequeña la de Nueva Granada: dos muertos y catorce heridos. Pero era indispensable dejar descansar a la pequeña expedición, si sufrida y resuelta, agotada de cansancio por las marchas forzadas y los ajetresos de la jornada bélica. Por esta razón el coronel no pudo hacer la persecución inmediata del vencido, a quien fue posible retirarse en orden hasta La Grita. En La Grita, por desgracia, Correa tuvo tiempo de rehacerse, pues más de un mes transcurrió en las disputas de Cúcuta con Castillo, hasta que fue posible atacarlo y vencerlo.

Con el botín recogido en San José de Cúcuta pudo atenderse a las más urgentes necesidades de la tropa.

¡Qué encontradas emociones causaría esta derrota y este triunfo en la buena de doña Inés Mancebo de Miyares, esposa del gobernador de Maracaibo, Don Fernando Miyares. Esta dama cubana había amantado a Bolívar en su tierna infancia y siempre fue grande el afecto en los dos. Por otra parte, Correa era casado con una hija suya. Fluctuaban, pues, sus sentimientos entre imanes encontrados. Eran casos como estos fenómenos frecuentes en esa sociedad profundamente conmovida y trastornada.

No hay para qué decir que la brillante campaña de 20 días, desde Ocaña y la victoria sobre Correa, que alejó por el momento el peligro de subyugación del territorio por aquella parte, realzaron más la confianza en Bolívar y alentaron las esperanzas patriotas en sus futuros éxitos. La voz de la poesía celebró por primera vez el nombre inmortal de Bolívar: el Presidente de Cundinamarca, don Antonio Nariño, halló descanso y solaz en medio de las gravísimas preocupaciones de su contienda con los federalistas de Tunja para arrancar unos sáficos adónicos a las cuerdas de su lira:

.....
*No, que ya el cielo señaló benigno
 Término al yugo que oprimió su cuello.
 No, que sus hijos con heroico brío
 Gloria respiran.*

*Ya tinto en sangre Magdalena corre,
En su ribera Calamar se ciñe
Verdes laureles; Santa Marta cede
Palma y victorias.*

*No los detienen rápidas corrientes,
Fragosas selvas. Anhelando triunfos
Parten ligeros do la patria llama
Y urge el peligro.*

*Leones feroces, águilas ligeras
Que de alta roca presa divisaron
Hienden el aire y en su raudó vuelo
Tiembla Correa.*

*Rabia encendida del cañón fogoso
Brotó, y sus brazos formidables lanzan
Muerte, cual rayo de la alta esfera
Baja tronando.*

*Yo ví la lucha y entre el humo denso,
Entre las llamas a Belona fiera
A los patriotas animar gritando:
"Cúcuta libre"*

.....
*Viva la patria, sobre el bronce escribe,
Viva Narváez y Guillén valiente,
Vergara viva y en eternos años
Viva BOLIVAR.*

CAPITULO VIII

1813

PLANTEL DE DESASTRES Y PROLOGO DE GLORIA

RESUMEN:

Proclamas a los soldados y a los habitantes de San Antonio. — Propósitos de liberación americana. — Idea de Colombia. — Enfrentanse los unionistas y federalistas. — Bolívar, adversario decidido del federalismo, se abstiene cuidadosamente de aludir a las disputas de Nueva Granada. — Grandeza de Camilo Torres. — Oficiales que se allegan a Bolívar. — Resolución de vencer. — Brigadier de la Unión y ciudadano de Nueva Granada. — Discordia de Manuel Castillo. — Gravedad de la situación creada por Castillo. — Raíz de los desastres de 1814. — Bolívar teme la disolución del ejército por el espíritu de partido llevado a él por Castillo. — Ofrece a éste su renuncia a cambio de que el ejército se vea inmune del daño. — Debilidad del Congreso. — Renuncia Bolívar el mando ante el congreso : no lo acepta y Castillo dimite y deja su columna al mando del sargento mayor Francisco de Paula Santander. — En medio de tantos contratiempos Bolívar sigue madurando su plan de invasión a Venezuela y bregando por persuadir a los gobiernos neogranadinos. — Errada apreciación de las capacidades de Monteverde y Correa por el Gobierno. — Objeciones de Bolívar. — Un rayo de esperanza. — Castillo se dirige a Cartagena. — Exito de Ribas. — Análisis de las dificultades de la empresa. — Euforia.

El ilustre poeta colombiano Diego Fallon decía que Bolívar hizo la independencia "con la lengua". Es el lenguaje simbólico de un hombre cuya imaginación concibe en forma material los conceptos, para expresar la preponderancia que en la tarea libertadora tuvo la elocuencia de Bolívar con su calor comunica-

tivo e impulsivo. Al día siguiente de la victoria de Cúcuta ya está pisando territorio de Venezuela en San Antonio del Táchira, y ese mismo día arenga a sus tropas victoriosas y a sus connacionales de San Antonio. Para aquellas forma un todo conexo de las primeras hasta la última victoria: Tenerife, Guamal, Banco, Tamalameque, puerto y ciudad de Ocaña, Chiriguaná, Alto de la Aguada, San Cayetano, Cúcuta... toda una jornada épica en que reconquistaron "cien lugares, cinco villas y seis ciudades en las provincias de Santa Marta y Pamplona". Y continúa la proclama: "Vuestras armas libertadoras han venido a Venezuela, que ve respirar ya una de sus villas al abrigo de vuestra generosa protección. En menos de dos meses habéis terminado dos campañas y habéis comenzado una tercera que empieza aquí y debe concluir en el país que me dio la vida. Vosotros, fieles republicanos, marcháis a revivir la cuna de la independencia colombiana, como las cruzadas libertaron a Jerusalem, cuna del cristianismo.

"Yo que he tenido la honra de combatir a vuestro lado conozco los sentimientos magnánimos que os animan en favor de vuestros hermanos esclavizados, a quienes pueden únicamente dar salud, vida y libertad vuestros temibles brazos y vuestros pechos aguerridos. El solo brillo de vuestras armas invictas hará desaparecer en los campos de Venezuela las bandas españolas como se disipan las tinieblas delante de los rayos del sol.

"¡La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión! No, su confianza no es vana, y Venezuela bien pronto os verá clavar vuestros estandartes en las fortalezas de Puerto Cabello y de La Guaira.

"Corred a colmaros de gloria adquiriendo el sublime renombre de libertadores de Venezuela".

Igual tono domina la proclama dirigida a sus paisanos de San Antonio. Pero es de observarse que mientras en la arenga a sus soldados las hazañas cumplidas son de ellos, y él es sólo un soldado que ha sufrido y combatido a su lado, ahora él mismo es el soldado "arrancado prodigiosamente por el Dios de las misericordias de las manos de los tiranos que agobian a Vene-

zuela bajo el feroz despotismo de los bandidos españoles, 'para redimirlos, para traerles' la libertad, la independencia y el reino de la justicia". El júbilo de los venezolanos es igual al que experimenta su alma "siendo el instrumento de su redención". "Prosternaos", termina, "delante del Dios omnipotente y elevad vuestros cánticos de alabanza hasta su trono, porque os ha restituído el augusto carácter de hombres".

Igual exultación en ambas piezas, ambas son acomodadas maravillosamente a sus particulares oyentes. A los unos alaba como compañero, a los otros felicita por haber encontrado en él al autor de su redención; a los unos señala los caminos de América como las rutas que están llamados a trillar para convertirla en asiento de la libertad; a los venezolanos de "la villa redimida de San Antonio" se presenta exigiéndoles mística actitud ante Dios en reconocimiento de los beneficios recibidos.

Pero ambos discursos transparentan con fidelidad un hondo anhelo, y una consagración absoluta a una obra que no había de abandonar sino con la muerte; una mirada que abarca desde entonces a todo el Continente de Colón, un esbozo preciso de sus intenciones políticas. Ya aparece la concepción de Colombia, la grande; en su mente se cruzan ya los caminos que ha de batir el casco de su corcel para buscar al enemigo y vencerlo, no sólo en el norte, sino en cuanto territorio americano hubiese necesidad de combatirlo; ya se vislumbra la idea continental de la gran confederación americana que ha triunfado con las conferencias, reuniones e instituciones panamericanas, después que el transcurso de un siglo mostró la necesidad de la institución que él previó con tan certera mirada.

Esta constancia y persistencia en las ideas de Bolívar demuestran que desde que puso pies en Cartagena traía bien fijo y meditado su plan de salvar a Nueva Granada mediante la previa liberación de Venezuela, y una vez efectuada esa salvación con la derrota de las huestes españolas, completar la obra de dar autonomía a la América Española. Entre victorias y derrotas, adversidad y gloria, fue llevando adelante el desarrollo de este programa que se vio coronado con el éxito calculado por su constancia y fe.

Cabe aquí un interrogante. Bolívar conocía perfectamente que la base política de divergencia entre los prohombres de Nueva Granada era la simpatía o aversión de los unos y los otros por el federalismo disociador y el unionismo que ligaba más estrechamente los lazos de las provincias. Tal era el motivo de la lucha entre las dos más importantes representaciones del antiguo virreinato, presididas por los dos hombres más sobresalientes de entonces: Antonio Nariño y Camilo Torres. Aquél propugnaba la reunión de las provincias bajo el régimen central, que juzgaba más adecuado en las circunstancias de entonces para la salvación general; éste, quizás más idealista y algo menos subyugado por una visión realista del momento crítico que se vivía, era ardiente partidario de la constitución del país bajo regímenes provinciales casi independientes. ¿Amor a la libertad hasta sus más remotas consecuencias? Quizás. Pero *est modus in rebus*, todo tiene un límite en el mundo, y toca a veces medirlo a la prudencia. El mito de la libertad omnimoda ha conducido a muchas quiebras de la libertad en el antiguo como en el nuevo Continente. Esa autonomía, grata siempre a los hombres, era, así proclamada, un inconveniente para la defensa común. Ya se ha comentado en el curso de estas páginas cómo esta ilusión había desarrollado las pasiones estériles y la actitud negativa dentro de las urgentes necesidades comunes.

Víctima de esa generosa concepción había sucumbido, en último análisis, la República de Venezuela. Bolívar fue adversario de ella, no sólo ahora que los resultados probaron amargamente su inconveniencia, sino desde antes de la muerte de su patria, desde que se discutía el régimen para su tierra natal.

Dos veces, en sendos documentos públicos, solemnes, insistió ardientemente al llegar a Nueva Granada, en mostrar cómo esa "división en pequeños estados debilita más y más al gobierno federal" y que "el sistema federal, bien que sea el más perfecto, es, no obstante el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes estados", pues "ningún país del mundo, por morigerado y republicano que sea, podrá, en medio de facciones intestinas y de una guerra exterior, regirse por un gobierno tan complicado y débil como el federal". Si bien toda su referencia documental era a Venezuela y se guardó cuidadosamente de aludir

de modo abierto y expreso a Nueva Granada, los lectores y políticos de esta nación no podrían menos que mirarse en ese espejo; y un acto de imprudente flaqueza en el estado de los ánimos enconados se habría mirado como un reto a una de las facciones, cuando las necesitaba a todas para la realización de sus propósitos.

Mas si es admirable este equilibrio, no llama menos la atención la actitud adoptada hacia él por el campeón del federalismo, Camilo Torres, que como hemos visto, puso en él los ojos desde luego como un faro de patrióticas esperanzas. ¡Grandeza de esos hombres, que no siempre se dejaron dominar por el egoísmo de sus opiniones personales! Camilo Torres había adivinado al caudillo desde su aparición dentro de la oscuridad del oficial derrotado y desterrado, y consideraba sus propios principios como elemento adjetivo en la gran empresa que lo conduciría hasta la liberación nacional. Su entusiasmo por el joven militar no tiene límites.

Desde la batalla de San José de Cúcuta, y ya en tierra patria, comprendió el coronel Bolívar que era llegado el momento de activar la realización del plan que lo había movido de éxito en éxito hasta las fronteras de las dos naciones: hacer una marcha rápida y vigorosa para sentar el pie en Caracas. Los 500 reclutas que tenía ahora, eran poco contingente para hacer frente a los 6.000 veteranos que Tiscar comandaba en la provincia de Barinas, o sea por el flanco derecho, y a los otros 9 o 10 mil que Monteverde mantenía en el territorio como una amenaza aterradora que se desprendía de Maracaibo a la izquierda y estaba lista a hostigar y vencer por el frente en el momento oportuno.

No era Bolívar insensible al peligro que intentaba arrosar ni tampoco era hombre de renunciar por eso a su empeño con tan anticipada fruición acariciado. Se veía estimulado ahora con el voluntario aporte de distinguidos oficiales granadinos: Atanasio Girardot, José María Ortega, Nariño, Antonio Ricaurte, Joaquín París, Luciano D'Elhuyar, Francisco de Paula Vélez, Manuel Antonio París... De un modo u otro estaba absolutamente resuelto a llevarlo a cabo y vencer. Empezó por ahora tentando el arbitrio que tenía más a mano: la cooperación de

los tres gobiernos principales, dos de los cuales, Cartagena y la Unión, acababan de recibir el beneficio de su genio y su valor.

Precisamente el Presidente Camilo Torres había recompensado al coronel con sus frases de congratulación y elogio, el ascenso a General de Brigada de la Unión y el título de Ciudadano de la Nueva Granada. A instancias del coronel Castillo se dio también a Bolívar el mando en jefe de la división formada por las fuerzas combinadas de ambos.

Mas inmediatamente modificó el cartagenero su disposición hacia el caraqueño. Este no ocultaba su intención de echar adelante sus columnas victoriosas hacia la gloria de vencer a Monteverde y redimir su país. Innobles celos, así lo juzgan todos los historiadores, surgieron en el pecho de aquél. Pretextos para manifestar su disconformidad no faltaron absolutamente. El primero, que Bolívar se titulase comandante en jefe de las tropas de Cartagena y la Unión. "Todas las fuerzas son de la Unión", increpa Castillo. "Ese punto de vista atiza la discordia nacional", replica el caraqueño, "y estoy resuelto a no mezclarme en las contestaciones de los partidos; mi único pensamiento es combatir al enemigo común. Las tropas que me dio Rodríguez Torices son de Cartagena, y aunque el Congreso me las reclamase yo no las entregaría a sus órdenes". "Usted tolera la mayor indisciplina entre la gente, dilapida los fondos, usurpa mis atribuciones", le oficia Castillo, "el proyecto de invasión a Venezuela es una locura que no dará otro resultado que regar inútilmente al suelo con sangre granadina y agotar nuestras pocas municiones y pertrechos".

La disputa con Castillo, su mala actitud y rivalidad con Bolívar, eran el segundo gran contratiempo del brigadier desde Cartagena; eran indudablemente mucho más graves que las contrariedades ocurridas con Labatut. A éste, extranjero sin arraigo, sin contacto inmediato con los soldados de aquél, y por consiguiente, sin facilidades para relajar entre ellos el sentido de la disciplina ni el prestigio adquirido, no le quedaba otro arbitrio para la oposición a sus actos y providencias que la queja al gobernador de la provincia, quien sin vacilar los aprobó y apagó de un golpe la querrela; pero la posición de Castillo era muy otra: segundo jefe de la división y comandante

de uno de los cuerpos que la componían, y con prestigio entre los soldados y acreedor a los miramientos del Congreso de que dependía, granadino él como su gente, y venezolano aquél, no necesitaba de gran esfuerzo para enajenar a Bolívar la amistad de los oficiales y tropa, minar la disciplina, entorpecer sus planes. Fue preciso para hacer nulos estos resultados usar de toda la prudencia y energía, todo el prestigio y elocuencia del jefe de la columna; aunque los frutos de la disidencia de Castillo, vencida y todo por Bolívar, tuvieron influencia y repercusión memorable en la guerra de la independencia.

Y piensa Bolívar después del triunfo de Cúcuta: Si impido a Correa organizar sus tropas y reforzarse en La Grita a donde ha corrido a estacionarse, habré completado su desconcierto y acabado con la moral del enemigo, no sólo el que está a la vista, sino cuantos le respaldan más o menos lejos. Dio en consecuencia orden a su segundo Castillo para que corriese a desbaratarlo y pulverizarlo. La emulación e intriga inspiraron al subalterno la desobediencia; y cuando al fin dejó de un lado la resistencia, ya era tarde para cumplirse lo ideado por el jefe. En esta resistencia inconsulta y sistemática, convienen en ello todos los historiadores, se encuentra la remota raíz de los desastres sufridos por la República en el año de 1814. Ella hizo perder tiempo precioso a los patriotas y permitió en cambio a los realistas reorganizarse y prepararse adecuadamente para su defensa.

No fue sino el 13 de abril, veintiún días después de recibir la orden, cuando Castillo dio victoriosamente la batalla que se le encomendó quizás también con el fin de brindarle una oportunidad de gloria que aplacase el rencor que había conseguido por la supremacía de aquél.

No hubo tregua a su trabajo subterráneo y disociador ni aun marchando al campo de la gloria, pues en el camino reunió un consejo de oficiales para dirigirse al Gobierno de la Unión con el propósito de excitarlo a no permitir la expedición a Venezuela, que calificaba de loca y temeraria, para cuyo permiso y cooperación Bolívar había despachado ante el mismo Gobierno al coronel José Félix Ribas, el valeroso e intrépido venezolano que había sido hasta aquí y seguía siendo el jefe de su retaguardia.

Conociendo y midiendo el general en su justo alcance todo el daño que con semejante conducta se infligía a las tropas, palpando con dolor la escisión ocasionada entre los jefes y oficiales de un ejército que necesitaba para obrar de la mayor unidad y cohesión, se dirige también, 26 de abril, al Gobierno y Congreso de la Unión: "No haré mención del objeto real que se ha propuesto el segundo general en la celebración de este consejo ilegal, criminal y sedicioso; no haré mención de la abominable perfidia con que ha seducido a la oficialidad del ejército; y no haré mención, por fin, de los resultados que serán el efecto inmediato de esta conducta por parte de mi segundo, pues vucencia preverá demasiado bien que el ejército no puede menos que disolverse, y con él, quizás, la Nueva Granada; porque no hay estado beligerante sin tropas, y no hay tropas sin disciplina, y jamás ha podido haber disciplina con sediciones levantadas y sostenidas por unos jefes facciosos que un día destruyen a un general, otro día a otro, y el último será el Gobierno mismo. La experiencia dará testimonio de esta verdad, y la Nueva Granada llorará bien pronto la impunidad de los crímenes militares si no se comienza desde ahora a reprimirlos y castigarlos ejemplarmente, aunque para ello sea indispensable derramar la sangre más preciosa en el altar de la justicia y de la patria".

Hubo un momento en que Bolívar ofreció a Castillo su renuncia a cambio de que el ejército se viera inmune de la disociación y espíritu de partido, pero todo fue ineficaz: la hoguera que Castillo tenía encendida dentro del pecho era inextinguible y todo arbitrio venía a atizar y avivar más el fuego.

Hay que confesar que en esta coyuntura gravísima y capital, al Congreso, ante quien se elevaban las representaciones de los dos bandos, faltó energía para conjurar la tormenta, obrando con ánimo de ablandar y contentar a uno y otro, como si para evitar las funestas consecuencias del incendio en un campo floreciente no fuese preciso proceder a echar por tierra, mientras arde, más de un árbol lozano. Lo que va transcrito del oficio del general en jefe le mostraba el verdadero camino que debía seguirse, si no en el supremo grado de eliminar al sedicioso en el cadalso, sí separándolo a él y otros oficiales cóm-

plices, del contacto con las fuerzas. Bolívar, como jefe superior del ejército, podía haber tomado también una drástica resolución; pero hay que considerar la prudencia con que le era forzoso proceder, teniendo en el seno de sus hombres una columna armada seducida contra él por su rival. No quería, además, dar la apariencia de obrar guiado por motivos personales, y juzgaba que al Gobierno correspondía hacerlo, "tanto porque es la fuente de la justicia como porque puede obrar con imparcialidad y rectitud, sin ser directamente el ofendido".

No arredra al brigadier la columna sediciosa cuya actitud de no marchar adelante conoce; continúa madurando su plan, y en medio de la amargura presente gusta y saborea la dulzura del futuro triunfo y la gloria de la libertad de su país.

Pero tan difícil se le presentan de repente las cosas, tan inminente ve la disolución del ejército por la creciente indisciplina y la pertinaz intriga de su segundo, que con fecha 3 de mayo, aburrido y cansado, escribe al Poder Ejecutivo su renuncia del mando del ejército expedicionario, sin abandonar sin embargo, su dorado sueño de invadir el corazón de Venezuela.

En vista de una orden escrita a Urdaneta para que desobedeciese otra del superior, Bolívar piensa: "mi paciencia se ha agotado ya con las sugerencias pérfidas y abominables del coronel Castillo. Mi sufrimiento ha llegado al límite y estoy resuelto a no tolerar por más tiempo los crímenes que ha cometido impunemente, porque he juzgado conveniente no reprimirlo y hacer un castigo ejemplar con él. Y tampoco el Gobierno lo ha hecho debiendo hacerlo..."; y al comunicar al Ejecutivo de la Unión estas y otras amarguras, concluye pidiéndole que acepte su dimisión "1º, porque la salud del estado así lo exige, 2º, porque el honor, que es mi ley suprema, me impide continuar en el mando de un ejército que ha cometido la debilidad de dejarse seducir contra su jefe por un faccioso, cobarde y criminal, quedándome el único dolor de deplorar la suerte de Nueva Granada, que tiene confiadas sus armas y su salud en manos de hombres que no sólo desconocen sus más sagrados deberes, sino que se afanan incesantemente por destruir hasta los cimientos del gobierno y de la libertad".

No por esto abandona su proyecto, hemos dicho. Sólo implora al Gobierno de la Unión que tenga en cuenta sus "pequeños" servicios para que le permita hacer la invasión con las armas y tropas que obtenga de Cartagena y Cundinamarca, "o con sólo las armas, hombres y amigos que yo encontraré en todas partes descoscos de seguir la carrera de la gloria y coronarse de méritos salvando a sus hermanos, que es la dicha suprema sobre la tierra". Al retirarse del ejército y de Nueva Granada llevaría la confianza de "haber pagado mi hospedaje con los servicios que he podido hacerle", e iría "lleno de la íntima satisfacción de haber cumplido con mi deber como militar y jefe político en todos los países que han protegido las armas de mi mando, aunque la ingratitud y mala fe me atribuyan otros procedimientos; seguro de que a la luz de la verdad y del tiempo nada se esconde, el mérito brilla y la maldad se descubre".

Las quejas de Bolívar prevalecieron sobre las diatribas y acusaciones de su rival. Castillo se restituyó a San Antonio donde tenía su cuartel general, cuando el Presidente del Congreso de la Unión y el Presidente de Cundinamarca aprobaron y apoyaron los proyectos del venezolano: El coronel granadino presentó luego renuncia que se aceptó, y dejando sus fuerzas a cargo del mayor Francisco de Paula Santander se ausentó, tarde en verdad para la causa, porque dejó entre las tropas un venenoso sedimento.

Mientras ocurrían tales sucesos y en ellos era forzoso ocupar el tiempo y disipar la atención, no por eso aplazaba ni renunciaba el brigadier a arbitrar los medios para la heroica empresa.

Ribas, como se ha visto, fue comisionado ante los gobiernos de Cundinamarca y la Unión para recabar autorización y elementos. Porque pensaba el jefe del ejército del Norte que si a tiempo no se acudía a remediar las desgracias de Venezuela, éstas pronto se propagarían a Nueva Granada y aun se extenderían a toda la América "porque la esclavitud es una gangrena que empieza por una parte y si no se corta se comunica al todo y perece el cuerpo entero". Además, no es posible que el Congreso mire con indiferencia los infortunios y el deshonor

requerida, consideró que era el momento de formular a sus protectores neogranadinos "los grandes escollos" que podía presentar la guerra. No es que le faltara antes la visión de ellos; es que su presentación habría sido en extremo inoportuna ante la vacilación y escrúpulos de los estadistas cuyo concurso necesitaba y solicitaba. ¿Cómo podrían los pueblos mantener a sus libertadores, en la penuria de víveres y de todo recurso a que se hallaban reducidos? ¿Cómo satisfacer los sueldos de la tropa sin el indispensable dinero en la pagaduría del ejército ni en las arcas provinciales? Es preciso que este dinero lo proporcionen "a título de préstamo los gobiernos particulares y el general de la Nueva Granada". Veinte y cinco mil pesos mensuales necesitamos "interin nos internemos en la provincia de Caracas, que es la rica y la que puede subvenir a los gastos de ejército". Nuestra salvación, por otra parte, está en la rapidez de las operaciones que nos lleven prontamente a las puertas de Caracas. De este modo podremos con las solas municiones que tenemos batir a Monteverde en su cubil, desmoralizar a sus adeptos, entusiasmar a sus víctimas y aliviar a nuestros soldados, pues la provincia de Caracas sí es rica y puede subvenir a los gastos de ejército. ¡Ay si por causa de la distancia en que cada día vamos colocándonos de Tunja, y consiguiente demora de las comunicaciones y órdenes del superior en cuanto a nuestros movimientos y operaciones, nos vemos compelidos a dar tiempo al enemigo para prepararse a la defensa! ¿No será mejor que el Gobierno, si no opina por dejar al ejército en libertad de obrar según se presenten las circunstancias, nombre en cambio una comisión de oficiales que me sirvan de asesores en el ejército mismo, con quienes deba consultar las operaciones oportunas?

Esta táctica del brigadier, sabia y prudente, se vio coronada por el éxito más rotundo en cuanto se proponía: el comisionado Ribas firmó todos los tratados necesarios con las autoridades del país, o sea, con el supremo gobierno del Estado de Cundinamarca y el Soberano Congreso de las provincias unidas de Nueva Granada. Algo más de cien hombres fue el saldo de los que dio el primero, después de las bajas ocurridas en la trabajosa marcha. Artillería y pertrechos y fusiles sobrantes dio también el primero; dinero y auxilios de todo orden otorgó el segundo, más la comisión sugerida por el general en jefe para

asesorarlo en las operaciones militares, compuesta del diputado Doctor Frutos Joaquín Gutiérrez, el canónigo Luis Mendoza y el coronel Antonio Villavicencio; y Bolívar, en la elación de su espíritu profético, exclama y remite a Camilo Torres estas frases que retratan su alma ardiente, su voluntad sin quiebras, su abnegado desprendimiento de toda recompensa que no sea la gloria: "¡Oh, qué bello espectáculo se presenta, señor Presidente, sobre el teatro del nuevo mundo, que va a ver una lucha quizá singular en la historia; ver, digo, concurrir espontánea y simultáneamente a todos los pueblos de la Nueva Granada al restablecimiento, libertad e independencia de la extinguida República de Venezuela, sin otro estímulo que la humanidad, sin más ambición que la de la gloria de romper las cadenas que arrastraban sus compatriotas, y sin más esperanzas que el premio que da la virtud a los héroes que combaten por la razón y la justicia!".

